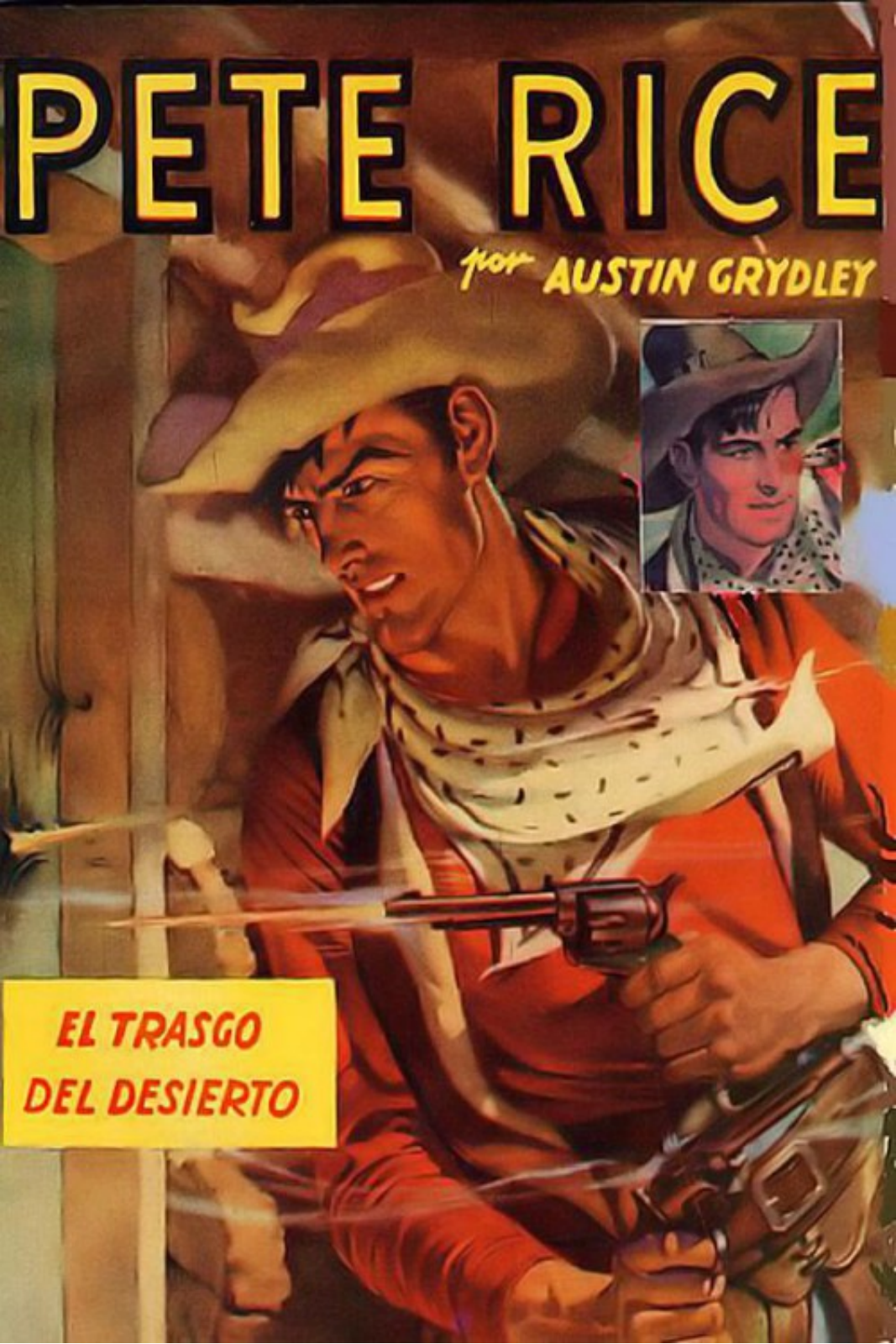


PETE RICE

por AUSTIN GRYDLEY

A large, stylized illustration of Pete Rice in a Western setting. He is wearing a wide-brimmed cowboy hat, a red long-sleeved shirt, and a white bandana with black spots around his neck. He is holding a revolver in his right hand, with a bright light reflecting off the barrel. The background is a warm, brownish-orange color with some vertical lines, suggesting a wooden wall or a desert landscape.

**EL TRASGO
DEL DESIERTO**

El trasgo del desierto

Austin Gridley

Pete Rice/30

CAPÍTULO I

UNA FICHA DE CINCO CENTAVOS

Las luces nocturnas proyectaban arcos anaranjados sobre el palio oscuro acerado de la noche. Rasgadas banderas de nubes pasaban por delante de la plateada media luna. Las estrellas estaban nubladas. Algo sobrenatural parecía flotar en el ambiente, algo que hacía que los hombres que cruzaban por los lugares sombreados de la población de Coatchie echaran rápidas miradas por encima de los hombros cubiertos por camisa de franela.

Porque. Coatchie era como una mujer enjoyada, sin protección y en compañía bastante ordinaria. Tenía mucho de la plata y del oro del distrito de Rico, y los bandidos refugiados en la montaña tenían la mayor parte del plomo. Era una de esas poblaciones, que nacen de la noche a la mañana al ser descubiertos yacimientos de metales preciosos y estaba hasta mal provista aún de policía, o de su equivalente.

Coatchie era un centro ganadero. La carne de las reses criadas al Norte y al Sur engordaban a la gente a muchas millas de distancia. Y era como si el dinero, producto de la venta del ganado, hubiese depositado capas de grasa malsana sobre la población de Coatchie.

La gente de dicha población hacía dinero. Bailaba y bebía, cantaba y se jugaba los cuartos. Eran como niños felices e inocentes que jugaran al borde de un peligroso precipicio. Estaban orgullosos de su población. Experimentaban cierta vanidad por la reputación que Coatchie estaba creándose por todo Arizona. Desde qué se hiciera llegar hasta allí un ramal del ferrocarril, toda la gente, desde Tucson hasta el río Colorado, llamaba a Coatchie la «población de la prosperidad».

El nuevo ramal del ferrocarril, tendido sobre el suelo del sombrío desierto desde la línea principal, que se hallaba a setenta

millas de distancia, había sido un manantial de ingresos para los rancheros de todo el distrito. Las penosas marchas que extenuaban a las reses habían pasado ya a la historia, aquellas marchas polvorientas a través de la punta, en forma de cuello de botella, del desierto de San Saba. ¡Setenta millas! ¡Setenta millas que cortaban carne a las reses con la misma facilidad que un cuchillo!

A lo largo de la calle principal había una hilera doble de edificios, no lo bastante viejos aun para haber perdido el dulce y aromático olor de pino; pero lo bastante para haber recibido ya su bautismo, de fuego. En el extremo Sur de la población había varias estructuras de tablas grises, veteranas éstas, restos de los tiempos en que el ganado fuera conducido a pie de un sitio a otro.

Por oriente, las vías del ferrocarril los orillaban. Allí había una estación. Un poco más al Este se alzaban los corrales para el ganado dispuesto para ser cargado. El olor a madera nueva se filtraba por entre el marcador aunque no del todo desagradable olor del ganado. Se habían colocado faroles callejeros por aquella parte, y para que los visitantes pudieran apreciar las glorias del nuevo Coatchie por la noche así como durante el día.

El nuevo ferrocarril era el Puma Grane y San Saba, y los coatchienses, como los ferroviarios, veteranos, empezaban a llamarlo ya el P. G. y S. S. Pero los ociosos de Coatchie aun hallaban placer y emoción al acercarse a la estación para ver llegar los trenes. ¡Una población de verdad, Coatchie! ¡Sí, señor! ¡Con ferrocarril y todo!

Dos hombres altos y delgados cruzaron la vía en dirección a la orilla de la parte habitada de la población. Los tacones de sus botas hicieron agudas incisiones en el silencio. La extremidad de sus cigarrillos brillaba en la oscuridad. Hablaban en voz baja.

Sin embargo, la voz de Nick Webb denotaba ira contenida.

—Por esto te traje a dar este paseo, Dode —le dijo al otro, que era más joven que él—. Pareces tener mucha influencia sobre Tomás Buckland. Debieras cogerle y celebrar con él una especie de sesión, sesión, en la que hablaras tú todo y él se limitara a escucharte. Dile que esta población necesita un par de comisarios más y que debiera saber de dónde sacar el grupo de hombres escogidos, a cualquier hora de la noche.

Webb era del color del nogal, facciones contraídas y patas de

gallo en los ojos. Su nariz era levemente ganchuda y se alzaba extrañamente, casi humorísticamente, por la punta. Pero el comisario Nick Webb no tenía nada de humorístico cuando se hallaba sobre una pista. Los ojos firmes y serenos que brillaban bajo cejas pelirrojas, indicaban su calidad de implacable cazador de hombres.

—Tomás Buckland ha sido un buen hombre —prosiguió—. Digo que ha sido, un buen hombre. No digo que sea malo ahora. Pero es demasiado viejo... o, por lo menos, demasiado chapado a la antigua. Debido a su dinero y a su posición, aun tiene influencia aquí. Gobierna a la población con el mismo despotismo que en tiempos pasados. No quiere ver que los tiempos han cambiado.

Dode Leeming tenía el rostro contraído; pero carecía de la firmeza de Nick Webb al contestar:

—Sí; Tomás ni siquiera quiso montar a bordo del automóvil de su hijo el otro día, cuando marchaban a Tucson por cuestión de negocios. Se empeñó en montar a caballo hasta la estación. ¿Qué te parece?

—Eso es cuenta suya —respondió Webb—. Eso es algo personal. Por mí, ya puede montar a lomos de un chivo si se le antoja.

Guardó silencio unos segundos. Su cigarrillo brilló.

—Pero el otro asunto... el de dominar a los concejales y gobernar esta población como hace años, eso es cuestión de todo hombre, mujer y niño de Coatchie.

»Necesitamos más protección aquí. Tomás está jugando con vidas humanas. Hasta ahora, la población ha tenido suerte. Tú juegas fuerte al póker, Dode, y sabes que uno no puede fiarse eternamente de la suerte. Es preciso pensar un poco y hacer planes además.

—Está loco por ese novato que tiene por hijo —dijo Leeming—. Tal vez fuera ese el mejor modo de abordarle... por medio de su hijo... ese joven del nombre de fantasía.

—Se llama Standish —observó Webb—. Era el nombre de la familia de la mujer de Tomás, que murió de sobrepeso. Quizá, si a la señora Buckland hubiese vivido, el joven hubiera salido mejor. En mi opinión, el enviar al muchacho al Este al colegio y a la Universidad no es lo más apropiado para hacerle ranchero.

Nick Webb no vio titilar la risa en los ojos de su compañero, que

era más tolerante con las cosas de la juventud. El propio Nick era un poco anticuado también, sin darse él cuenta de ello.

Prosiguió:

—Ese muchacho fuma demasiados cigarrillos de esos de hechura de sastre. Le he visto beber esos combinados de fantasía. Se juega los cuartos a un juego llamado bridge en lugar de jugar al póker.

Habían llegado a las puertas del Salón de Bebidas *Looping Arrow*, cuyo nombre se divisaba del enorme rancho que Tomás Buckland tenía al Norte, en la Pradera de Puma Grande, y que se llamaba Rancho *Looping Arrow*.

—Y ahora que hablamos de combinados, Dode —dijo Nick—, bebamos algo que no sea un combinado. Echemos un par de tragos de whisky bueno y fuerte.

Abrieron la puerta y se pararon junto al mostrador. Echaron más de dos tragos. Ninguno de los dos hombres dio señales de que le hubiera hecho efecto la bebida, aun cuando a Nick Webb le aflojó un poco la lengua. Siguieron discutiendo al hijo de Buckland, Standish.

A Webb le era antipático. Recordaba la ocasión en que robaron a Buckland un grupo de reses selectas desde que el muchacho viniera del Este. Si sospechaba que el hijo tenía algo que ver con el asunto y que lo había hecho para conseguir dinero para sus extravagancias, no exteriorizó su pensamiento con palabra.

Pero estaba resentido porque Standish Buckland ni siquiera había formado parte del grupo que había intentado, sin éxito, seguir la pista de los cuatrerros.

Luego Webb volvió al tópico de la falta de protección que se hacía sentir en Coatchie.

—No es que a mí me importe un comino, personalmente —dijo—. ¡Qué rayo! ¡No se ha fabricado la bala capaz de quitarme a mí la vida! Y se me paga bastante bien, y me gusta el trabajo. Pero existiendo la posibilidad de que estalle algo aquí de un momento a otro y siendo yo el único comisario, me siento como una ficha de cinco centavos en una partida en que se juega sin postura máxima.

—Supongo que no pensarás presentar la dimisión, ¿verdad? —inquirió Dode Leeming.

—¿Presentar yo la dimisión? ¿De dónde has sacado tú esa idea, Dode? Andaré por esta población muchos años aun. Me gusta. Hasta

le tengo cariño a Tomás, a pesar de sus anticuadas mojigaterías y aunque me sea bastante antipático su hijo.

Webb apuró la copa que tenía delante de él de un trago, hizo un gesto agrio, como si no le gustara, aun cuando le gustaba bastante, y depositó el vaso en el mostrador de golpe.

—¡Larguémonos de aquí!

Salieron a la acera y empezaron á cruzar la polvorienta calle. Nick Webb escupió y una pequeña explosión de polvo reventó a sus pies.

—Voy a dar un paseo hasta el Banco —dijo—. Debieran arreglar un poco ese edificio. Tiene tanta seguridad como la hucha de un crío. He estado dándole la lata a Tomás, desde que es presidente del Banco, para que...

Dejó de hablar, bruscamente. Había vuelto la cabeza hacia una calle oscura que serpenteaba desde el desierto por el Sur. Su agudo oído le dijo que varios jinetes cabalgaban por aquella calle, que más que tal, era una carretera descuidada. Se estaba construyendo una carretera nueva, apropiada para el paso de automóviles y caballos a la par, a unos cuantos centenares de metros al Este de aquella otra.

—Debe haber una docena de jinetes por lo menos —observó, en tono algo raro.

—Tal vez sean vaqueros que vienen a la población a armar juerga —sugirió Dode Leeming.

—No pueden ser los vaqueros del *Looping Arrow*. Hubieran venido del Norte.

Se le ensombreció el semblante. Torció hacia el Sur y tiró de Dode en la misma dirección.

—¡A mí no me suenan como vaqueros de ninguna clase! —agregó Webb—. Guardan demasiado silencio.

Así era en efecto. Se les veía ya débilmente por entre las sombras. Desembocaron en la calle principal, que estaba relativamente bien alumbrada. Pero no cabalgaban dando gritos y alaridos, como acostumbraban hacer los vaqueros que acudían a la población a divertirse.

Tenían un aspecto sombrío, desesperado... algo siniestro. Y Nick Webb rompió a correr. Dode Leeming le siguió.

—¡No hay taberna por esa parte de la población! —jadeó Nick Webb, apretando el paso—. ¡Rayos! ¡Se están parando delante del

Banco!

Sacó uno de sus revólveres e hizo tres disparos al aire. Las detonaciones servirían para avisar a todos los ciudadanos. Lo malo del caso era que muchos de éstos se hallaban ausentes de la población aquella noche, habiendo marchado a Empalme del Desierto, donde los funcionarios del ferrocarril estaban haciendo festejos para celebrar el éxito del nuevo ramal.

Se le antojó a Nick Webb que éste sería, precisamente, el motivo de que los bandidos (pues ya estaba convencido de que aquellos jinetes eran bandidos) hubiesen escogido aquella noche para obrar.

Los jinetes se habían apeado y esparcido. Dos hombres habían corrido hacia la puerta del Banco y estaban colocando algo contra ella. Uno de ellos se agachó y encendió una cerilla. Nick vio una llama chisporroteante serpentear delante de la puerta. Los dos hombres retrocedían.

—¡BUUUUM!

Cuando se disipó el humo de la explosión, Nick vio que las antiguas puertas estaban derribadas. Su revólver escupía fuego en dirección a uno de los bandidos en movimiento. Corría más aprisa ya, durante unos tres segundos aproximadamente.

Un rifle de repetición entonó una letanía de muerte. Nick Webb se paró en seco. Rodó por el polvo amarillento y profuso de la calle. El bandido del rifle acribilló el cuerpo yacente. Allí, en el polvo, el cuerpo de Nick Webb se movió como pudiera moverse un cuerpo en el agua. Los disparos le estaban arrancando la carne a tiras de los huesos.

La bala —o balas— capaces de matar a Nick Webb se habían fabricado ya, después de todo. Tal vez, como había dicho, estaría muchos años en la población aun. Pero sería en el pequeño cementerio del desierto.

Aquello parecía, en efecto, una partida sin postura máxima. Y la ficha de cinco centavos había quedado cancelada. Dode Leeming, que se había refugiado tras un abrevadero, comprendió que le esperaba una lucha desesperada y, probablemente, estéril.

Siguió disparando el revólver contra las sombras en movimiento, cargando y volviendo a disparar mientras los proyectiles de los bandidos se incrustaban en el abrevadero y le salpicaban de agua.

Intentaba alcanzar al bandido cuyo rifle de repetición escupía

balas con la misma regularidad que proyecta agua una manguera, desde una esquina del Banco: Sólo el ruido del arma y los fogonazos indicaban su posición. Leeming tenía municiones de sobra. Aun cuando era hombre relativamente pacífico, nunca salía sin llevar bien repleta la canana.

El humo de su revólver del 45. ascendió en espiral hacia su rostro. Siguió disparando y vio caer a uno de los bandidos. Se oían disparos detrás de él ya. Algunos ciudadanos de Coatchie se habían presentado en escena. Un vaquero había cruzado la calle, en desesperada carrera, dejándose caer detrás del abrevadero. El polvo que levantó su cuerpo al caer ocultó su identidad; pero el ruido de sus revólveres sonó como trallazos en los oídos de Leeming.

Se disipó el polvo y las detonaciones cesaron unos segundos. Dode oyó la voz del vaquero, que hablaba arrastrando las sílabas.

—¡Han entrado en el Banco! Me parece que podemos acorralarles ahí dentro. ¿Está usted dispuesto a intentarlo, compadre?

Dode lo estaba. Siguió al vaquero de cerca cuando éste corrió a toda velocidad en dirección al Banco. Tronaron las armas de los bandidos y Dode vio a su compañero caer de bruces, y escapársele el revólver de la mano. Un instante después, Dode se encontró de bruces también en el suelo. Sintió la sedosidad del polvo debajo de la boca y experimentó dificultad en respirar.

Estaba perdiendo el conocimiento. Revivía aventuras pasadas. Era tejano y, aunque relativamente joven, había estado por Coatchie en tiempos pasados, trasladando ganado por carretera de un lado a otro.

Le pareció ver un camino ancho y cubierto de polvo ante sí y jinetes delgados, con el pañuelo atado hasta media nariz, cabalgando a los lados. El trueno de las pisadas de las reses repercutía en sus oídos y, de vez en cuando, el golpear de cuernos entre sí, los bramidos del ganado y los gritos de los hombres.

Creyó encontrarse de nuevo en el pequeño rancho de sus padres, en Tejas, echado junto al manantial que regaba los álamos. Una picadura en el hombro le hizo recobrar el conocimiento. Oyó una explosión en el interior del Banco y logró coordinar el tiempo suficiente para adivinar que los bandidos debían haber volado la anticuada caja acorazada.

Lo último que oyó fue un segundo rifle de repetición y, casi simultáneamente, el ruido de un cuerpo que cayó a su lado. Era evidente que los ciudadanos se estaban llevando la peor parte en la lucha. Y el estruendo de aquellos rifles de repetición parecía continuar sin un instante de reposo.

CAPÍTULO II

EL TEJANO

Dode Leeming recobró el conocimiento y se encontró con que le estaban arrastrando por el suelo con una cuerda. Seguramente fue esto lo que le hizo volver en sí. Un hombre cobijado en la puerta de una tienda —algún vaquero, quizá— le había echado el lazo a los pies mientras yacía sin conocimiento, y le estaba arrastrando hacia lugar casi seguro.

Las balas de los bandidos llovían a todo su alrededor cuando, dando un último tirón, su salvador logró meterle por la puerta. Dode oía disparar varios revólveres por entre las detonaciones regulares de las armas automáticas.

Una vez en el interior del establecimiento, intentó ponerse en pie; pero se le doblaron las rodillas y volvió a caer.

—Cuidado, amigo —dijo una voz—. Está usted seguro aquí... de momento, por lo menos. Más vale que se esté quieto. Ha recibido usted un par de heridas.

Dode miró a su alrededor, aturdido. La tienda estaba sin luz, pero distinguió a un hombre muy alto y delgado, con zahones, que le miraba —su salvador— y la silueta de Carlos Cobb, propietario de la guarnicionería de la población.

Empezó a tener una idea de lo que le había ocurrido aun antes de que el viejo Carlos se arrodillara a su lado y dijera, con cierto cariño:

—¡Tiene usted una suerte loca, muchacho! Ese que cayó a su lado está tan agujereado por los proyectiles del rifle de repetición, que parece una criba.

Indicó al hombre vestido de vaquero.

—Tal vez no conozca usted a Slim... pero de aseguro que le recordará usted siempre desde este momento en adelante. Dio la

casualidad que estaba aquí, hablando conmigo de una silla de monitor. Le pareció que podía echar el lazo desde la puerta. Yo tenía una cuerda aquí y le dejé probar. ¡Sí, señor! ¡Tiene usted una suerte loca!

Mientras continuaban los disparos en el exterior, Carlos explicó que el principio de la lucha le había pillado sin armas. Su parroquiano llevaba un revólver del 45, sin embargo, y lo había descargado contra las oscuras figuras de los bandidos antes de que éstos se metieran en el Banco.

Pero no llevaba canana, conque había tenido que conformarse con desempeñar un papel muy poco satisfactorio en la batalla. Aun cuando tenía buena puntería, la luz era mala y no había podido derribar a ninguno de los proscritos con sus seis disparos. —¿Cómo se siente usted, Dode?— acabó preguntando Carlos Cobb.

Leeming se llevó una mano a la sien y luego al hombro izquierdo. Le había rozado la sien un proyectil y esto era lo que le había dejado temporalmente sin conocimiento. Otro proyectil se le había incrustado muy arriba en el brazo izquierdo, casi en la articulación del hombro. La herida carecía de importancia.

—Me siento bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Lo que me sorprende es sentirme tan bien como me siento.

—Tiene usted mucha suerte —volvió a repetir Carlos—. Los bandidos esos se han llevado la mejor parte. Han derribado a muchos de nuestros hombres. He tenido butaca de primera fila en este espectáculo, por lo menos, aun cuando no me hallaba en condiciones de tomar parte en la lucha. Hubiera sido inútil, de todas formas, y yo no soy de los partidarios del suicidio.

Recordó Dode Leeming que Carlos Cobb —algo ambicioso, astuto y, sin embargo, no mala persona— tenía fama de huir de todo jaleo siempre que le era posible.

Después de todo, Carlos Cobb era Carlos Cobb. No se podía haber esperado de él, en que saliera del refugio que le ofrecía su tienda y atravesase una lluvia de balas para intentar llegar a algún lugar donde pudiese echar mano a un arma y tomar parte en la lucha.

Hasta el hombre alto de los zahones, más belicoso, evidentemente, que el obeso y viejo Carlos, parecía contentarse ya, con agazaparse junto a la puerta y observar cautelosamente lo que

estaba sucediendo fuera. Dode se había incorporado sobre el hombro derecho y, así, podía ver por entre las patizambas piernas del agazapado, que los bandidos se disponían a escaparse de la población. Varios habían salido corriendo del Banco para guarecerse tras el edificio, con el evidente propósito de buscar los caballos.

Dos hombres, armados de rifles, les protegían desde la puerta del Banco. Dode veía todo esto bastante bien, porque el espacio alrededor del Banco parecía extrañamente bien alumbrado.

—¿Qué son esas luces que hay cerca del rancho? —inquirió.

El hombre de los zahones se volvió.

—Verá más luz dentro de un momento. Esos asesinos están a punto de largarse. Conocen su oficio. Eso hay que reconocerlo. Han incendiado los edificios viejos del otro lado del Banco.

Escupió, agregando:

—¡Los muy canallas! ¡Eso es para cubrirse la retirada, naturalmente! Calculan que la gente de aquí tendrá trabajo de sobra apagando el incendio y no podrá salir en persecución suya.

El lugar se iba iluminando más. Los edificios del otro lado del Banco —casa de madera muy seca, de los tiempos en que el ganado se conducía por carretera— ardían como si fueran de yesca.

Dode vio a los dos hombres que llevaban rifles salir corriendo de la puerta del Banco, cobijarse tras un extremo del edificio y asomar los cañones de sus armas y disparar durante unos segundos. Luego oyó ruido de pisadas de caballo: los bandidos habían iniciado la huida.

Los supervivientes del pequeño grupo que había intentado salvar el Banco estaban enfurecidos. Cuerpos caídos en la acera, detrás del abrevadero, de cajones y de barriles, asumieron la posición vertical. Muchos siguieron tendidos. Varios de éstos no volverían a levantarse ya. Pero los supervivientes ilesos y hasta algunos de los levemente heridos corrían hacia el Banco. Gritos agudos hundieron el aire.

—¡No les dejéis salir vivos de Coatchie!

—¡Duro y a ellos, muchachos! ¡Vamos!

—¡Cojamos a algunos, por lo menos! ¡Los haremos bailar colgados de un árbol!

—¡Caballos, Eduardo!... ¡Caballos, aprisa!

—¡Eh, muchachos! ¡No tengáis tanta prisa! ¡Ayudadnos a apagar ese incendio! ¡Esa casa que está ardiendo es la mía!

La mayoría de aquellos se volvieron y ayudaron al hombre a dominar el incendio. Dode vio un sorprendente número de personas acudir, corriendo, del centro de la población. Sin duda, muchos de ellos eran del tipo de Carlos Cobb —hombres que huían de toda lucha. Y entre ellos tal vez habría muchos hombres sensatos, porque muchos tenían hijos y aquella ducha había sido verdaderamente terrible, mientras había durado.

Uno de los que corrían se detuvo al llegar a las afueras de la población y se arrodilló para apuntar mejor, con su revólver, a los asesinos que huían. Pero sonó uno de los rifles y el ciudadano rodó por el polvo. Esta nueva tragedia hizo efecto de ducha de agua fría para el ardor de los demás, que corrieron, en seguida, a guarecerse donde pudieron.

Pero, después de un rato, bajó galopando por la calle un hombre montado en un caballo pinto, conduciendo otro bayo. Otro había corrido a la cuadra y volvía con un par de caballos ensillados.

Varios habían retirado sus caballos de los ataderos frente al salón de bebida. Dode les vio iniciar la persecución. El incendio iluminó sus figuras. Perforaron la mortaja de la noche veraniega varios puntos de fuego.

El salvador de Dode —el hombre alto de los zahones— había salido corriendo de la guarnicionería para buscar su caballo y conseguir municiones para el revólver. Dode se puso de pie vacilante. Se apoyó en el marco de la puerta para no caerse y se volvió hacia Carlos Cobb que, aun entonces, no daba muestras de tener el menor deseo de salir a la calle.

—Si hubiesen tenido unos cuantos hombres como Nick Webb en la población —dijo Dode—; esos canallas no hubieran logrado escaparse. ¡Pobre Nick!

—Le mataron a Nick, ¿verdad? —dijo Carlos Cobb.

—Sí; pero hubiera habido movimiento de sobra si no le hubiesen enganchado casi con el primer disparo. Nick era de Tejas, como yo. Y la sangre tejana se hace sentir.

Salió, tambaleándose, a pesar de las protestas del guarnicionero. Le parecía que le debía a Nick el salir en persecución de los malhechores, aun cuando se hallaba en estado de meterse en cama

y pedir la asistencia de un cirujano. Un muchacho que no podía tener mucho más de catorce años conducía un par de caballos ensillados calle abajo. Dode se acercó a él, dando traspiés.

—¡Eh, muchacho! —gritó.

El muchacho se detuvo un instante. Sin que jamás pudiera explicarse cómo, Dode se encaramó a uno de los animales sin usar el estribo.

—¡Suelta, muchacho! —exclamó.

El chico soltó de la brida. Dode picó espuelas. Se sentía mejor así. Era un amante de los caballos y un gran jinete. Su montura pareció darse cuenta de ello inmediatamente, y adoptó un paso regular y elástico. Dode soltó las riendas para cargar el revólver.

Cruzó el espacio iluminado cerca del banco y sintió el intenso calor del incendio. Era un buen rastreador. Vio las huellas de los bandidos que salían de la población y se dirigían al desierto.

Dode se hallaba entre la primera decena de hombres que inició la persecución. Le dolía la cabeza; le dolía el brazo. Pero aquel dolor no tenía ni punto de comparación con el que sentía en el corazón. Nick Webb había sido su mejor amigo, el hombre que le había traído de Tejas cuando joven. Y Dode Leeming salía sediento de sangre.

El sonido viaja muy lejos de noche en país ganadero y, antes de una hora, al grupo de perseguidores se habían unido varios rancheros y sus vaqueros, tanto del lado del Desierto de San Saba al Sur como de la Pradera de Puma Grande, que orillaba las estribaciones de la montaña por el Norte.

Atraídos por el ruido y por las llamas, los rancheros habían acudido a la población y, al conocer la tragedia, se habían sumado a los perseguidores.

Dode Leeming cabalgó hasta desmayarse por primera vez en su vida. Los demás perseguidores estaban tan absortes en su tarea que ni siquiera se dieron cuenta de ello. Prosiguieron, sombríos, su camino. Seguían las huellas que conducían hacia el centro del Desierto de San Saba. Era una noche excepcionalmente oscura; pero el país abierto que tenían delante les animaba a continuar.

Pero sus ánimos no tardaron en convertirse en desaliento. A varias millas de la población se encontraron con un par de caballos ensillados —caballos que los bandidos habían montado, sin duda

alguna. Un poco más allá encontraron otros tres. Pero... ¡ningún bandido!

Un ciudadano de Coatchie, de cara de halcón, ranchero retirado que había sido herido levemente en la lucha, asumió el mando. Reunió a los perseguidores.

—Es seguro que no se han convertido en aire, muchachos — asintió—. Vayamos hacia esos arroyos. Está muy oscuro. Pero daremos con su rastro para el amanecer por lo menos.

Sin embargo, cuando amaneció, aun buscaban sin el menor resultado. La orgullosa población de Coatchie se había llevado la peor parte en su primera batalla con los bandidos.

CAPÍTULO III

EL GEMIDO DE TRASGO

El hombre alto, delgado, que se hallaba sentado encima de la mesa en el despacho del comisario de Coatchie, hizo pocos comentarios. Era relativamente desconocido en el distrito de Rico, aun cuando su nombre era conocido allí, como por todo el Suroeste, sobre todo Arizona.

Era “Pistol” Pete Rice, sheriff del distrito de Trinchera, y había llegado a Coatchie aquella tarde, acudiendo a la llamada del municipio de Coatchie. Mascaba sin cesar goma mientras escuchaba, con atención, el relato que hacía Dode Leeming del asalto al Banco.

—Conque ya lo sabe usted todo, sheriff —acabó diciendo—. Siete de nuestros hombres asesinados. Cerca de una docena de heridos, dos de los cuales han muerto ya. Sólo uno de los bandidos murió. Y no dejaron más rastro de por dónde desaparecieron de lo que dejaría una serpiente al arrastrarse por la roca.

Los ojos azul acero de Dode Leeming brillaban como ascuas bajo la venda que llevaba en la cabeza.

—Sé que Nick Webb tenía muy buena opinión de usted y que usted la tenía muy buena de Nick —prosiguió—. Conque, cuando fui nombrado comisario en su lugar... tal vez porque, éramos tan buenos amigos... obtuve permiso del sheriff para solicitar la ayuda de usted.

Pete Rice continuó mascando goma y pensando. Le había sido simpático Leeming desde el primer momento. Comprendía, que el joven había sido nombrado comisario por su gran valor.

—El sheriff Granger ha estado aquí, en Coatchie, ¿verdad? —inquirió Pete.

—Ha hecho una visita relámpago. Como ya sabe, está la mar de

ocupado con los robos de ganado que han ocurrido en los alrededores de la cabeza del partido... y la cabeza del partido está en el extremo opuesto del distrito.

—¿Cree Granger que los cuatrerros de allá son los mismos que han robado el Banco aquí?

—Sí que lo cree; pero, naturalmente, no está seguro.

El nuevo comisario de Coatchie alzó la vista al entrar alguien en el despacho. El recién llegado era un hombre recio, de ojos azules, y pelo rojo, con el brazo derecho en cabestrillo.

Se acercó a Dode Leeming.

—Supongo, que es usted el señor Leeming, el nuevo comisario —dijo.

Hablaba con un acento que, aunque no muy pronunciado, delataba su origen irlandés.

—Yo soy, en efecto —contestó Leeming—. ¿En qué puedo servirle?

—No estoy muy seguro de que pueda usted hacer nada en el asunto. Me llamo Miguel Grady. Soy vigilante de la Mina Panamint y quiero contarle los terribles sucesos que se han desarrollado allí.

Grady se dejó caer en una silla vacía.

—Es una historia muy larga, comisario. Y cuando acabe, tal vez me crea loco en lugar de herido.

Algo excitado, Grady contó su historia. La Mina Panamint, en la que llevaba trabajando de vigilante varios meses, hacía cerca de un año que no se tocaba.

Le habían dado la plaza de vigilante porque aun había montada en la mina maquinaria de valor y, por añadidura, se conservaba una gran cantidad de dinamita y otros explosivos empleados en minería en una especie de cámara acorazada en el despacho de la mina.

Grady dijo que la noche anterior, a eso de las nueve, había hablado con su primo Daniel Gravin, a quien le consiguiera trabajo en la mina para apuntalar la galería de sesenta metros de profundidad. Confesó que, a continuación, había vuelto a su cabaña y se había echado a dormir. Mientras llevaran, a cabo el trabajo que les había sido confiado, eran libres, de hacer lo que quisieran de su tiempo.

Poco antes de medianoche le había despertado el ruido de ruedas de carreta y el de cascos de caballo. Tenía un revólver del

45., pero no se le había ocurrido desenfundarlo al salir de la cabaña para investigar. La mina se hallaba a dieciocho millas de la abandonada estación termal de Manantiales de Antílope por un lado y a más de diez millas de la pequeña población ganadera llamada Steerville por el otro y, dado el aislamiento de la mina, el vigilante recibía con los brazos abiertos a cuantos se presentaban a interrumpir la monotonía de su vida.

Cuando vio que los recién llegados estaban enmascarados, había intentado retroceder hacia la cabaña y coger una escopeta cargada. Antes de que pudiera hacerlo, le inutilizaron, sin embargo, y le ataron. Los enmascarados no parecieron tomarle muy en serio y no perdieron mucho tiempo atándole. Le habían prometido no hacerle daño si «obraba con sentido común».

Al principio, Grady había decidido ser prudente. Pero luego oyó a algunos de los hombres hablar de bajar a la mina, porque «el otro debía estar allá abajo». Grady había intentado entonces deshacerse de sus ligaduras, aunque no fuera más que para darle un grito de aviso a su primo Daniel, diciéndole que no intentara luchar.

Porque Daniel, según explicó, había llegado recientemente de Irlanda y parecía tener predilección por las armas de fuego y estar encantado con las probabilidades de lucha que ofrecía aquel —para él— nuevo país. En el preciso instante en que Grady logró desatarse, uno de los enmascarados entró, le metió un tiro en el brazo y volvió a atarle. A continuación, esos desconocidos se habían puesto a sacar tranquilamente los explosivos de la cámara y a cargarlos en la carreta. Lo supo por los ruidos y por las palabras que se gritaban unos a otros.

Dijo qué no sé había asustado mucho, salvo por lo que pudiera ocurrirle a Daniel, porque éste era belicoso y, con toda seguridad, se pondría a disparar en cuando el primer enmascarado apareciese en la galería. Pero debieron ponérsele los pelos de punta cuando oyó un terrible gemido, allá en las profundidades de la mina.

Volvió a intentar desasirse de sus ligaduras. Aquella vez, el bandido que se hallaba de guardia a la puerta de la cabaña entró y le dejó sin conocimiento de un golpe. Señaló un bulto que tenía en la cabeza. No sabía cuánto tiempo había permanecido así, porque, cuando volvió en si, descubrió que uno de los bandidos le había robado el reloj que era, de oro.

Salió tambaleándose. Descubrió que los bandidos habían desaparecido y se habían llevado todos los explosivos. Y, más tarde, encontró el cuerpo de Daniel Gravin cerca de la jaula. Le habían matado de una puñalada.

Grady ensilló el potro que tenía allí, se dirigió a Steerville, y dio parte al comisario de allá de lo ocurrido. La herida del brazo daba muestras de haberse infectado, conque había cogido el tren para Coatchie para conseguir mejor asistencia del doctor Harley, a quien se consideraba el mejor médico del distrito de Rico.

Se había hecho tratar la herida y, ya que se hallaba en Coatchie, había decidido contar lo ocurrido al comisario de dicha población también. Tal era su relato. La aguda mirada de Dode Leeming parecía estar sondeando el interior del hombre.

—¿Por qué suponía usted que le creería loco cuando me contase todo eso? —preguntó, con sequedad.

Grady se agitó, inquieto.

—Creía que a lo mejor no creería usted lo del gemido que sonó en la mina.

—¿Qué tiene de particular eso? Cualquier hombre gemiría cuando le clavasen un cuchillo.

Grady, se levantó de su asiento.

—¿Cualquier hombre? —repitió—. ¿Cree usted, acaso, que era Daniel quien gemía? ¡Daniel no era de los que gimen! ¡No, señor! Y, además, jese gemido no era humano!

—Usted se imaginó que no era humano —dijo Leeming.

—¿Que yo me lo imaginé? —exclamó Grady, con impaciencia—. ¡Yo no me he imaginado nada! ¿No le dije que me creería medio loco? El gemido era... pues... ¡un verdadero gemido de trasgo! ¡Eso es lo que era!

—¿Cree usted que eso tiene sentido común? —inquirió Leeming, sonriendo.

—¿Dije yo, acaso, que eso tenía sentido común? No, señor. Yo no he hecho mas que contar la cosa tal como ha ocurrido.

—Pero usted nunca ha oído gemir a un trasgo. ¿Cómo puede saber, pues, si el gemido ese se parecía al de un trasgo o no?

Esto pareció dejar parado momentáneamente a Grady.

—Pues —balbució—, yo digo que... ¡qué un irlandés reconocería el gemido de un trasgo, aunque nunca lo hubiese oído hasta

entonces!

Pete Rice había guardado silencio mientras el vigilante hacía su relato. Pero ahora preguntó:

—¿Tiene usted la intención de quedarse por Coatchie, señor Grady?

—Me pienso quedar aquí hasta que se me arregle este brazo. El doctor Harley quiere examinármelo una vez al día.

—Bueno, pues gracias por su informe —dijo Pete—. Le llamaríamos si deseáramos conocer más detalles.

Grady movió afirmativamente la cabeza, y se marchó. Pete vio una expresión de perplejidad en el semblante de Dode Leeming.

—¿Cree usted que pudiera estar ese hombre complicado en el asunto, Leeming? —preguntó Pete.

El interpelado se rascó la cabeza.

—Me lo estaba preguntando. No sería la primera vez que el vigilante de una mina hiciera alguna trastada. Y parece la mar de raro que hayan tratado a su primo y le hayan perdonado a él la vida.

Se puso en pie y paseó de un lado para otro.

—Le apreté un poco en eso del gemido de trasgo: Pensé que a lo mejor habría oído hablar de los gemidos de la otra noche y que habría inventado eso para que su historia sonara más verdad.

—¿Los gemidos de la otra noche? —inquirió Pete—. ¿Qué quiere usted decir?

Dode Leeming sonrió, algo avergonzado.

—Bueno, no crea usted que yo creo en esas tonterías, sheriff —dijo—; pero algunos de los colonos de los alrededores del San Saba aseguran que oyeron gemidos bastante terribles la noche en que fueron asesinados siete ciudadanos aquí, en Coatchie.»Esos colonos son casi todos ellos, mineros que intentan vivir económicamente desde que las minas Panamint y Black Betty cerraron y se quedaron sin trabajo. Y, naturalmente, usted ya sabe que los mineros son la gente más supersticiosa del mundo.

—Pero... ¿aseguran que oyeron gemidos? —insistió Pete Rice.

—P-Todos ellos. Hombres que vivían a muchas millas unos de otros aseguraban la misma cosa y lo describían tal como lo ha descrito Grady. Y algunos de ellos emplearon hasta las mismas palabras... ¡decían que sonaba como el gemido de un trago!

CAPÍTULO IV

DISPAROS EN EL SAN SABA

Pete Rice era un verdadero torbellino cuando entraba en acción; pero nunca se metía de cabeza en nada. “Primero proyecta tu trabajo y luego trabaja tu proyecto” era una de sus máximas. Por consiguiente, aguardó hasta haberle sonsacado a Dode Leeming todos los detalles necesarios. En esto invirtió cerca de media hora; pero aun quedaban varias horas antes de que anocheciese.

Pete tenía el propósito de examinar la ruta seguida por los bandidos, y hacerlo antes de que obscureciera. Ningún hombre del Suroeste —ningún blanco por lo menos— le ganaba a leer rastros. Antes de buscar su caballo, sin embargo, se pasó otra media hora en Coatchie. Telegrafió a Quebrada del Buitre, ordenando a sus dos comisarios que acudiesen inmediatamente a Coatchie. Siguió a Grady sin que éste se diera cuenta, cuando entró en un salón a beberse un vaso de cerveza.

Grady parecía ser lo que decía y nada más. Su rostro parecía respirar franqueza y sus manos eran grandes y habían trabajado mucho, evidentemente, antes de que se metiera el hombre a vigilante. Hablaba con sencillez y convincentemente por añadidura.

Sin embargo, Pete no tenía la intención de pasar por alto detalle alguno. Como había dicho Dode Leeming, el relato de Grady acerca del gemido del trasgo podía haberse inspirado en lo que contaron los colonos del Desierto de San Saba.

Si Grady no era honrado, podía haber inventado el cuento del gemido para dar más verosimilitud a su relato y hasta era posible que estuviese relacionado con los bandidos y estuviera propagando el rumor acerca del gemido del trasgo con fines conocidos tan sólo de la cuadrilla.

Para Pete Rice, era evidente que el gemido en cuestión era una

treta. Pero... ¿qué objeto podían conseguir los asesinos con ella? ¿Intentaban aterrorizar a la región del San Saba para que los hombres del sheriff no se atrevieran a perseguirles?

Esto parecía poco probable también, porque aun cuando los ganaderos del San Saba pudieran haberse reblandecido un poco por la riqueza adquirida, seguían siendo hombres del suroeste en el fondo, hombres decididos que no pensarían ni por un momento en su propia seguridad en cuanto se les subiera la sangre a la cabeza. Y cualquier jefe de bandidos que fuese un poco astuto lo comprendería demasiado y no cometería semejante error al juzgarles.

El sheriff habló con varios colonos en salones de bebidas y de billar. Algunos vivían a un par de millas tan sólo de Coatchie y otros hasta diez millas más allá. Sin embargo, todos ellos, aseguraban haber oído el extraño gemido la noche del asalto al Banco de Coatchie.

Algunos se encogían de hombros y contaban la cosa algo avergonzados, agregando que habían oído aquel sonido, en efecto, pero que no lo habían tomado por sobrenatural ni mucho menos. Pero la mayoría —los supersticiosos ex mineros aseguraban, sin avergonzarse en absoluto, que había caído una maldición sobre la región de San Saba.

Los peones mejicanos se mostraban especialmente insistentes. ¿No se había oído acaso el gemido en la noche en que morían varios hombres en Coatchie de muerte violenta? ¿No era cierto, por añadidura, que había sido asesinado un hombre en la antigua mina Panamint y que el gemido había sido oído de nuevo aquella noche?

Pete comprendió que Miguel Grady se había pasado el tiempo contando su historia en los salones de bebidas de Coatchie. ¿Tendría el irlandés aquél algún motivo para querer qué el relato fuera conocido del mayor número de personas posible?

De una cosa el sheriff estaba casi seguro: Los enmascarados que habían robado los explosivos de la mina Panamint eran de la misma cuadrilla que los que asaltaron el Banco. Y el robo de explosivos era una indicación bastante fuerte de que el jefe de los bandidos estaría preparando nuevas tropelías —nuevos asaltos a Bancos ó descarrilamientos de trenes quizá.

Consiguió más información acerca del gemido de trasgo cuando

salía de uno de los salones, en que había estado hablando con varios colonos.

Un hombre pálido, de cabello cano de cara de inválido y qué parecía, tal vez, más viejo de lo que era —siguió al sheriff cuando éste salió a la calle.

—Le he oído a usted hablar con esos imbéciles ahí dentro, —sheriff— dijo—. La mayoría se compone de locos... los que creen en esas tonterías, quiero decir. Pero sé algo que tal vez pudiera interesarle, desde un punto de vista más sensato.

Explicó que era oriundo del Este y que había ido a Arizona para curarse de los pulmones. Se llamaba Bolster y había tomado por transferencia el hotel de la estación termal abandonada de Manantiales de Antílope, al Norte. El negocio era muy flojo y se daba largos paseos a caballo para bien de su salud.

—Cabalgaba cerca del pantano ese que hay en la Pradera de Puma Grande la semana pasada —prosiguió el hombre—. No recuerdo ahora cómo lo llaman ustedes aquí en el Oeste.

—¿La Ciénaga? —inquirió Pete—. ¿Se refiere usted a La Ciénaga de Puma Grande?

—Eso es. Fue la noche en que esos dos pastores mejicanos se mataron en una riña. Y le aseguro, sheriff, que oí un gemido así salir del centro de ese pantano.

“Entiéndame usted. Yo no soy supersticioso. Mi teoría es que esos bandidos intentan asustar a los naturales del país tocando una sirena o lo que sea siempre, que hay una muerte. Pensé que pudiera interesarle la noticia. Por eso le seguí a la calle.

—Sí que me interesa —contestó Pete.

Estrechó da mano del hombre.

—Espero que se restablezca usted por completo en este país —dijo.

—Yo creo que sí —contestó, alegremente, Bolster—. Vine aquí a visitar al doctor Harley. Creo que entre Harley y este aire sano seré hombre nuevo en pocos meses. Si va usted alguna vez a Manantiales de Antílope, no deje de acercarse al hotel.

Pete le dio las gracias y se dirigió a la cuadra pública a recoger su caballo. Iba con el entrecejo fruncido y mascaba rítmicamente una tableta de goma. La muerte, seguida de un gemido terrible. ¿Qué significaría? Estaba seguro que se trataba de una estratagema.

Pero... ¿qué clase de estratagema?

Era su deber averiguarlo. Entretanto, procuraría formarse una idea de como habían logrado los bandidos desorientar a los mejores rastreadores de la región del San Saba. Sin embargo, cuando las sombras del atardecer se hicieron más largas sobre el suelo del desierto, hasta el hábil Pete se vio obligado a confesarse vencido, de momento por lo menos.

Dode Leeming le había enseñado dónde fueron encontrados casi todos los caballos de los bandidos. Aparte de la achaparrada vegetación del desierto, no había cubierta alguna en toda aquella región y, aun cuando la hubiera habido, los perseguidores hubieran descubierto las huellas de pisadas de hombre. Pete mascó, lentamente, su goma.. Dode Leeming le miró, interrogador.

—Es duro de pelar esto, ¿eh, sheriff? Esos tipos fueron tan astutos como zorros y supieron ocultar muy bien su pista.

Pete afirmó con la cabeza.

—Sí —reconoció—; y los zorros son muy astutos, lo que no impide que hallemos con frecuencia sus colas clavadas a la puerta de algún cobertizo. Hay algún medio de echarle el guante a esos individuos. Lo que hace falta es dar con él.

Estaba mirando hacia el Oeste, donde las nuevas vías del ferrocarril habían sido tendidas a través del desierto.

—Tal vez encontremos alguna pista cerca de la vía. ¿Cree usted que podrían haber hecho salir de estampía a sus caballos y subido a uno de esos trenes? Podían haberle apuntado al maquinista y haberle obligado á obedecerle.

Leeming movió negativamente la cabeza.

—No. Las huellas seguían paralelas al ferrocarril en efecto, un buen trecho. Pero no hubo ningún tren por aquí a esas horas.

—Probaremos otra teoría, pues —propuso Pete—. ¿Se acuerda del espolón de roca que hemos pasado a unas dos millas de aquí? Unos jinetes buenos y ágiles hubieran podido saltar de la silla y dejar que sus caballos siguieran adelante.

—Pero... ¿dónde se metieron los jinetes? —preguntó Dode Leeming.

—Procuraremos averiguarlo. Vamos, comisario. Va a ser muy difícil seguir un rastro por esa roca. Pero tal vez tengamos suerte. Y no hay nada como el tener suerte en este mundo.

El espolón de roca era estrecho y daba la impresión de la columna vertebral de algún enorme animal prehistórico. Pete Rice y Dode Leeming se apearon y lo examinaron de cerca. Existía una leve posibilidad de que la teoría de Pete resultara buena. Los jinetes podían haber saltado desde el lomo de sus monturas a aquel largo y estrecho espolón de roca. Dode Leeming le siguió.

El trabajo de rastrear se hizo más complicado por las huellas de los perseguidores, que cruzaban el espolón de vez en cuando. Pero, una vez en marcha, Pete se negó a darse por vencido. El suelo del desierto formaba una pendiente bastante pronunciada a una media milla del Oeste de la vía del ferrocarril. La tierra de aquel trozo pendiente debía haber aprovechado bien las escasas lluvias, porque la vegetación era más espesa allí. A veces subía, incluso, por el espolón.

Había empezado a obscurecer ya, y Dode Leeming acercó su caballo más al de Pete. El nuevo comisario admiraba y respetaba enormemente la habilidad de Pete, conque habló en tono bastante vacilante al decir:

—Parece como si esta posibilidad hubiera quedado liquidada ya, sheriff. Me parece un poco cogida por los pelos a mí. Y estará la noche oscura como boca de lobo dentro de diez minutos además, y será imposible ver huellas aunque las haya.

Pero a Pete le gustaba acabar las cosas que empezaba.

—Seguramente tendrá usted razón, Leeming —asintió—; pero hemos hecho ya unos siete octavos del trabajo. Y el último octavo de un trabajo siempre es el más fácil de hacer.

Tenía la mirada clavada en la pendiente. Cosa de un cuarto de milla más allá, una nubecilla de humo que se alzaba sobre unos sauces del desierto indicaba la presencia de una cabaña.

—¿Sabe usted quién vive ahí abajo, Leeming? —inquirió Pete, señalando.

—Es difícil llevar cuenta de estos colonos, sheriff. Esa cabaña estaba desocupada la última vez que yo la vi.

—Bueno, pues ahora no cabe la menor duda de que está ocupada. Y no está muy lejos del espolón de roca. Los bandidos pudieran tener alguna relación con quien sea que viva allí. Pueden haberse refugiado allí temporalmente, sea, como fuere, vale la pena investigar. Bajemos allá.

Los dos hombres tiraron pendiente abajo. Al aproximarse a la cabaña oculta tras los sauces, el humo dejó de salir por la chimenea. Pete comprimió los labios. Un fuego que se apagara hubiera continuado humeando un rato. Aquello debía significar que alguien había apagado por completo el fuego echándole agua encima.

Tampoco había luz en la cabaña.

—Vaya con cuidado, compadre —advirtió Leeming—. Nunca sabe uno. No es nuestro propósito dejarnos pillar en ninguna trampa.

Obligaron a pasar a sus caballos por la hilera oriental de los sauces, que crecían muy cerca unos de otros. Pete tenía el presentimiento de que alguien les vigilaba desde el interior de la destartalada cabaña.

Le daba el corazón que les amenazaba algún peligro. Pero el meterse en peligro era uno de los gajes del oficio. Esperaba que, aunque corriese peligro, hubiese algo irregular en aquella cabaña. Ello representaría un indicio de alguna clase, el primero de aquel caso tan desconcertante.

Aquel presentimiento era tan fuerte, que Pete ató al alazán entre los sauces y, en voz baja, ordenó a Leeming que hiciese lo propio con su caballo. Luego se dirigió a la puerta de la cabaña. Llamó. No obtuvo respuesta.

Volvió a descargar unos golpes y además dio con el pie en la puerta.

—¡Abra! —gritó—. ¡Sabemos que hay alguien aquí dentro!

Siguieron sin recibir contestación.

—¡Va el último aviso! —advirtió Pete—. Abran o... ¡echaré abajo la puerta!

Siguió reinando el silencio en el interior de la cabaña. Pete descargó fuertes puntapiés contra la puerta y, viendo que era fuerte, cargó contra ella con enorme fuerza.

¡Bang! ¡Bang!

Sonaron dos detonaciones detrás de la puerta. Los proyectiles atravesaron la madera y el sheriff los oyó pasar, silbando, junto a su oreja derecha.

Saltó a un lado, se dejó caer sobre una rodilla y disparó, con su revólver a través de la madera, pero oblicuamente. No tenía el menor deseo de matar a quien se hallara dentro, aun cuando

mereciera la muerte. A los muertos no se les puede hacer hablar. El sheriff intentaba hacer salir a quien se estuviese ocultando en la cabaña. Le hizo una señal a Dode Leeming para que no disparara. Dode se había agazapó al otro lado de la puerta, y tenía el revólver en la mano.

Pero aquella intentona por intimidar no dio resultado. Pete vio pasar una sombra por delante de una ventanilla enrejada que había en el lado Sur de la cabaña, e inmediatamente se dejó caer de bruces. Se vio un fogonazo en la ventana y una bala atravesó el cristal y silbó en dirección a los sauces.

Pete se fijó en el punto exacto de donde partía el disparo. Disparó a su vez, tirando a la altura de un hombro. Se oyó un grito de dolor en el interior de la casa. Luego sonaron tres rápidos disparos. Pete oyó a Dode Leeming soltar una exclamación. Comprendió que había sido alcanzado.

CAPÍTULO V

“¡HA SIDO ASESINADO!”

El cerebro de Pete funcionó con rapidez de relámpago. Su aguda mirada había distinguido la silueta de un hombre tras la ventana, al resplandor de los fogonazos. Parecía estar disparando con la mano izquierda. Evidentemente, el disparo le había alcanzado en el hombro derecho y había tenido que cambiar el revólver de mano.

El sheriff tiró otra vez a la altura del hombro. Aquella vez se oyó el ruido de un cuerpo pesado que caía al suelo. Pete corrió al lado de Dode Leeming. Éste no había caído; pero el dolor le había hecho perder la cautela. Se había erguido, soltado el revólver y se sacudía la pierna derecha.

—¡Me dio en la ingle! —dijo—. No es gran cosa, pero duele como el mismísimo demonio. La verdad es que me estoy convirtiendo en un veterano cubierto de cicatrices.

Aun cuando Leeming era casi tan alto como Pete Rice, era delgado a más no poder y el sheriff pudo alzarle sin dificultad y trasladarle a lugar seguro entre los sauces.

—Usted quédese aquí, compadre —le aconsejó—. De momento por lo menos. Voy a echar abajo esa puerta y ver lo que hay dentro..

Se acercó cautelosamente a la cabaña de nuevo. Oyó una voz dentro:

—Me ha dado en los dos hombros, pero aun puedo sujetar una escopeta. Y... ¡le haré trizas como toque es puerta!

—¡Inténtelo si se atreve, amigo! —contestó Pete, sombrío—. Pero le creo a usted un poco más sensato. Está usted jugando con la Ley ahora y le aconsejo que se arrastre hasta la puerta y la abra: ¡Le doy diez segundos para hacerlo!

Reinó el silencio unos instantes en la cabaña. Luego:

—Está bien. Ha habido una mala interpretación. No puedo arrastrarme hasta la puerta. Échela abajo. Le engañaba cuando dije que tenía una escopeta.

—Si sigue engañándome, lo va a pasar usted muy mal. Voy a echar abajo la puerta. Y... ¡tengo dos revólveres en las manos!

Dio una carga contra la puerta y luego retrocedió rápidamente. El hombre que había dentro tal vez estaría meditando alguna nueva traición; pero Pete estaba decidido a liquidar el asunto de una vez. Tenía la completa seguridad de que había dado con un individuo de gran importancia, una pista segura.

No sonó disparo alguno en el interior.

—Un poco mas fuerte —dijo una voz que expresaba dolor—. No estoy preparando nada.

Pete cargó contra la puerta vez tras vez. Por fin se astilló el lado izquierdo y, a la vez siguiente, el sheriff se vio precipitado en el cuarto.

—Hay un cabo de vela sobre la mesa, a la derecha de la puerta —dijo una voz ronca—. Enciéndala —la voz pareció apagarse—. Estoy sangrando, como un cerdo. Siento... como si... estuviera... muriéndome...

Pete sacó una cerilla y la rascó en la suela de la bota. Antes de encender el cabo que vio pegado a la tosca mesa con su propia grasa, se acercó y echó una mirada a la figura que yacía cerca de la ventana. El hombre fuera quien fuese, se había desmayado. No tenía escopeta alguna a su lado. El revólver —descargado— yacía a unos tres metros de su cabeza.

Encendió la vela y, cuando la arrancaba de la mesa y se dirigía con ella al herido, Dode Leeming entró, cojeando, en la cabaña.

—Esta herida de la ingle no tiene importancia —dijo—. Puedo vendármela aquí. Este hombre parece estar en peor estado, ¿eh?

Pete movió afirmativamente la cabeza. Se agachó e hizo un rápido examen.

—Pero vivirá —dijo—. Es una buena cosa. Este hombre puede decir mucho, si quiere.

Encontró una linterna en un estante, con unas latas de conserva. La abrió y la encendió. Tenía poco petróleo. Ardería sólo unos minutos y daba muy poca luz. Pero entre ella y la vela, proporcionaban iluminación suficiente para que Pete vendara la

herida de Leeming rápidamente y luego se dedicara al hombre que aun seguía sin conocimiento. La única ropa que pudo encontrar Pete en la cabaña era una serie de trapos sucios, con que hizo vendas con tiras de su propia camisa. Había trasladado al hombre junto a la puerta, para que le diera el aire del desierto; había colocado la linterna en el umbral y la vela a pocos centímetros de distancia. Las manos grandes y encallecidas trabajaron con habilidad de cirujano. Era experto en el arte de hacer primeras curas en el caso de heridas leves de arma de fuego y pronto cortó la hemorragia.

Por fin se levantó, alzó al colono hasta su litera y se acercó a un cubo para lavarse las manos.

—Recobraré el conocimiento dentro de unos minutos —le dijo a Leeming—. Sabe algo, eso es seguro.

Se metió otra pastilla de goma de mascar en la boca.

—Tal vez tengamos la suerte de encontrar la solución del misterio ahora mismo —agregó—. Pero... ¡qué rayos! Siempre desconfío de las cosas que parecen demasiado fáciles. Sea como fuere, esperaremos.

Aguardaron. Al cabo de diez minutos, el hombre se movió. Poco después, empezó a gemir y murmurar. Sus heridas no eran graves y era imposible que fuesen mortales a menos que se infectaran. Uno de los proyectiles de Pete le había atravesado el hombro, arrancándole una astillita de hueso; la otra había perforado, la parte superior exterior del bíceps izquierdo.

Dode Leeming, estaba escudriñando el rostro del desconocido. Era una cara barbuda y bastante pecosa. Podría tener unos treinta años de edad, calculó Pete, al examinarle el cuerpo, aun cuando el exceso en la bebida y posiblemente los narcóticos le habían hecho parecer más viejo.

—Yo he visto esa cara en alguna parte antes de ahora —dijo Dode.

Frunció el entrecejo.

—Me parece recordar que Nick Webb, le metió en el calabozo una vez. No estoy seguro del todo, pero se me ha metido en la cabeza que sí.

Se inclinó y examinó de cerca el rostro del otro. El colono abrió los ojos.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó. Intentó incorporarse, pero volvió a caer hacia atrás, exhalando un gemido—. ¡Ah! ¡Ah, sí; Ahora recuerdo! Oigan, muchachos, ¿querrán hacerme un favor? Encontrarán unos cigarrillos de marihuana allá en el tercer estante. Los tengo ya hechos. Denme uno. Este dolor me está volviendo loco.

Pete Rice se acercó al estante, encontró un cigarrillo de marihuana, lo colocó entre los labios del herido y se lo encendió. Era enemigo de las drogas; pero éstas podían ser útiles a veces. El herido era ya un adicto a ellas y la marihuana tal vez pudiera hacerle olvidar el sufrimiento.

Aun cuando austero en sus costumbres, el sheriff era tolerante. Había empleado parte del contenido, de un frasco de *whisky* que encontrara en el estante para lavar las heridas para evitar la infección.

Y le había metido el resto en la boca al colono. Éste chupó el cigarrillo de la narcótica hierba. Pete, de pie junto a la litera, le miraba.

—Me temo que no se siente usted muy bien, amigo —dijo—; pero ha tenido mucha suerte. Si los proyectiles que usted disparó hubieran matado a cualquiera de nosotros, no hubiese podido matarse a fuerza de marihuana y *whisky*. ¡Hubiera muerto ahorcado!

Los ojos negros del colono no hacían más que mirar de uno a otro. No dijo una palabra. Pero Pete se dio cuenta de su expresión cuando vio la insignia de comisario de Dode Leeming y la estrella de sheriff suya.

—Ya ha recibido usted bastante castigo —prosiguió Pete—, y voy a recomendar que no le metan en el calabozo siquiera a menos que tenga antecedentes de asesino. Es decir, voy a hacer eso... si habla. Ahora, desembuche toda la historia.

—La historia... ¿de qué? —inquirió el colono, retador.

—¡No intente ganar tiempo! ¡Demasiado sabe a qué me refiero! Pero le refrescaré la memoria. Háblenos de esos bandidos que asaltaron el Banco de Coatchie y huyeron.

En los ojos del interpelado apareció una expresión que podía ser de hosquedad, de miedo, o de las dos cosas a la vez.

—No pienso hablar —dijo, con testarudez. Y agregó, apresuradamente—: ¡Por que no sé una palabra de esos bandidos de

todas formas!

Gimió y se mordió los labios.

—¿Cómo sabía yo que eran ustedes representantes de la Ley? —inquirió—. Creí que serían ustedes ladrones que querían robarme o matarme. Tengo derecho a disparar contra quien intente forzar la entrada a mi casa.

—Es usted un hombre honrado, ¿eh? —murmuró Pete, con ironía—. Nunca se ha encontrado frente a la Ley, ¿verdad?

—¡Jamás! —respondió el otro, con énfasis—. Soy vaquero sin trabajo. Encontré esta cabaña vacía y me instalé en ella. Pero eso no es faltar a la honradez, me parece a mí. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Dode Leeming, muy pálido y débil, se había sentado en una silla vieja, sin respaldo. Pero de pronto se puso en pie y se acercó, cojeando, a la cama.

—¡Ahora recuerdo quién es usted! —aulló—. ¡Es Smith! ¡Nick Webb le detuvo hace un par de años e hizo examinar sus antecedentes!

El comisario se volvió hacia Pete Rice:

—Me parecía haberle visto antes; pero no caí en quién era, hasta que le oí hablar. No me acuerdo de su nombre de pila; pero se apellida Smith. Y estuvo dos años en la cárcel de Florence por cuatrero.

Pete Rice estaba contemplando al hombre.

—Vamos, Smith —le instó—. La verdad siempre alcanza a la mentira en cualquier carrera. Ahora le toca a usted hablar. ¡Desembuche cuanto sepa!

Ni promesa, ni amenazas pudieron conseguir, sin embargo, que Smith confesara estar relacionado con los bandidos. Pete Rice era buen psicólogo y comprendía perfectamente cuándo era inútil insistir. Smith estaba relacionado de alguna manera con los malhechores, pero se negaría rotundamente a proporcionar información alguna acerca de ellos.

Estaban perdiendo el tiempo y Pete veía por el rostro de Leeming que éste había quedado muy debilitado por la herida, que era la tercera que recibía en pocos días. Necesitaba asistencia médica. Hubiera mandado a Leeming a la población; pero no se atrevía a dejarle ir solo. Leeming era de los que insistirían en que se

encontraban bien y luego, con toda seguridad, se desmayaría y se caería del caballo por el camino.

El sheriff le hizo una seña para que saliera de la cabaña. Cuando ambos se hallaron fuera del alcance de los oídos de Smith, Pete dijo:

—Este tipo es culpable de alguna manera; pero no hablará... de momento por lo menos. Está demasiado mal para que se le pueda trasladar a la población. Iremos nosotros y mandaremos aquí al doctor Harley para que le atienda. Es preciso evitar que se le infecten las heridas. Este hombre es de gran valor para la justicia en estos instantes.

Menos de cinco minutos después, los dos representantes de la Ley emprendieron el camino de regreso a la población. Smith estaba tan seguro en la cabaña como si se hubiera encontrado en la cárcel. No se hallaba en estado de moverse de allí, cuanto más de escaparse del país.

El hábil doctor Harley podía llegar a su lado en menos de dos horas. Así se podría servir a la causa de la justicia y ser humanitario al propio tiempo. Lo más probable era que se lograra hacer hablar al ex presidiario después que le hubiese asistido el doctor Harley y le hubiera trasladado a la población en su cochecito.

La forma afortunada y fácil de obtener la victoria —la forma de la que nunca se fiaba Pete— parecía a punto de triunfar al fin. Yendo a paso corto, el sheriff logró conducir a Leeming hasta el consultorio del doctor Harley antes de que el comisario se desmayara. Fue asistido inmediatamente y recibió la orden de meterse en cama. Luego el médico se dirigió a la cabaña del ex presidiario montado en su cochecito.

Pete estuvo ocupado en la población cosa de una hora o así, vio que Miguel Grady seguía en Coatchie, habló con varios colonos y ciudadanos, echó una mirada al cadáver del bandido —un tipo mal encarado cuyos antecedentes se estaban investigando— y luego se dirigió al despacho de Dode Leeming. Tenía la intención de interrogar de nuevo a Smith en cuanto le trajera el médico. Los prisioneros hablaban con más facilidad, frecuentemente, después de haberles sido administrados calmantes y Pete estaba decidido a hacer hablar a aquel hombre por el procedimiento que fuera. Todo era lícito en el amor y en la guerra. Amaba a la Ley que había jurado mantener y administrar; guerreaba sin descanso contra el

crimen.

Luchó contra el sueño que sentía después de día tan movido y se hallaba en la puerta del despacho poco después de las once cuando bajó una figura alta por la oscura calle. Era el doctor Harley.

Pete le llamó.

—¿Le trajo usted, doctor? —inquirió.

El rostro del doctor Harley tenía una expresión sombría.

—Sí que le traje —respondió, con tono singular—. Pero no le sacará usted una palabra. ¡Está muerto!

Alzó la mano.

—Sí, ya lo sé. Las dos heridas de bala no tenían mucha importancia. Pero le encontré un puñal clavado en el corazón cuando llegué a su cabaña. ¡Fue asesinado!

Pete Rice soltó una exclamación de asombro. Harley le echó a un lado, entró en el despacho y se dejó caer en una silla.

—Y lo más raro del caso —prosiguió, enjugándose la frente con un enorme pañuelo—, es que poco antes de que llegara yo a esa cabaña oí el gemido más raro que imaginarse puede.

CAPÍTULO VI

LOS BUCKLAND

Al nacer el nuevo día, Coatchie entero estaba tan excitado como un pueblo de perros de la pradera invadido por serpientes de cascabel. Todo el mundo parecía estar hablando del extraño caso que le había sucedido al doctor Harley. Como muchos hombres que son taciturnos en su despacho, el médico era locuaz fuera de él.

La gente supersticiosa es capaz de todo por alimentar su superstición y los ex mineros que vivían en cabañas en el Desierto de San Saba recorrían varias millas a pie, hasta la población, por tener la emoción de escuchar los detalles y poder decir: «¿No os lo decíamos nosotros?»

La mayoría de los ciudadanos y algunos de los colonos se mostraban burlones, no obstante, y aunque no dudaban de la palabra de un hombre que gozaba de tan alta estima como el doctor Harley, insistían en que los gemidos eran alguna estratagema ideada por los bandidos para sembrar el terror.

El resultado de todo esto fue que proclamaban a voz en grito que no estaban dispuestos a dejarse aterrorizar y varios hombres se presentaron a Pete Rice, para ofrecerse como voluntarios para dar caza a los bandidos.

Entre éstos se hallaban tres cuyos servicios Pete apreciaba mucho. Uno de ellos, Smiley Hanaford, había solicitado ya una de las plazas de ayudante de comisario que habían de crearse en la población. Hanaford reía mucho y hablaba con dulzura: Pero había demostrado ser veneno puro en la lucha e ignorar por completo el significado del miedo.

Era vaquero, sin trabajo por entonces, pero tenía cerca de cuarenta años y había ahorrado algo de dinero cuando trabajada en el rancho de Buckland y, más tarde, en el Big Bar M.

Otro era Slim Latcher, el vaquero que había echado el lazo a Leeming, salvándole, la noche del asaltó al Banco. Latcher se ganaba la vida como experto en ganado, comprando reses para el rancho de Buckland y otros ganaderos grandes.

Pero el tercero era enemigo de Tomás Bucland. Era Snag Parrish, cuyos salientes dientes, manchados de tabaco, eran de aspecto tan desagradable como los colmillos de una serpiente de cascabel; pero había demostrado que, cuando había jaleo, también sabía ser tan peligroso como una serpiente de cascabel. Había sido propietario de un rancho pequeño que Tomás Buckland, como presidente del Banco de Coatchie, le había quitado en pago de una hipoteca. Por consiguiente, hasta el nombre de Buckland le resultaba odioso.

Era rastreador muy hábil, sin embargo, tenía algo de sangre india en sus venas y Pete Rice puso su nombre entre los de aquellos a quienes llamaría si se presentaba la ocasión. Los comisarios de Pete llegaron a Coatchie por la mañana y sus ojos brillaron al escuchar de labios de su jefe cuál era la situación en la comarca de San Saba.

El sheriff de Quebrada del Buitre hubiera preferido aquella pareja de comisarios a una docena de hombres de habilidad normal en seguir rastros y luchar con bandidos. Eran tan distintos entre si como humanamente pueden serlo dos hombres, salvo en un particular: Luchaban como verdaderos gatos monteses, y hasta hubieran sido capaces de quedarse sin comer por llegar a las manos con los bandidos.

Hicks «Miserias» era bajo y pellejudo de cara y cuerpo. Aun cuando era barbero de oficio, siempre soltaba navaja de afeitar y máquina de cortar el pelo cuando se presentaba la ocasión de ponerse el revólver y salir a imponer la Ley en compañía de «Pistol» Pete Rice.

Teeny Butler pesaba más del doble que el pequeño comisario barbero. Tenía espalda de búfalo, manos como jamones y brazos de gorila.

—Si anda algún trasgo gimiendo por aquí —observó—, opino que «Miserias» debía de haberse quedado en casa.

Teeny era tejano —su verdadero nombre era Guillermo Álamo Butler— y aun hablaba arrastrando las sílabas, como los de Tejas.

—¡Qué rayos! —aulló «Miserias», que figuraba en el certificado

de bautismo con los nombres de Lorenzo Miguel Hicks, aun cuando sus ojos, de un azul irlandés, delataban bien a las claras de dónde habían salido sus antepasados—. ¡Si pesco algún trasgo por aquí, va a gemir mucho más de lo que haya podido estar gimiendo hasta ahora! ¡Eso os lo aseguro!

Su expresión se tornó seria.

—Pero supongo que se tratará de una simple estratagema, ¿verdad, Pete?

—De eso puedes tener la completa seguridad, compadre. El jefe de esta cuadrilla es muy astuto. Pero el hombre que anda gastándole tretas a los demás, acaba siempre siendo víctima de una treta a su vez tarde o temprano. De eso no cabe la menor duda. — Pero... ¿cómo vamos a empezar a gastarles nosotros una treta? — inquirió «Miserias».

Siempre se impacientaba por entrar en acción.

—Eso ya lo veremos —contestó Pete—. Lo que pasa con los criminales es que siempre logran descargar ellos el primer golpe contra la Ley. Tal vez tengamos que esperar a ver dónde dan el próximo golpe y empezar desde ese punto con una pista reciente.

Se metió otra pastilla de goma de mascar en la enorme boca y sus angulosas mandíbulas empezaron a funcionar rítmicamente. Estaba pensando en cuál había de ser su paso siguiente.

—¿Sabéis lo que podemos hacer, muchachos? —dijo por fin—; Ese Smith tenía alguna relación con los bandidos: eso es seguro. Tal vez consigamos una pista por mediación suya.

—Pero... ¡si decías que Smith había muerto! —le recordó «Miserias».

—Sí; ha muerto. Pero no sabía él, que iba a morir tan pronto. Quizá haya en su cabaña cosas que nos proporcionen una pista... cartas o tal vez las señas de algunos de sus compadres. Iremos allá y echaremos una mirada.

Pete fue en busca de su alazán a la cuadra. Lo ensilló y se reunió con sus comisarios en la calle principal. Los tres hombres emprendieron el camino de la cabaña. El caballo de Pete —llamado Sonny y que tenía fama de ser el más veloz de Arizona— parecía dispuesto a batir todos los records de velocidad después de haber pasado la noche en la cuadra; pero Pete le obligó a cabalgar al paso del caballo bayo de Teeny y del gris acero de «Miserias».

No obstante, viajaban bastante aprisa y no tardó mucho el trío de Quebrada del Buitre en llegar a la cabaña del desierto.

La puerta o lo que de ella quedaba después de los golpes recibidos la noche anterior, estaba abierta de par en par. Los toscos muebles seguían en el mismo sitio. Durante algún tiempo, el recuerdo de lo sucedido allí haría que la cabaña siguiera abandonada. Pero a medida que transcurrieran los meses, algún colono y hasta tal vez, uno de los supersticiosos ex mineros, se trasladaría a ella.

Teeny Butler se puso a registrar todas las latas de la estantería. «Miserias», que era bastante curioso, se estaba distrayendo, al parecer, registrando un montón de ropa vieja metida en un cajón estropeado.

Miró los bolsillos de una chaqueta vieja y encontró una nota escrita en español, enviada por alguien del Empalme del Desierto que firmaba “J. T.” La nota era breve y concebida en términos vagos y misteriosos; pero Pete decidió buscar por todo Empalme del Desierto hasta dar con el conocido presidiario.

Fue el propio Pete Rice el que observó, casi inmediatamente, una tabla floja al dado de la litera, junto a la pared. Alzó la tabla y estaba a punto de meter la mano en la pequeña y oscura cavidad cuando oyó una especie de silbido. Un segundo después se alzaba del interior del hueco una cabeza aplastada, una cabeza que Pete Rice separó inmediatamente del tronco de un disparo de revólver.

—Pues parece ser que no quería que anduviese curioseando por este suelo —comentó el sheriff—. Debe de tener algo especial ahí dentro y se proporcionó un buen centinela. ¿Cómo enseñaría a esta serpiente a no hacer sonar el cascabel?

El misterio quedó explicado en seguida cuando sacó el reptil decapitado y vio que le habían sido cortados los cascabeles con bastante brutalidad.

—Como amputación, está bastante mal hecha —dijo—. Una serpiente de cascabel se moriría un día o así después de una operación como ésta. Demuestra que a esta serpiente la metieron aquí anoche a lo sumo. Bueno, echaremos una mirada.

Encendió el cabo de vela y miró, cautelosamente, hacia el interior del agujero. No había más serpientes. Pero había un fajo de billetes atado con una banda de goma. Sacó el dinero. Los billetes

eran de diez y veinte dólares en su mayoría. Sumaban más de ciento cincuenta dólares. Eran nuevos.

—¡Rayos! —exclamó Hicks—. ¡Un colono con todo ese dinero!... ¡Apostaría cualquier cosa a que no lo ganaría él con su trabajo!

—Honradamente no, por lo menos —respondió Pete—. Este es lo que los malhechores llaman «dinero fácil...» y ya veis cuánto ha pagado Smith por él. Le ha costado la vida.

Examinó los billetes nuevos.

—No cabe la menor duda de que estos son algunos de los que fueron robados del Banco —prosiguió—. Si encontráramos al hombre que mató a Smith, quedaría liquidado este asunto en seguida.

Mascó goma lentamente durante unos instantes.

—Me parece que será mejor que volvamos a la población, muchachos. Quiero ver a Tomás Buckland si es que está de vuelta. Vamos.

Cuando llegaron de nuevo a Coatchie, descubrieron que Tomás Buckland y su hijo Standish, los cuales habían estado en Tucson desde el asalto, se hallaban de vuelta en el Banco.

Buckland padre tenía más aspecto de ganadero que de presidente de un Banco. Tenía el rostro grande y atezado, arrugado por los años, y su cabello era blanco. Pero los ojos amarillentos en aquel rostro oscuro parecían extrañamente juveniles y perspicaces.

Su hijo Standish estaba sentado a una mesa, en el rincón del despacho, aun cuando todo su trabajo parecía reducirse a rodearse de humo de cigarrillo. Era una edición más joven de Tomás, aun cuando su piel era más clara y sus ojos más oscuros.

Parecía aburrido de la vida, como su padre también. Porque, aunque tal vez no estuviese aburrido. Tomás estaba sentado a su mesa con la misma tranquilidad que si no hubiese sido saqueado recientemente su Banco, ni hubieran muerto asesinados varios ciudadanos.

Estaba locuaz, sin embargo. Es más, pareció dispuesto a hablarlo él todo en cuanto Pete se presentó.

—He oído hablar mucho de usted, sheriff —dijo—. Opino que es el hombre que necesitamos en estos momentos y circunstancias. Valiente situación, ¿eh?

Pete movió afirmativamente la cabeza. Estaba escudriñando el

rostro del otro.

—Supongo que no podrá usted darme más noticias de las que conozco ya —prosiguió Buckland—. Cameron, que es el que queda encargado del Banco cuando yo me hallo ausente, me telegrafió detalles completos.

»Tal vez esperara la gente que regresara yo aprisa y corriendo. ¿Qué esperaba que hiciese yo? ¿Ponerme de cabeza o algo así? Me parece que nada conseguiría con eso.

—No creo que el ponerse de cabeza, o de pie, serviría de gran cosa ahora —comentó Pete, secamente—. No es el estarse quieto lo que dará resultado alguno en estos momentos. ¡Es necesario obrar!

—¡Eso es! —contestó Buckland—. Pero obrar con tino. Decidí acabar lo que tenía que hacer en Tucson, ya que estaba allí.

Hizo un movimiento de cabeza en dirección a la mesa ocupada por su hijo.

—Aun así, hubiera estado de vuelta en casa ayer, si hubiera hecho las cosas a mi manera. Tenía la intención de pillar el tren hasta Empalme del Desierto y viajar desde allí por el ramal.

De nuevo, hizo un gesto hacia su hijo.

—Pero este sabelotodo aseguró que iríamos más deprisa en el automóvil que logró convencerme para que le comprara.

Su voz tenía un fuerte dejo de intolerancia. Tomás Buckland había pasado la mayor parte de su vida a caballo. Odiaba todo lo que oliese a maquinaria.

—Fuimos bien... durante un rato. Pero estrelló el maldito cacharro contra un árbol cerca de Templeville y tuvimos que esperar cerca de seis horas a qué lo arreglaran. No hay ferrocarril en Templeville. Tuve que rondar por ahí como una vieja. ¡Rayos! ¡Si hubiese tenido mi caballo allí, hubiese venido con él aquí campo traviesa!

Pete dejó que el despótico anciano hablara hasta cansarse. Sabía por experiencia que muchas veces la gente locuaz decía muchas cosas de sí misma sin darse cuenta de ello. Seguía estudiando al banquero. El sheriff habló del registro efectuado en la cabaña de Smith y de los billetes que había encontrado.

—¡Enséñemelos! —dijo Buckland, con brusquedad—. Tenemos la numeración de ese lote. Me parece que podré decirle si son de aquí o no sin consultar la lista siquiera.

Pete sacó los billetes y el banquero afirmó con la cabeza inmediatamente.

—Ese dinero es de ese Banco, en efecto —dijo. Y agregó, casi humorísticamente—. ¡Me quedo con él!

Pete le entregó el dinero, escuchó un poco más de la conversación aparentemente interminable del hombre y luego se marchó. Ahora le tocaba buscar a «J. T.» —el amigo que Smith tenía en Empalme del Desierto. No se pasaba por alto ni una hebra de la cuerda que, con él tiempo, ahorcaría a los asesinos que habían estado sembrando el terror en Coatchie y otros lugares del distrito de Rico.

Sin embargo, la mente del sheriff no estaba ocupada tan sólo por el misterioso “J. T.”. Pensaba mucho en el viejo Tomás Buckland.

Este último era un déspota, de eso no cabía la menor duda. Pero... ¿sería algo más también? ¿Sería un malhechor? ¿Sería tan rico como le creía la gente? ¿Podría haberse metido en algún apuro para salir del cual necesitaba digiero con urgencia?

Tomás Buckland era una especie de institución, va en la comarca del San Saba. Nacido pobre, había logrado conquistar la riqueza y el poder. Seguía siendo ambicioso en cuanto al dinero se refería. «¡Me quedo con él», había dicho al enseñarle Pete los billetes hallados en el rancho de Smith.

Mentalmente, aun le parecía ver el semblante del viejo Buckland: los ojos casi tan fijos como los de un reptil; la nariz aguileña que parecía formada para destrozar su presa; la boca dura y la mandíbula de granito. Aquel rostro indicaba implacabilidad y poder; tal vez crueldad también.

Sin embargo, a pesar de todo lo que se quejaba el banquero de la locura de su hijo, Pete Rice se daba cuenta de que el viejo sentía un verdadero afecto por el elegante Standish, su hijo huérfano de madre, su único heredero.

¡Hallándose ya en los últimos años de su vida, ¿habría decidido reunir más dinero, honradamente o por cualquier otro procedimiento, para el Buckland que quedaba?

¿Por qué se habían hallado ausentes los Buckland cuando se efectuó el asalto? ¿Por qué no habían regresado más pronto? Y... ¿ocultaba Standish tras su aspecto de aburrimiento una codicia semejante a la de su padre?

Pete Rice se hizo todas estas preguntas mientras regresaba al despacho de Dode Leeming.

CAPÍTULO VII

INFIERNO EN CAÑÓN DEL NORTE

Al llegar al despacho de Dode Leeming, Pete Rice decidió que sí los bandidos responsables de lo ocurrido creían poder intimidar a los habitantes de la comarca de San Saba, dichos bandidos se habían equivocado de medio a medio.

El despacho parecía atraer a los hombres como la carne humana atrae a los buitres. Había vaqueros alrededor de la puerta. Algunos colonos se habían presentado también para ofrecerse como comisarios si se les proporcionaban caballos. La acera de madera amarilla estaba salpicada de saliva de tabaco.

Hasta los que no se hallaban en situación de poder cabalgar suplicaban que se contase con ellos si volvía a ocurrir algo. El doctor Harley, que casi siempre hacía sus visitas en coche, se había presentado, así como el hostelero semi-invalídeo de Manantiales de Antílope y jóvenes de quince años, y mineros sin trabajo, que eran muy malos jinetes a pesar de lo muchos años que llevaban en el Oeste.

A Pete le encantaba su decisión y se veía precisado a recurrir a toda su diplomacia para rechazar a muchos de aquellos hombres. Pero no tardó en despejar el despacho y empezó a darle órdenes a «Miserias».

Éste había de coger el tren, a primera hora de la mañana, para Empalme de Desierto, con el fin de dar con el paradero del misterioso «J. T.» El pequeño comisario estaba encantado con el encargo.

Pete Rice sabía que la tarea pudiera no ser fácil; pero Hicks era el más indicado para llevarla a cabo con éxito. El amigo de Smith quizá no se hallaría en Empalme del Desierto ya. Pudiera haber varias personas allí cuyas iniciales fuesen «J. T.» y, por añadidura,

el sheriff no había dejado de pensar en la posibilidad de que las letras fuesen alguna clave para identificarse y no las iniciales de una persona.

Pero Hicks «Miserias», con la experiencia que tenía como barbero, su curiosidad nativa y su genio para averiguar las cosas, lograría triunfar plenamente. El pequeño barbero comisario parecía tener olfato de perro sabueso y tenacidad de terrier. Mientras los voluntarios rondaban por los alrededores del despacho, la aguda mirada de Pete Rice no había dejado de notar al elegante Standish Buckland que se paseaba de un lado para otro en la acera de enfrente, mirando furtivamente hacia el despacho.

Los movimientos del hijo del presidente del Banco le intrigaron bastante hasta qué, a eso de las cuatro, el joven entró en el despacho y dijo:

—He estado intentando hallar ocasión de hablar con usted a solas, sheriff.

Hizo un gesto en dirección a los comisarios.

—No me importa que se hallen presentes estos señores, claro está. Quería decir que no deseaba que toda esa gente, todos esos ociosos, oyeran lo que quiero proponer.

Buckland hablaba con cierto aplomo. Se sentó tranquilamente sobre la mesa.

—Vengo aquí con un fin determinado dijo —. El viejo cree que no seré yo nunca un buen ranchero. El viejo es demasiado anticuado. Está haciendo las cosas empleando los procedimientos de hace treinta años.

—Y... ¿quién es el «viejo»? —inquirió Pete, con sequedad, aun cuando sabía de sobra, lo que el otro quería decir. Standish ni siquiera se ruborizó.

—EL hombre a quien tengo por padre —dijo—. Después de todo, ¿qué es más que un viejo?

—Y... ¿cuál es el fin determinado con que ha venido usted aquí?

—Se trata de una idea que se me ocurrió. Logré convencer al viejo para que accediera a ella. Creo que esos bandidos tienen espías en la población. Se me ocurrió que podíamos intentar hacerles caer en una trampa.

—¿Cómo?

—Tenemos unas cuantas reses escogidas en Cañón del Norte

desde hace unos días. Se hubieran embarcado ya, de no haber sido por todo este jaleo. Hemos tenido una docena de vaqueros al cuidado de ellas allí.

El joven sacó una pitillera de plata, extrajo un cigarrillo y lo encendió.

—Hoy era día de pago. Papá quería quedarse con todos los hombres. Pero yo dije que no. Le dije que deberíamos dejar que más de la mitad de ellos vinieran a la población, se emborracharan y hablaran. Conservaríamos a unos cuantos hombres de confianza con las reses; pero demasiado pocos para tentar a los cuatreros.

Exhaló una nube de humo. Pete Rice estaba estudiando su rostro.

—Los muchachos a quienes se dé permiso para venir a la estación no estarán en el secreto. No estoy muy seguro de los caballos de fuerza que desarrollan sus cerebros. Si estuvieran en el secreto, podrían echarlo a perder todo. Que obren con naturalidad... como tontos.

Hicks «Miserias», que se había criado en un país vaquero y no era muy hábil en eso de ocultar sus sentimientos, emitió un sonido ahogado de exasperación. Buckland no pareció darse cuenta de ello.

—No tardaría en correr la noticia de lo fácil que resultaría robar el ganado de Cañón del Norte —prosiguió éste—. Es casi seguro que los cuatreros y los salteadores del Banco son de la misma cuadrilla.

—¿Tiene usted la intención de preparar un grupo de hombres para tender una emboscada a los cuatreros si intentaran algo esta noche? —inquirió Pete.

—Justo. Claro está que si no atacaran esta noche podríamos tener a la gente escondida por ahí cerca un par de noches más. Usted es el amo aquí hoy en día. ¿Qué dice de mi plan?

Pete se puso en pie.

—Es un buen plan —dijo.

Discutió los detalles con el joven. Éste movió afirmativamente la cabeza, rascó una cerilla en la mesa de Dode Leeming y salió, dejando tras sí una nube de humo de cigarrillo egipcio.

Hicks estalló:

—¡Ese maniquí imbécil, presumido, de manos blancas, pico de pato, ojos de becerro, sesos de liebre, cuello de botella, labios de hígado, lengua de serpiente fumador de cigarrillos... —empezó a

decir.

—¡So! ¡Un momento, compadre! —le interrumpió Pete—. No saldríamos de aquí nunca si tuviéramos que esperar a que acabases tú de darle nombres. No está real su idea, ni mucho menos.

Se quedó contemplando a Standish Buckland mientras éste cruzaba en dirección al bar del nuevo hotel de Coatchie que vendía lo que los veteranos llamaban con desdén «esos malditos combinados».

—Y si los Buckland están preparando alguna treta —agregó—, me parece a mi que esto nos proporcionará una ocasión de vigilarlos de cerca.

Pete Rice escogió hombres para el pequeño grupo que necesitaba, antes de la hora de cenar. Habían de salir de la población uno por uno y reunirse en La Ciénaga, en Puma Grande. Recogerían a los Buckland, padre e hijo, en cierto punto del rancho de Looping Arrow. El grupo completo se dirigiría al Cañón del Norte, para llegar allí antes de las once y aguardar, escondido, hasta el amanecer si era necesario.

El sheriff de Quebrada del Buitre nunca condenaba a un hombre sin pruebas terminantes. Los dos Buckland tenían cosas que le gustaban. No obstante, reconocía que Standish era más equilibrado que la mayoría de muchachos de su edad y que en muchas cosas, Tomás Buckland encarnaba el indomable espíritu del antiguo Oeste.

Un punto en particular no se le había pasado por alto: si los Buckland eran malhechores —y hasta aquel momento no tenía la menor prueba de que lo fueran— ¿habrían organizado aquello para tener sujetos a Pete Rice y sus comisarios durante aquella noche en Cañón del Norte para que la cuadrilla de bandidos pudiera obrar con libertad en alguna otra parte?

Después de pensarlo bien, se le disipó semejante duda. Los Buckland no podían ser tan torpes para hacer eso. Con su sutileza, jamás se les ocurriría intentar una cosa tan ingenua.

No obstante, antes de salir de la población, Pete celebró una entrevista con Snag Parrish. Estaba convencido de la honradez de Snag y de su excepcional habilidad. Autorizó a este hombre para que nombrara comisarios en el caso de que ocurriese algo cerca de Coatchie y le dijo que mandase un mensajero a Cañón del Norte en caso de necesidad.

Snag Parrish era un hombre inteligente y hábil y estaba orgulloso de la confianza que había depositado el sheriff en él.

—Déjelo usted de mi cuenta, sheriff-dijo—. ¡Ojalá haya acción! Es más, le suplicaría que me dejase acompañarles esta noche, pero yo no protegería ganado de Buckland por nada del mundo. Algún día saldará cuentas con Tomás Buckland.

Pete Rice sacudió la cabeza.

—Siento oírle hablar a usted así, Parrish —dijo—. En todas las demás cosas, tiene usted una sensatez sorprendente. La venganza no es una victoria. Es como matar a una avispa después de que le ha picado a uno.

Snag Parrish no dijo más. Pero al alejarse Pete, aun centelleaban sus ojos, mientras pensaba en los males reales o imaginarios que le había inferido Tomás Buckland.

Horas antes, Pete había predicho que habría tormenta aquella noche. Casi se había criado al aire libre y rara vez se equivocaba en sus vaticinios en cuanto al tiempo se refería. No obstante, la tormenta podría muy bien resultar un imán más que atrajera a los cuatrerros.

Si éstos se habían enterado de la existencia de aquel ganado tan mal guardado, debían saber también que había una cocina de campaña a menos de media milla del Cañón del Norte y que en caso de tempestad, algunos de los vaqueros de guardia podrían arriesgarse a cabalgar hasta la misma en busca de más ropa y de café caliente.

Al recorrer Pete la última milla que le separaba de la orilla de La Ciénaga, las nubes taparon la luna y cortaron el plateado fulgor de las estrellas. Se oyó el lejano murmullo del trueno al Suroeste. El murmullo se convirtió en gruñido y luego en rugido mientras el sheriff seguía su camino.

Miró hacia el Nordeste. Vio las luces del tren correo que llegaba a Coatchie del Norte todas las noches, a las diez cincuenta y dos. Bajaba de la población minera de Hutchinson, situada al Nordeste.

Sacudió la cabeza al ver al monstruo de acero cruzar a gran velocidad un extremo de la Pradera de Puma Grande. Estaba pensando en la dinamita robada a la mina Panamint. ¿Se atreverían los bandidos a volar un tren con dinamita con el fin de robarlo?

El sheriff intentó cambiar de pensamiento. Fuera como fuese,

existía la posibilidad de que aquella noche pudiera capturar á algunos de los bandidos. Lo que éstos dijeran bajo presión, podría contribuir a esclarecer el asunto y hacer que volviera a reinar la tranquilidad en el distrito de Rico.

Encontró a todos menos a los Buckland reunidos en el punto convenido, cerca de La Ciénaga. Teeny y «Miserias» estaban allí. El primero iba armado, no sólo con revólveres, sino con un látigo de mango corto y larga tralla que con frecuencia llevaba a la lucha y empleaba con excelente resultado. Con aquella larga tralla era capaz de encender una cerilla de un extremo a otro de una habitación corriente.

«Miserias» iba armado de sus bolas, arma que le regalaran cierta vez. Se componía de tres tiras de cuero con una bola de metal en la punta de cada una. Más de una vez las había empleado para tirarlas contra algún bandido que huía, hacerle caer y capturarle sin derramamiento de sangre.

Pete Rice era enemigo de derramar sangre a menos que fuese absolutamente necesario, y aquella noche tenía mayor motivo que nunca para no querer matar a los cuatrerros. Los muertos no hablan. Los vivos lo hacen con frecuencia.

Además de los comisarios, iban Smiley Hanaford y Slim Latcher, de quienes ya hemos hablado anteriormente. Latcher montaba un caballo de los llamados «grulla».

Los cinco hombres emprendieron en seguida la marcha hacia la punta del cañón —que tenía forma de cuello de botella—, donde habían de recoger a los Buckland. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Brillaron los relámpagos en el firmamento de vez en cuando, seguidos de estrepitosos truenos. Cuando se reunieron con los Buckland y tiraron cañón arriba, estaba lloviendo ya a cántaros.

Standish Buckland, enfundado en pantalón de montar y camisa caqui, llevaba un rifle de repetición nuevo. El padre, vestido más toscamente, calzaba la pareja de revólveres del 45, con muescas en la culata que se habían hecho tradicionales en sus mocedades.

Desde la parte de arriba del cañón donde los escasos vaqueros montaban guardia sobre el ganado, llegaron las notas de una canción vaquera.

—Suenan como si fuese Brownie Neale —observó el viejo Buckland—. No sabe cantar ni por pienso; pero a las vacas parece

gustarles. Cuando yo era joven, siempre cantaba en noches como esta. Evité más de una estampía posible con esta voz cascada mía. ¡Hum!... ¡Hermosa lluvia!

Parecían haberse abierto compuertas en el cielo. La lluvia caía en diluvio. Pete inclinó la cabeza y dejó escurrirse el agua del ancha ala de su sombrero. Algunos de los otros hicieron lo propio. Nadie se quejó del tiempo, era un gaje del oficio.

Subieron, al paso, una pronunciada pendiente, luego cruzaron un trecho de tierra plana e iniciaron el descenso hacia donde se veían las reses agrupadas y pegadas unas contra otras para protegerse de la lluvia torrencial. En la noche sonó la canción de Brownie Neale:

Oh, muchacha de Búfalo, ¿saldréis esta noche?

¿Saldréis esta noche? ¿Saldréis esta noche?

Oh, muchachas de...

Los tambores y trompetas de la tempestad iniciaron un redoble prolongado. El ruido ahogó el resto de la canción de Brownie. Los relámpagos parecían chisporrotear alrededor de los jinetes. Se oyó un repentino estrépito y quedó derribado un árbol cerca de la cima de la ladera. Pete oyó el sibilante sonido que producía el rayo al perforar la húmeda madera.

El resplandor iluminó, momentáneamente el ganado y Pete vio que los animales se estaban levantando ya. Tuvo una visión momentánea de colas, cuernos y lomos que se agitaban como la superficie del mar. Un brillo fosforescente iluminó la masa de puntas de cuerno. Luego volvió a caer la oscuridad, como si le colocaran a uno una venda negra sobre los ojos.

Pero el sheriff se dio cuenta de que las reses estaban nerviosas. Empezaban a moverse, muy despacio; pero unos cuantos becerros podrían fácilmente instigarlas a acelerar el movimiento. Sonó débil rumor de cascos y, al propio tiempo, bramidos de ternera. Volvió a relampaguear. Rugió el trueno. Unas cuantas reses bramaron con estridencia. Cuando el relámpago iluminó de nuevo la escena, Pete vio que el rebaño empezaba a correr. Se dirigía hacia el Norte. Alzaronse gritos entre los pocos vaqueros que habían estado cuidando del ganado.

—¿Pueden algunos de ustedes desviarles del Norte? —gritó Tomás Buckland—. ¡Algunos de las jóvenes! ¡Tú no, Standish! —le

gritó con aspereza a su hijo—. ¡No tienes experiencia!

Pete Rice y sus comisarios habían picado ya espuelas y corrían alrededor del ganado. Un relámpago iluminó a las reses que iban al frente de la estampía, y que empezaban a girar hacia el Oeste. Los tres hombres cabalaron en esta dirección..

Si lograban parar a aquel grupo antes de que la estampía estuviera en plena marcha, el trabajo sería relativamente fácil. Si no llegaban a tiempo, no les quedaba más remedio que dejar que las reses perdieran toneladas de carne de tanto correr y que a lo mejor murieran pisoteadas algunas de las terneras.

Las reses delanteras aun viraban hacia el Oeste y Pete volvió a picar espuelas. Su alazán Sonny, más que correr, parecía volar.

Pete llegó a la cabecera del rebaño; pero estaba cerca, demasiado cerca, para poder torcer a los frenéticos animales. La punta del cuerno de una de las reses delanteras rozó sus zahones al pasar. Y había una muralla de carne entre él y sus comisarios. Los caballos de estos últimos no podían competir con Sonny.

En el flanco Norte del rebaño ya, el sheriff torció la cabeza de su alazán hacia el Oeste y volvió a picar espuelas. Intentaba alcanzar a las reses delanteras por aquel lado y sabía que ahora que habían quedado aislados, Teeny y «Miserias» estaban intentando hacer lo propio por el flanco Sur.

Entre los tres tenían, por lo menos, alguna probabilidad de mantener el rebaño en línea recta y buena formación. Esto, en sí, ya constituía una ventaja muy grande, porque había terreno despejado delante y, si el rebaño seguía hasta la Colina Standish, el ascenso a la misma, que era muy pendiente, le haría aflojar el paso. Si viraba, los árboles, las peñas y un acantilado que había por el Este harían mucho daño.

Sonny estaba dando de sí todo lo posible y, poco a poco, iba acercándose a las reses delanteras.

Pete vio a un jinete moverse, confusamente, en la oscuridad delante de él, oyó un grito y comprendió que se trataría de alguno de los vaqueros que, hallándose junto a la cocina de campaña en el extremo Noroeste de la pradera, regresaba ahora a todo galope para intentar detener de estampía.

Otros tres vaqueros cabalgaban detrás del primero. Estaban muchos metros más adelante que Pete. Tenían probabilidades de poder

hacer virar al rebaño. Pete casi les alcanzó y empezó a gritar instrucciones. Uno de los vaqueros parecía demasiado temerario, y cabalgaba tan cerca de la cabecera del rebaño, que podría ser derribado de un momento a otro. Pete gritó un aviso.

Un instante después, viró el rebaño y caballo y jinete fueron derribados. El caballo no tenía salvación posible. Toneladas de carne viva le estaban triturando. Pero el vaquero se había echado a la derecha. Parecía aturdido. Apenas se movía. De un momento a otro el rebaño podría virar aún más hacia la derecha y aplastarle.

Pete picó espuelas y cabalgó entre el rebaño y el vaquero caído. Su pierna izquierda rozó el flanco de una res frenética.

Luego se inclinó en la silla a un ángulo tan agudo, que perdió el sombrero. Pero asió al aturdido vaquero y le alzó hasta colocarlo a su lado en la silla. Hizo torcer a Sonny hacia la derecha y se puso a salvo en el preciso instante en que las reses volvían a virar.

Sonaron varios disparos de revólver al Sur, Dominaron el estruendo del rebaño en estampía. Se oyeron a continuación varios disparos de revólver más, seguidos por las detonaciones de un rifle de repetición.

Pete paró en seco su alazán. Había salvado una vida. Había perdido tiempo haciéndolo y no podía esperar alcanzar a las reses delanteras ya. Evidentemente, Teeny y «Miserias» lo habían logrado, sin embargo, así como algunos de los vaqueros que habían acudido de la cocina de campaña, porque las reses empezaban a acortar la marcha.

Se oyeron disparos de revólver delante del rebaño. Pete los escuchó con satisfacción. Le indicaban que se estaba parando la estampía; que sus comisarios y los vaqueros estaban disparando en los morros de las reses y hasta matando a algunas de ellas tal vez para salvar a las demás de la destrucción.

Pero... ¡aquellos disparos del Sur! ¿Por qué sonaban disparos por allí... si el rebaño no había estado corriendo en aquella dirección? Rugió el trueno y, cuando se apagó el fragor, aun se oía el tiroteo, por el Sur.

¡Así, pues, los cuatreros habían atacado! El semblante de Pete Rice reflejaba su perplejidad. ¿Por qué habrían atacado en momento tan poco oportuno, cuando las reses se hallaban en plena estampía?

Pete depositó al vaquero en el suelo, lejos de todo peligro, y volvió a dar la vuelta por la parte de atrás del rebaño. Si se estaba librando alguna batalla, él quería tomar parte en ella.

CAPÍTULO VIII

LOS EXPLORADORES DE LOS CUATREROS

El ganado se había diseminado ya. Había dejado de ser una masa compacta en movimiento. Algunas de las reses estaban paradas ya, aun cuando seguían nerviosas, dando resoplidos. Habían desgastado todas sus emergías.

Su ferocidad se había disipado y Pete se arriesgó a atravesar el rebaño. Sonny avanzó con agilidad, zigzagueando por entre el ganado. De vez en cuando corría una res hacia él, más bien aturdida y excitada que con ánimos de atacar. Pero siempre retrocedía al dispararse los revólveres de Pete delante de sus ojos y clavarse los proyectiles en el suelo.

Una buena cantidad de reses había vuelto a agruparse y estaba moviéndose lentamente hacia el Norte. Al resplandor de los relámpagos, sus lomos parecían olas que se retiraran de una playa.

Pero Pete no se preocupaba en mirarlas mucho. Su tarea era llegar al Sur, impedir que la satinada piel de Sonny fuera perforada por las astas de las reses que no se hubieran tranquilizado del todo. El tiroteo del Sur había cesado bruscamente. Empezó a preguntarse, después de todo, si los cuatrerros habrían atacado en realidad. ¿Qué podían haber significado aquellos disparos del Sur?

Lo averiguó en cuanto se detuvo cerca del lugar en que había dejado a Tomás y a Standish Buckland. El banquero y su hijo se hallaban cerca de un árbol grande, mirando con atención algo que había en el suelo. Smiley Hanaford se hallaba a poca distancia de ellos.

La tempestad se había apaciguado un poco; pero aun relampagueaba de vez en cuando. Una de estas veces, Pete pudo ver claramente el rostro de aquellos tres hombres.

Tomás Buckland parecía tan feroz como un águila. Standish

tenía el aspecto de un muchacho que pudiera estar nervioso. El semblante de Smiley Hanaford, por una vez, no sonreía. Su expresión podría indicar impaciencia e indignación.

—Ese tiroteo de por aquí... —empezó Pete.

—Se acabó ya sheriff —le interrumpió Tomás Buckland—. Fíjese en esa hondonada, junto al árbol. Buena caza, ¿eh? la oscuridad era bastante grande por aquí, pero...

Volvió a relampaguear. En la hondonada, cerca del árbol, Pete Rice vio los cuerpos de dos hombres.

—¿Muertos? —inquirió.

—¡Sí! —contestó Tomás, con ferocidad—. ¿Por qué no?

Un relámpago iluminó la expresión triunfa del banquero. Rió.

—¡Eran cuatreros, en efecto! Cayeron en la trampa. Nosotros estábamos en esa hondonada, detrás del árbol. Parecieron salir de la nada. De pronto relampagueó. Uno de ellos se engalló. Disparó el revólver contra nosotros. ¡Le enganchamos!

—¿Quiénes?

—Smiley y yo.

El viejo volvió a reír. Era una risa de orgullo aquella vez.

—El otro dio la vuelta a su caballo para huir. Standish le dio a ése... con su rifle. ¡Me parece qué este hijo mío aun me saldrá ranchero!

Pete Rice mascó goma lentamente.

—¿Estos eran todos?

Buckland volvió a reír.

—Que me registren, sheriff. Que me ahorquen si lo sé. Tal vez no fueran más que los exploradores. Quizá tuvieran compañeros escondidos en las sombras; pero si así era, esos otros no querían parte alguna en el recibimiento que dispensamos a este par de coyotes.

—Yo oí la mar de disparos —objetó Pete.

—Hubo muchos disparos. El primer cuatrero vació su revólver. Luego Smiley le derribó de un balazo en la pierna. Yo le rematé, para que no pudiera sanar y volver a robarle el ganado a la gente honrada. Y Standish vació casi por completo su rifle en el cuerpo de ese otro.

Una oleada de ira invadió al sheriff.

Smiley había derribado al primer cuatrero de un balazo, en la

pierna. Eso significaba que, aun cuando el cuatrero es taba herido y podía haber sido hecho prisionero, Tomás Buckland le había matado. Y Standish, por añadidura, había vaciado casi toda la carga de su rifle cuando un solo disparo hubiera bastado para inutilizar al segundo cuatrero.

—Lástima que uno de ellos no quedara herido. Tal vez hubiéramos averiguado algo —dijo, expresivamente.

—¡Probablemente no hubiéramos averiguado nada en absoluto! ¡Yo no quiero que mis enemigos queden heridos! ¡No, señor! ¡Los quiero muertos! ¡Los quiero enterrados! Así no pueden volver a hacer daño. Además no era prudente tumbarles sólo y darles ocasión á que empezaran a disparar contra nosotros si se presentaban sus compañeros para apoyarles.

Numerosos pensamientos pasaron por el cerebro de Pete; pero no los expresó. Se dominó la ira. Nada dijo. Sus palabras de nada servirían.

No podían permitirse el lujo de enemistarse con Tomás Buckland. Tomás era el rey absoluto de Coatchie. Una palabra suya bastaría para que a Pete y a sus comisarios les obligaran a volver al distrito de Trinchera sin haber esclarecido el misterio. Y Pete Rice siempre intentaba acabar lo que empezaba.

Los comisarios, los dos jinetes de Buckland y Slim Latcher, que habían estado tranquilizando al ganado, se acercaron. De nuevo contó Tomás Buckland lo ocurrido y lo hizo con jactancia. Parecía gozar contándolo y hasta dijérase que paladeaba las palabras.. Parecía creer que la trampa de aquella noche había tenido un éxito rotundo. Tal era su satisfacción, al relatar lo que había hecho su hijo, que hasta se olvidó de preguntar si el ganado estaba sano y salvo.

Uno de los vaqueros sacó una linterna que estaba escondida entre unas piedras. Pete Rice la encendió y examinó los cadáveres.

Uno de ellos tenía una herida grave en la cadera, que hubiera bastado para producirle la muerte, hallándose tan lejos de toda asistencia médica, la herida que le había producido, el disparo de Smiley. Tenía también dos balazos en el pecho y otros dos en la cabeza, los que le había pegado Tomás Buckland después de verle caído en tierra.

El segundo cuatrero estaba casi partido en dos por las balas del

rifle de Standish. El rostro de ambos cuatreritos era duro y maligno, aun en la muerte. Era evidente que se trataba de criminales de profesión. El sheriff no sintió la menor lástima por ellos: habían asesinado a más de un hombre en vida.

En los bolsillos no se les encontró más que tabaco en pastilla, unos cuantos pesos mejicanos y varios medios dólares norteamericanos. Sin embargo, aquellos hombres, de haber estado vivos, tal vez hubieran podido decir mucho.

Los comisarios parecían extrañados y tenían una expresión singular en el rostro. Pero vieron la expresiva mirada que les dirigía su jefe y nada dijeron. Tanto Slim Lather como Smiley Hanaford habían trabajado para Buckland, y les sabía mal criticar.

Standish Buckland habló con su padre como si no hubiera habido nadie delante. Había dominado su nerviosidad. Había recobrado su habitual aplomo y logrado mantener encendido su cigarrillo egipcio a pesar de la fuerte lluvia.

—No será necesario, que carguemos con los cadáveres —dijo Tomás—. Puedo arreglar eso con el juez. Puede venir pon la mañana y les haré enterrar aquí... como escarmiento. Así tendrá Standish algo que señalar cuando enseñe a las visitas por aquí.

Rió.

—Bueno, pues yo no tengo inconveniente en quedarme aquí hasta el amanecer, por si viene a Cañón del Norte alguna otra visita tan agradable como ésta. ¿Y ustedes, muchachos?

Ninguno tenía inconveniente. La lluvia se convirtió en llovizna y, allá por el amanecer, cesó por completo. No se acercó ninguna otra «visita, agradable» a Cañón del Norte.

Bajo al sol matutino, Pete Rice y sus comisarios se dirigieron a Coatchie. Smiley Hanaford y Slim Lather habían aceptado la invitación de Tomás Buckland a desayunar en el Rancho Looping Arrow. Eran muy conocidos y apreciados los guisos del cocinero chino del rancho de Buckland.

Pete Rice y sus comisarios habían decidido volver a la población lo más aprisa posible.

—A mí me parece la mar de raro-dijo Hicks «Miserias», cuando salían del cañón en dirección a La Ciénaga de Puma Grande.

Pete mascaba goma lentamente.

—Y a mí también, compadre —contestó.

—No sé, no sé... —murmuró Teeny—. Pudiera ser una jugarreta de los Buckland... pero pudiera no serlo. He conocido a muchos veteranos en Tejas, que eran como Tomás Buckland. Son normales mientras la gente se porte bien; pero en cuanto empiezan los tiros, quieren matar siempre. Casi les parece que es un derecho que tienen.

Pete Rice asintió con un movimiento de cabeza. Su cerebro era un torbellino de pensamientos. Era posible que Buckland no hubiese tenido la menor mala intención. Legalmente, tenía perfecto derecho a matar a los hombres que habían intentado robarle el ganado. Además, había formado parte del grupo del sheriff y, por consiguiente, obraba como comisario interino.

A un hombre no se le podía meter en la cárcel por ser cruel y vengativo. No se le podía detener por ser primitivo, indisciplinado y estar sin domar. Standish Buckland se había mostrado no menos cruel y había matado innecesariamente, lo que, después de todo, no demostraría nada más que Buckland hijo era una astilla del mismo palo.

Sin embargo, la celada había sido idea del propio Standish. ¿Era posible que los Buckland hubiesen preparado una trampa para compañeros suyos a quienes querían tapan la boca? Si tal era el caso, les interesaba que los hombres en cuestión quedaran muertos y no simplemente heridos.

«Miserias» opinaba así.

—Conocían a esos dos cuatreros y les hicieron traición —insistió—. Apostaría mi barbería a que no me equivoco.

Arguyó:

—¿No es lógico que si Tomás Buckland fuera honrado y tuviese un poco de inteligencia los quisiera coger vivos?

—Buckland no prosperó porque fuese inteligente —observó Pete—. Fue por su empuje, por su espíritu belicoso, por su habilidad en pegar primero.

—Cuanto menos imaginación tiene un hombre —prosiguió, sonriendo—, sí, y cuanto menos inteligencia tiene a veces, tanto más se halla en condiciones de hacer negocios.

—Tal vez sea ese el motivo de que a «Miserias» le vaya tan bien su negocio de barbería —observó Teeny Butler, con malicia.

—Oye, tú, so pedazo de carne con ojos... —empezó a decir

«Miserias».

—Teeney sólo quiere hacerte rabiar, compadre —le interrumpió Pete.

Pero Hicks «Miserias» se había soltado el pelo ya. Los dos comisarios se insultaron mutuamente. Se profesaban un profundo cariño: habían luchado espalda contra espalda con demasiada frecuencia para no ser los mejores amigos del mundo. Pero ningún extraño lo hubiera creído eso en aquel momento.

Como de costumbre, tras palabras tales como «medio cuartillo», «montón de carne», «medio metro», y «ballena de tierra», los comisarios acabaron riéndose a carcajadas. Siendo dos de los luchadores más duros de Arizona sabían ser como chiquillos en ocasiones. Siguieron dirigiéndose comentarios jocosos durante todo el camino.

Pero el semblante de «Pistol» Pete Rice siguió fijo y sombrío mientras el trío cabalgaba en dirección a Coatchie.

CAPÍTULO IX

¡DINAMITA!

Snag Parrish estaba aguardando a Pete Rice en el despacho de Dode Leeming cuando regresaron los tres representantes de la ley de Quebrada del Buitre. Su caballo ensillado, estaba sujeto al atadero.

—Estaba a punto de salir y probar de encontrarle a usted, sheriff —dijo—. Grady ha salido de la población.

Pete había procurado no perder de vista al vigilante de la mina Panamint. Durante su ausencia de Coatchie, había delegado en Snag Parrish para que vigilara al irlandés. Éste parecía hombre honrado; pero Pete Rice nunca se dejaba guiar del todo por las apariencias.

—¿Cómo fue eso, Snag?

—No lo sé. Se ha estado levantando tarde todas las mañanas. Aguardé un poco más de la costumbre a que bajara hoy. Luego empecé a desconfiar e investigué. Averigüé que se había largado durante la noche. Tenía el potro que usaba en la mina, como usted sabe.

—¿En qué dirección marchó?

—Hacia el Norte por lo que me dijeron.

—Más vale que le siga usted el rastro, Snag. No hay en todo el distrito de Rico quien pueda hacerlo mejor que usted. Averigüe dónde fue y por qué; y a quién ha visto y qué ha hecho. No es prudente descuidar ninguno de los eslabones de esta cadena.

—Marcho ahora mismo —dijo Parrish.

Hablaba poco, por regla general. Esto, y lo vengativo que era, constituían sus únicas características indias. Pete entró en el despacho con sus comisarios y vio que habían llegado tres cartas oficiales. Eran comunicaciones federales referentes a tres criminales conocidos que se hallaban sueltos. Una de ellas hablaba de Pancho

Ruiz, revolucionario y bandido mejicano que se creía había logrado cruzar la frontera sin ser visto por los guarda fronteras.

La segunda contenía un retrato de Jacobo King, mejor conocido entre la gente del hampa por el nombre de Rey Jacobo, gangster, reclamado en el Este por asesinato, robo y por ser una amenaza pública, se había escapado de Chicago con rumbo al Canadá. Era hombre moreno, de nariz abultada, sonrisa burlona y dentadura estropeada. Tenía treinta y tantos años.

La tercera daba una descripción detallada, así como el retrato de Enrique Lee jefe de cuatreros, que se había fugado de una cárcel del Sudoeste y a quien se creí escondido en Nuevo Méjico, Arizona.

Pete echó una ojeada a las circulares.

—¡Hum! —le dijo a «Miserias»... ¡Enrique Lee ha vuelto a las andadas! Debe de tener cerca de setenta años. Esa ya es edad de retirarse. La vida es como una montaña. Cuando uno ha escalado una ladera y bajado por la otra en tobogán, va siendo hora de que descanse de una vez.

—Bien pudiera ser que ese hombre fuera el responsable de todo este jaleo —exclamó el comisario.

El sheriff mascó goma unos instantes.

—Yo, personalmente, lo dudo —dijo por fin—. Hay serpientes incluso que son mejores que otras serpientes.

Contempló las aguileñas facciones del criminal.

—Enrique ha estado entrando y saliendo de la cárcel cerca de cincuenta años. No le han ahorcado, porque jamás pudo demostrarse que hubiera matado a un hombre. No es asesino. Y el canalla responsable de todo lo que está ocurriendo en el distrito de Rico es veneno puro. Ha cometido asesinatos al por mayor.

El despacho parecía apacible. Hasta la población parecía tranquila teniendo en cuenta lo que había ocurrido en ella poco tiempo antes. Sin que pudiera explicarse por qué, aquello recordaba a Pete la calma que precede a la tormenta.

Teeny Butler y Hicks «Miseria» dormían en sillas después de su larga vigilia en el Cañón del Norte. Debido a la intentona hecha por coger a los cuatreros, «Miserias» no había tomado el tren de la mañana para Empalme del Desierto. Tomaría el correo de las 10,45 aquella noche en su lugar.

Pete Rice se mantuvo despierto. Tenía el presentimiento de que

amenazaba un peligro, de que iba a suceder algo. Por regla general, sus presentimientos no le engañaban. Se basaban en hechos concretos y no en suposiciones.

La desaparición de Grady le había hecho pensar de nuevo en el robo de la Mina Panamint. Habían sido robados varios explosivos, entre ellos, dinamita. Lo más probable era que los bandidos tuviesen la intención de usar esa dinamita para crear nuevos terrores.

Empezaron a llegar visitas al despacho: vaqueros, mineros, colonos; ciudadanos. Y aquella noche, después de la cena, Pete quedó sorprendido al ver llegar a Tomás Buckland.

El viejo seguía lleno de júbilo.

—He venido a ver si hay probabilidad alguna de emociones para esta noche, sheriff —dijo—. Uno nunca sabe, ¿eh?

—Nunca sabe uno lo que puede suceder —asintió Pete—. No está usted en la población muchas noches, por regla general, ¿verdad, señor Buckland?

—Las menos que puedo. Voy a dar una conferencia a mi hijo esta noche. Me lo llevo al Banco para enseñarle un método práctico de calcular... no el método que ha aprendido en la Universidad.

Aun alabó el «valor» de su hijo en la primera ocasión que se había visto en una pelea.

—Aun se convertirá en un hombre de verdad —predijo—. Ahora se han acabado ya sus días de escuela. Ya se ha divertido y gastado, aproximadamente, todo su dinero. Ahora puede ponerse a vivir con un sueldo pequeño y aprender el negocio de Banca. Le enseñaré a trabajar, aun cuando —tenga que hacerle quedarse toda la noche de hoy en el Banco. ¡Sí, señor! ¡Toda la noche!

«Miserias» soltó un resoplido en cuanto se hubo marchado el banquero.

—Si logra meterle algo de sentido común a ese maniquí en la cabeza —dijo—, entonces me creo capaz de enseñarle a un carnero a que resuelva problemas de regla de tres.

Pete Rice salió a la puerta y contempló el cielo. «Miserias» se reunió con él.

—Me parece que cogeré algo de comer y me prepararé a tomar el tren correo hasta el Empalme —dijo—. Espero que no me perderé nada aquí durante mi ausencia.

El rostro del sheriff tenía una expresión dura.

—¿Sabes una cosa, «Miserias»? Estaba pensando que bien podías esperar hasta mañana. Esta noche es muy oscura.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto? No me da miedo viajar en la oscuridad.

—Eso ya lo sé, compadre. Pero, reflexiona. Dode Leeming dijo que la noche del asalto al Banco el desierto estaba tan oscuro, que hasta los mejores rastreadores se vieron negros para distinguir las huellas. Y era una noche más oscura que boca de lobo cuando los bandidos asaltaron las oficinas de una compañía de transportes la otra noche, al otro extremo del distrito. El sheriff Granger me dijo por telégrafo que hubiera podido seguirles la pista casi cualquier otra noche.

—¿Quieres decir con eso que esta gente escoge las noches muy oscuras?

—Así parece. Hasta la noche en que robaran la dinamita de la Mina Panamint, si Grady no ha mentido, éste no pudo ver a los hombres con bastante claridad para saber si eran altos o bajos, gordos o delgados.

El sheriff corrió al borde de la acera. Sus agudos oídos habían distinguido el ruido de cascos de caballos, que marchaban a toda velocidad. Los ojos azules de «Miserias» brillaban y el sonido parecía haberle penetrado hasta la conciencia a Teeny Butler, aun cuando éste había estado dormitando en el interior del despacho. Ahora había corrido a reunirse con sus compañeros y miraba hacia el Norte.

Caballo y jinete se hallaban en la sombra hasta pasar por delante del nuevo salón de bebidas llamado del Ramal. Entonces Pete distinguió el color y la brazada del caballo.

—Parece el caballo de Slim Latcher —dijo.

Luego, al pasar el animal ante las luces del Salón Looping Arrow, a media manzana de donde se encontraba, Pete vio la altura del jinete, y agregó:

—¡Si que es Slim! ¿Ocurrirá algo, acaso, allá por el Cañón del Norte?

Latcher se detuvo ante el atadero vecino al despacho. Pete había asido ya el bocado del excitado y sudoroso animal y miraba hacia el semblante nervioso y manchado de sudor de Latcher. La noche

anterior, en el Cañón del Norte, el hombre había estado sereno aun durante la estampía. Ahora parecía excitado a más no poder.

—¿Qué ocurre, Latcher? —inquirió Pete, con brusquedad.

—¡Mucho! Más vale que monten a caballo. Se lo diré por el camino. Cogemos a esa gente esta noche... si logramos llegar a tiempo. ¡Tiempo! ¡Ese es el factor esencial ahora! ¡Tenemos grandes probabilidades de pescarles esta vez! ¡Vamos aprisa!

Pete no perdió ni un segundo más haciendo preguntas. Su alazán estaba ensillado, junto al atadero, así como el caballo bayo de Teeny. Pete montó de un salto y salió detrás de Latcher, que cabalgaba ya calle arriba. Sin saber por qué, volvió la vista. Vio la luz encendida aún en el despacho particular de Tomas Buckland.

El potente automóvil nuevo de Standish estaba parado delante del Banco, con el motor en marcha aun. «Misérias», debido al proyectado viaje por tren, había dejado su caballo en la cuadra. Pero aun antes de que Latcher hubiera hecho girar su montura, el pequeño barbero comisario corría ya calle arriba hacia el Salón Looping Arrow.

Se acercó al atadero, echó una rápida ojeada al grupo de caballos, vio un bayo que tenía trazas de ser muy veloz, lo desató y montó. No preguntó quién era su propietario. Corrió tras los otros tres hombres sin vacilar.

Se hallaba al lado de Teeny antes de que llegaran a las afueras de la población.

—¡No sé quién es tu amo, muchacho! —aulló, picando espuelas —; pero quienquiera que sea tiene perfecto derecho a enfadarse. ¡Está perdiendo un animal de primera para toda esta noche!

Slim Lather estaba haciendo correr a su caballo a toda la velocidad de que era capaz. Se mantenía, aproximadamente, al nivel de las monturas de los dos comisarios. Pete Rice contuvo levemente a Sonny. Se volvió hacia Latcher.

—¿Más cuatreros? —gritó.

—¡Qué cuatreros ni qué rayos! ¡Es algo más gordo que eso!

Sin acortar el paso de su caballo, Latcher rompió a hablar, excitado:

—Le voy a dar los detalles, sheriff. Desayuné en el rancho de Buckland, como usted sabe. Me quedé allí a pasar el día. Tomás tenía unas reses nuevas que quería que viese yo.

Torció, bruscamente a la derecha, salió de la carretera y tiró a campo traviesa, y en dirección a la Pradera de Puma Grande. Todos le siguieron, como atraídos por un imán. El ruido de las pisadas de los caballos se amortiguó al alejarse de la carretera.

—Me quedé a comer y a cenar, luego emprendí el camino de regreso. Tuerzan más a la derecha. Hacia la vía del ferrocarril.

—¡La vía del ferrocarril! —exclamó Pete.

Comprimió los labios. Estaba pensando en la dinamita robada. Sacó su enorme reloj de plata y consiguió formarse una idea aproximada de la hora acercándoselo a la cara. La noche era muy oscura.

Latcher movió, afirmativamente, la cabeza al ver que Pete consultaba el reloj.

—Lo ha adivinado usted, sheriff. El tiempo es lo único que puede vencernos. ¡Sé que van a asaltar el tren correo!

Slim prosiguió su relato espasmódicamente mientras los caballos cruzaban el campo a vertiginosa velocidad.

Después de cenar en el rancho de Buckland, había cabalgado hacia el Sudeste, en dirección al rancho Bar M, para ver una reses de raza que estaban en venta. Tomás Buckland le había preguntado qué opinaba de ellas.

El camino serpenteaba por la pradera cortada por varios bosques. Su caballo había asustado a un conejo que fue a meterse en el bosque. Slim se había apeado para ver si lograba cazarlo.

El cocinero chino de Buckland sabía guisar el conejo de una forma que le gustaba mucho a Slim y éste tenía la intención de volver al rancho al día siguiente y llevarse aquel conejo si le era posible. Al llegar a la orilla del bosque, oyó voces. Dadas las circunstancias y el período que estaba atravesando el distrito de Rico, fue con cautela. Se agazapó entre los árboles hasta que obscureció del todo y luego siguió a las voces.

Por poco cayó muerto, dijo, al mirar por entre las ramas y ver seis o siete hombres cerca de un pequeño manantial que había en el centro del bosque.

—No me era posible ver muy bien-prosiguió—. La oscuridad era profunda; pero oí lo bastante para saber lo que tramaban. Parece ser que estaban esperando al tren. La vía pasa a unos centenares de metros al Este de allí.

«Miserias» soltó una exclamación y picó espuelas.

—¡Así, muchachos! —aprobó Pete—. ¡Tendremos que usar mucho las espuelas esta vez! ¡Rayos! ¡Si el tren ése llegara con un par de minutos siquiera de retraso!

—Siempre llega en punto —observó Slim, con pesimismo—. Me temo que no lograremos llegar a tiempo. ¿Qué hora es?

—Eran las diez y veinte aproximadamente cuando consulté el reloj, hace un momento —contestó Pete.

El tono de su voz reflejaba el temor que sentía. El tren correo del B. P. y S. S. tenía la llegada a Coatchie a las 15,52 y salía para Empalme del Desierto a las 10,54. Aun se hallaban a varias millas de la vía.

Mientras corrían como locos hacia el Nordeste, Latcher explicó por qué no había intentado apresar a los bandidos. Sospechaba que pudiera haber mas escondidos en la oscuridad y sabía que dos de ellos, por lo menos, llevaban rifles de repetición. Le había parecido que su mejor plan era correr a avisar al sheriff.

Pete vio al desconfiado «Miserias» mirar escudriñador al comprador de ganado.

—Vamos a hacer una cosa, muchachos —jadeó el sheriff—. No sabemos dónde atacarán esos canallas. Pudiera llegar un poco tarde el tren. Yo tengo el caballo más veloz, Llegaré a la vía, correré por ella. Tal vez pueda detener el tren antes de que se intente el asalto.

Picó espuelas. Sonny fue alejándose de los otros caballos.

—¡Vamos, muchacho! —murmuró Pete—. ¡Corre todo lo que puedas!

Sonny corrió vertiginosamente. Pete pidió al Cielo que llegara el tren con retraso. Tenía la mirada fija delante de él, hacia la izquierda donde unos bosquecillos formaban como manchas en la oscuridad. Era por allí por donde el correo saldría a campo abierto, por detrás de las estribaciones de Puma.

El corazón del sheriff latía al compás de los cascos volantes de su alazán. El tren, que venía de Hutchinson, llevaría lingotes de oro, correo de valor, tal vez alguna consignación para el Banco de Coatchie, y dinero para sueldos y pedidos que harían a la rica población de Coatchie, más rica aun.

Pero... ¡también llevaba seres humanos! Hombres y mujeres y hasta niños de pecho tal vez. Sintió que un sudor frío le perlaba la

frente. Luego, pareció helársele la sangre en las venas al oír un prolongado silbido. ¡Era un gemido! Tal vez fuera como el gemido que oyeran los colonos y, desde luego, se asemejaba a él en un particular, ¡aquel gemido significaba muerte! El correo estaba silbando para avisar al apeadero de Recodo de Sutter, donde recogería correo en marcha. ¡Nadie podía salvarle ya!

El humanitario corazón de Pete Rice pareció caérsele a los talones. Aun se hallaba a unas cuantas millas de la vía del ferrocarril, nada podía hacer. No podía lograr lo imposible.

Casi contuvo el aliento mientras aguardaba que la inexorable mano del Destino descargara su golpe. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, horrorizados, cuando vio salir al tren, un poco antes del Recodo de Sutter. La locomotora resplandecía como un dragón que respirara fuego. Los coches iluminados surcaban la oscuridad como un cometa llameante. Oía ya su ruido. El corazón le dio un vuelco y experimentó una esperanza casi vana cuando lo vio aflojar la marcha. ¿Habría visto el maquinista algo sospechoso en la vía? ¿Quedaba aún alguna esperanza?

Pero volvió a sentir un peso sobre el corazón al ver que el tren aceleraba de nuevo. Evidentemente, sólo había aflojado la marcha para tomar la aguda curva del Recodo de Sutter. Siguió adelante. Iba más aprisa que nunca. Se hallaba en la última pendiente que descendía hacia Coatchie y seguramente el maquinista intentaba ganar unos cuantos minutos que llevara de retraso. Luego se detuvo nuevo, el tren amainó la marcha bruscamente. El maquinista debía de estar echando los frenos. Pete miró hacia la vía sin dejar de azuzar a Sonny. ¿Había esperanza aun? ¿Había...?

De pronto la locomotora fue alzada en vilo. Se elevaron chispas y llamas como gigantesco cohete. La locomotora cayó de costado. Un par de coches se tambalearon. La luz viaja mucho más aprisa que el sonido y parecieron transcurrir dos segundos completos antes de que oyera Pete la horrorosa explosión.

¡BUUUUM!

La locomotora seguía resplandeciendo. Algunos carbones encendidos habían salido disparados a varios metros de distancia. Pero la luz de los coches se había apagado. Y cubierto el rostro de sudor y lleno el corazón de odio hacia los despiadados bandidos, «Pistol» Pete Rice surcó la noche como un cohete, caballero sobre su

alazán.

CAPÍTULO X

EL RASTRO EXPLOSIVO

El rostro de Pete pareció cambiar y hacerse más viejo al picar de nuevo espuelas para que Sonny no acortara el paso. Sereno en la lucha, sereno en toda situación por emocionante que fuera, se pilló a sí misino mascullando imprecaciones contra los bandidos inhumanos que habían intentado asesinar al por mayor para que fuera mayor su botín.

Sus mandíbulas habían dejado de funcionar. Sus duros dientes parecían haberse quedado como pegados a la pastilla de goma de mascar. Experimentaba una horrible sensación de impotencia. El hecho de que ninguna otra persona —que un regimiento entero incluso— hubiera sido incapaz de mejorar la situación le resultaba muy poco consolador de momento.

Luego, los ojos del sheriff se volvieron de un azul de hielo. Las fosas nasales de la aguileña nariz se dilataron y contrajeron como las agallas de un pez. Las angulares mandíbulas se cuadraron y los labios que habían estado mascullando amenazas se cerraron con fuerza. Aun había una probabilidad —una probabilidad muy remota— de que llegaría a tiempo de hacer sentir el peso de su venganza a los asesinos. Tardarían un poco en forzar la caja de caudales del coche correo. Era el contenido de éste, naturalmente, lo que les habría atraído.

Pete oyó tiroteo y dio gracias a Dios de que hubiera hombres del Oeste dispuestos a dar batalla por superiores que fueran las fuerzas enemigas. Se oían varios revólveres del 45. Y algunos de ellos, ó mucho se equivocaba, los estaban disparando los pasajeros. Los bandidos no perderían el tiempo asesinando á éstos, ni se pararían a disparar a menos que encontraran resistencia.

No sería la piedad lo que les haría contenerse, pues no conocían

el significado de la palabra. Pero sólo querrían volar la puerta de la caja de caudales y huir.

Pete siguió galopando. Aguardaba el ruido de la explosión que le indicaría que había sido volada la caja de caudales. Su tensión era horrible. Era mucho mayor que la de hacer frente a revólveres relampagueantes. La suerte parecía haberle destinado aquella noche a sufrir algo peor que un suplicio chino. El tiempo era lo que le estaba derrotando. ¡El tiempo!

Aun se hallaba a cerca de una milla de la vía y los disparos habían cesado, cuando oyó la explosión, amortiguada esta vez, pareciendo un simple eco de la que levantara a la locomotora de la vía.. La tarea estaba hecha. Ya no tardarían los bandidos en iniciar la fuga.

Pete pidió al Cielo que por lo menos le fuese concedida la satisfacción de luchar con los bandidos. Se olvidó de la superioridad numérica del adversario; se olvidó de todo salvo de que, allí delante, había unos asesinos y que era su obligación exterminarlos si no podía detenerlos. Llevaba sus revólveres de culata de nácar, en las manos ya. Estaba preparado para entrar en acción.

Y de pronto, vio una hilera de jinetes pasar por delante de la destrozada locomotora, y dirigirse hacia él. Hizo que Sonny fuera más aprisa aun. Corrió a su encuentro. Teeny, «Miserias» y Latcher no podían hallarse muy atrás. Los cuatro podrían, divinamente, con todos aquellos asesinos. Y estaba dispuesto él a arriesgarse hasta que llegaran sus compañeros.

Cabalgó como una furia vengadora. Estaba frío como el hielo ya. Tenía doce disparos en sus revólveres: Si la situación se hacía demasiado desesperada, podía saltar de su caballo, tenderse cuan largo era, y volver a cargar. Llevaba la canana llena.

Debía de haber hombres armados en los coches y, cuando empezara la lucha, seguramente se pondrían al lado de la Ley. Y Slim Latcher y sus comisarios no tardarían en llegar. Se hallaba casi a tiro cuando los bandidos le vieron. Cuatro de ellos cruzaban la vía delante de la locomotora, cabalgando hacia él.

Uno de ellos dio un grito de alarma e hizo girar a su caballo. Pete volvió a picar espuelas. Sus revólveres escupieron fuego. El bandido que había gritado cayó de su silla como una roca. Dos de los otros corrieron a refugiarse tras la locomotora; pero el cuarto se

estaba echando el rifle a la cara: Éste disparó. Silbó el plomo alrededor de Pete.

Siguió disparando el revólver que llevaba en la mano derecha. Vio al bandido encogerse en su montura. El rifle cayó al suelo; pero el hombre siguió asido a la perilla de la silla y logró mantenerse detrás de la locomotora sin caer.

Una lluvia de balas silbó detrás de la misma. Pete la oyó silbar a su alrededor. Sintió como si le tiraran del sombrero al atravesarle dos proyectiles la copa. Había sido herido. Una de las balas le había hecho un surco en el cuero cabelludo. Se quitó el sombrero. Resultaba un blanco demasiado destacado en la oscuridad. Y gracias a que hubiera tal oscuridad. A la luz del día contra tantos no hubiera podido esperar salvarse de la muerte.

Un leve mareo le hizo tambalearse en la silla. Pero la herida era de poca importancia y lo sabía. Su cerebro jamás había estado más despejado. Funcionaba con suficiente claridad para impulsarle a saltar de su alazán, darle unos golpes en los costados para que se alejara de la zona de peligro y tirarse al suelo.

La sangre que le manaba de la herida de la cabeza le estaba resbalando hasta un ojo, cegándole en parte. Le caía hasta los labios. Pero cargó tranquilamente sus revólveres, tendido en el suelo. Se encontraba de humor belicoso. Le latía el pulso con violencia. Sentía el sabor salino de la sangre en sus labios.

Pegó el oído al suelo. Oyó a Slim Latcher, Teeny y «Miserias» que acudían a reunirse con él. No se hallaban muy lejos ya. Empezaron a sonar varios revólveres en los coches. Algunos de los pasajeros estaban tomando parte en la lucha. Un rifle de repetición sonó varias veces. Cuando calló, lo único que pudo oír Pete en los coches fue las detonaciones de un revólver de poco calibre.

Uno de los bandidos intentó arrastrarse hacia la parte delantera de la locomotora y coger el rifle caído allí. Pero un disparo de Pete le hizo correr a esconderse otra vez. Todos los bandidos estaban guarecidos tras la locomotora ya, todos menos el que cayera del caballo. Este no había hecho el menor movimiento. Pete ni tenía blanco alguno a la vista. Decidió correr riesgos mayores aun. Se arrastró por el suelo en dirección a la locomotora. Si lograba apoderarse de aquel rifle de gran potencia...

—¡Eeeh! ¡Aguate, sheriff! ¡Llegamos en seguida!

La voz sonora de Slim Latcher resonó en las tinieblas.

Se oyeron gritos excitados detrás de la locomotora. Segundos después, Pete oyó ruido de cascos sobre la grava y luego sobre tierra. El sonido fue alejándose. Sonaron gritos en los coches y algunos disparos, un pasajero que tiraba contra los bandidos que huían. Tronó un rifle, el disparo de despedida de los salteadores.

Pete se hallaba aún á muchos metros del rifle caído. Se puso en pie y corrió hacia él. Estaba irritado. Si Slim Latcher no hubiese gritado, los bandidos tal vez no hubieran huido. Pete hubiese querido probar qué podía hacer con el rifle de gran potencia, a pesar de ser tantos sus adversarios.

Pero comprendía que Latcher no podía saber cuál era la situación. Pete tenía confianza en él. Ningún momento había compartido las sospechas del desconfiado «Miserias». Latcher había demostrado ya su valor y que era digno de confianza: Era un hombre valiente y leal.

Las pisadas de los caballos de Latcher y de los comisarios sonaban más cerca. Pete enfundó sus revólveres, cogió el rifle y silbó llamando a Sonny. El alazán surgió de la oscuridad por el Oeste. Casi al mismo tiempo, Teeny y «Miserias» se acercaron y, unos cincuenta metros más atrás, apareció Slim Latcher en su jadeante caballo grulla.

El sheriff montó sobre su alazán y cruzó la vía con sus hombres. Vio un grupo de pasajeros agrupados al lado de uno de los coches y se dio cuenta de que la tragedia no era tan grande como él se había temido.

Quería salir en persecución de los bandidos que se estaban alejando más y más. Pero su buen corazón se resistía a permitirle marcharse inmediatamente cuando vio que uno de los ferroviarios había encendido una linterna y que varias personas estaban arrodilladas alrededor de un hombre caído. Se apeó y corrió hacia ellas. El caído gemía.

Alzó la mirada al abrirse Pete paso por entre la gente.

—¡Gracias a Dios que está usted aquí, Pete! —exclamó.

Era el sheriff Granger del distrito de Rico. Debía haber cruzado a caballo desde el extremo Noroeste del distrito y cogido el tren en Hutchinson, sin duda para ir a Coatchie y celebrar una entrevista con Pete Rice.

—¡Sígales, Pete! ¡Apuesto por usted! —dijo Granger.

—Así lo haré, compadre —contestó Pete, con dulzura.

Comprendió que a Granger le quedaba poco tiempo de vida.

Una investigación rápida le hizo ver, sin embargo, que otros heridos necesitaban asistencia médica con urgencia. Daba la casualidad que no viajaba doctor alguno en aquel tren. Los hombres estaban excitados; las mujeres histéricas. A través de todo el jaleo se oía el llanto de una criatura asustada.

Pete hizo una seña a Slim.

—Latcher, hay gente aquí que necesita los cuidados de un médico... con urgencia. Corra como el viento al Recodo de Sutter. Tienen telégrafo allí. Mande aviso de que acuda Harley y cualquier otro médico que haya en Coatchie. Telegráfíe a Hutchinson también: tienen un par de médicos allí. Póngase en marcha, compadre.

Una vez despachado Slim, Pete Rice corrió a su caballo y volvió a montar. Nada más podía hacer allí. Ni siquiera se detuvo a averiguar el número de muertos, y heridos. Empujó a Sonny hacia el Este, sin decir palabra, sus comisarios le siguieron.

Se hallaban de nuevo sobre la pista. Pete no se preocupó de su herida. La sangre se le había secado sobre la cabeza y la cara. Podría preocuparse de ella más tarde. Los segundos pudieran ser preciosos en aquellos momentos.

Su aguda mirada barrió el suelo. La oscuridad era excepcionalmente intensa. No obstante logró ver las huellas de los caballos. Conducían a través de un campo, al lado oriental de la vía; luego torcían hacia el Norte y continuaban en dicha dirección.

Salían a un camino secundario, poco usado, estrecho y cubierto de hierba que zigzagueaba hacia Recodo de Sutter. Pete echó hacia atrás la cabeza, paró un segundo a Sonny e hizo una seña a sus comisarios para que se detuvieran.

Luego volvió a ponerse en marcha, seguido de Teeny y Hicks. Su agudo oído había percibido el leve rumor de pisadas lejanas de caballo.

—¡Aprisa, muchachos! —exclamó.

Los caballos estaban muy gastados después de su carrera a través de Puma Grande; pero respondieron con el mismo ánimo que sus jinetes. El ruido de sus resoplidos se mezclaba con el de sus

cascos, estaban haciendo lo posible para seguir a toda velocidad, dando de sí todo lo que podían.

Al cabo de un cuarto de hora aproximadamente, Pete oyó las pisadas de caballos delante de ellos con más claridad. Luego parecieron cesar por completo. Fue fácil de comprender el motivo al llegar a un campo de alfalfa. Las huellas demostraban que los jinetes se habían internado por él.

Pete aguardó un segundo nada más. Estaba mirando hacia un bosquecillo que había al lado opuesto del alfalfar.

—¡Bueno, muchachos, adentro! —ordené—. Pero id con ojo avizor, por si hay alguna trampa.

Con trampas o sin ellas, estaba decidido a seguir el rastro. Llevaba el rifle de gran potencia. Sus comisarios iban bien provistos de municiones. Todos podían dar buena cuenta de sí cuando llegara el momento decisivo.

Pete cabalgaba un poco adelantado, Escudriñaba el macizo de árboles. Sospechaba que pudiera tendérseles una emboscada. Y, sin embargo, quería que se la tendieran, porque así entraría en contacto con el adversario. Ansiaba librar una batalla decisiva con los asesinos aquella noche.

Pero Sonny pareció espantarse y la rápida mirada de Pete se arrancó del bosque para contemplar un punto del campo de alfalfa, a pocos metros de donde se encontraba. Algo chisporroteaba allí.

El sheriff hizo girar bruscamente a su caballo.

—¡Atrás, muchachos! —aulló—. ¡Aprisa, atrás!

Y clavó espuelas haciendo saltar a Sonny hacia el camino, en el preciso momento que sonaba una explosión y se veía un resplandor deslumbrante. Un surtidor de fuego y tierra pareció surgir del centro del campo de alfalfa.

Casi simultáneamente ocurría un fenómeno análogo en el rincón Suroeste del campo y a la orilla del bosque.

—¡Están metidos entre los árboles, Pete! —aulló «Miserias»—. ¡Nos están tirando esa dinamita para obligarnos a retroceder! Pero... ¡vamos! ¡Son nuestros ya! ¡Les haremos comerse esos explosivos!

El largo brazo de Pete se extendió y su mano asió las riendas del impetuoso barbero comisario. Al hacerlo, otro cartucho de dinamita estalló más hacia el interior del bosquecillo. Saltaron ramas y trozos de corteza y una lluvia de hojas fue despedida hacia los tres

hombres.

Pete había saltado de su caballo y corría hacia el rincón Nordeste del campo. Su aguda mirada había distinguido un minúsculo resplandor allí. Corrió como loco y empezó á pisotear el suelo como si estuviera aplastando una serpiente. Cogió la mecha ya acabada de apagar. Medía menos de cinco centímetros e iba sujeta a un cartucho de dinamita, con detonador. Si hubiera tardado unos segundos más, le hubiese estallado en la cara. Se llevó el cartucho al camino. Al mismo tiempo se oyó una explosión amortiguada al otro lado del bosque. Un segundo después se oyó otra.

Pete sacudió la cabeza.

—Estaban preparados para hacer frente a la persecución —dijo, lentamente—. ¿Os dais cuenta de lo que están haciendo?

Mascó goma durante unos segundos.

—Estaban calculando a qué distancia nos encontraríamos de ellos. Están tirando esos cartuchos de dinamita entre la maleza al pasar.

—Pero... ¿no podemos...? —empezó a preguntar «Miserias».

—Esa es la cuestión, si podemos o no —le interrumpió Pete—. Sabían que daríamos con su rastro y que cruzaríamos este campo. Fijaos en las huellas: procuraron dejarlas muy bien señaladas para que nos metiéramos de cabeza en la trampa.

Palpó la mecha en la oscuridad, para calcular su grueso.

—Esta clase de mecha arde a razón de treinta centímetros por minuto aproximadamente. Deben estar cortando las mechas de distintos largos. Esta tal vez estaría chisporroteando diez o doce minutos, aguardándonos.

—¡Rayos! —exclamó «Miserias», boquiabierto.

—Y podéis tener la seguridad de que llevarán algunos cartuchos con la mecha muy corta, para tirárnoslos si nos acercamos demasiado —prosiguió Pete—, conqu...

Ahogó sus palabras una terrible explosión que sonó al otro lado del bosque.

—¡Caramba! —exclamó «Miserias»—. ¡Debían ser siete u ocho cartuchos los que estallaron ahí al mismo tiempo!

Pete se dejó caer y aplicó el oído al suelo.

—Con eso han podido adelantar bastante —dijo—. Suena como

si estuvieran describiendo un círculo y volviendo hacia el Este. Sigamos nosotros en esa dirección, pero no vayáis demasiado aprisa, muchachos, por...

Otra explosión sonó al Nordeste y, después de una pausa, Pete continuó:

—...acortad el paso porque pudiéramos encontrarnos camino del otro barrio de un momento a otro. Lo mejor que podemos hacer ahora es dejarles que se adelanten algo. Estos cartuchos dejarán de estallar tarde o temprano y, por lo menos, podremos seguir su rastro.

Retrocedieron de nuevo, torcieron hacia el Norte y volvieron a dar con el rastro de los bandidos. Pero las deducciones de Pete habían sido exactas. Cartuchos de dinamita, con mechas que debían ser de gran longitud, continuaban estallando de vez en cuando.

Una vez Pete impidió que «Miserias» cruzara una esquina de un prado cubierto de maleza, entre la que chisporroteaba la muerte. Había empujado el caballo del comisario hacia la izquierda con velocidad de relámpago al estallar el explosivo a poca distancia a la derecha de Sonny.

Si el rastro fue difícil de seguir antes, lo era mucho, más ahora. Era preciso adivinar los pensamientos de los asesinos. Los tres hombres escudriñaban la vegetación y sus manos hábiles hacían virar bruscamente a sus caballos al estallar dinamita en la planicie que estaban cruzando y lanzarles la tierra casi a la cara.

De haberse hallado confrontado con aquella situación él sólo, el temerario Hicks «Miserias» hubiese quedado hecho añicos con toda seguridad. Pero Pete Rice se había resignado a avanzar muy despacio y con una vigilancia extremada. Los fugitivos les habían cogido mucha delantera ya; pero contaba con el rastro que éstos no podían borrar.

Se preguntaba, sí acabaría ante una situación semejante a la que desconcertaba a los perseguidores la noche del asalto al Banco de Coatchie, si encontraría los caballos abandonados y los bandidos desaparecidos. Aun así, estaba decidido a no darse por vencido. No tardaría muchas horas en amanecer ya.

—Si esta vez no encontramos más que sus caballos —empezó a decir—, registraremos, milímetro a milímetro...

Calló con la misma brusquedad que si se hubiese mordido la

lengua. Desde muy lejos, al Oeste, llegó hasta sus oídos un gemido. No era muy fuerte, pero era claro, burlón, sobrenatural. Era el gemido que los colonos y algunos habitantes de Coatchie oyeran en otras ocasiones.

Era el gemido que llegara a oídos del hostelero, Bolster, cuando pasaba junto a La Ciénaga de Puma Grande, el gemido aterrador que había sobresaltado a Miguel Grady, vigilante de la mina Panamint, y al doctor Harley, el hábil cirujano de Coatchie.

¡Era el gemido de trasgo!

CAPÍTULO XI

EL TRÁGICO INDICIO

El rostro de Pete adquiría una expresión dura.

—¡Picad espuelas, muchachos! —gritó.

Los caballos rompieron a galopar. El gemido continuó. Pete creyó oír disparos débilmente en la lejanía, pero no estaba seguro del todo. El gemido fue alejándose a medida que los tres jinetes cabalgaban. El último cartucho de dinamita había estallado ya, evidentemente. Pero Pete iba delante de sus compañeros. No tenía la seguridad absoluta y él era el que tenía más vista, para descubrir el chisporroteo de una mecha.

Siguieron avanzando. La posibilidad del combate encendía sus mejillas, más que el azote del viento. Pete llevaba la mirada fija en el suelo. El rastro era claro. Al cabo de una media hora, Sonny relinchó y Pete le hizo acortar la marcha con cautela. Sonny había olfateado algo, hombres, caballos, o ambas cosas. Los tres hombres llevaban ya los revólveres en la mano.

Sonny, volvió a relinchar, más fuerte aquella vez, y se oyeron relinchos en respuesta. Un momento después se encontraron con una manada de caballos sueltos, ensillados, pero sin jinete.

¡Los asesinos habían desaparecido!

Los minutos que se emplearon en rebuscar por arroyos y maleza resultaron otros tantos minutos perdidos. Fueron examinándolo todo desde el punto en que se hallaban los caballos hacia atrás y hallaron... nada. Habían llegado a una parte de la llanura desde la que les era posible ver las linternas encendidas que se movían alrededor del tren parado.

—Volveremos a dar un repaso a este trecho al amanecer, muchachos —dijo Pete—. Entretanto, veremos qué proporciones ha asumido la tragedia.

Volvieron al tren al galope. El doctor Harley y otro cirujano de Coatchie habían llegado al lugar del suceso. También había dos médicos de Hutchinson.

El número total de muertos eran siete. El maquinista había muerto escaldado. El fogonero había sido despedido de su puesto con tal fuerza, que se había roto el cuello. Un balazo había acabado con la vida del ambulante de correos. Tres pasajeros, entre los que se contaba el sheriff Granger, habían recibido heridas mortales al intentar luchar. Dos habían muerto instantáneamente y Granger al poco rato.

Había una docena de heridos más o menos graves. El jefe del tren, con el rostro vendado, explicó qué la catástrofe hubiera sido muchísimo mayor de haber ido conduciendo cualquier maquinista que no fuera Thad Rannie.

—Thad tenía ojos de lince —dijo—. Echó los frenos en cuanto vio lo que había delante. Los echó tan fuerte, que yo salí despedido a tres metros de donde estaba sentado. Sólo el parachoques y la parte delantera de la locomotora recibieron toda la fuerza de la explosión.

Sacudió la cabeza, con tristeza y se estremeció.

—¡Caramba! ¡Debo tener destemplados los nervios por completo! O es eso, o es que hace mucho frío en la pradera esta mañana.

Pete miró hacia el Oeste, frunciendo el entrecejo. A muchas millas de distancia, un buitre describía círculos en el aire, recortado contra la luna.

—Hace frío, compadre —asintió Pete—. Pero va a hacer mucho calor para cierta gente antes de que transcurra mucho tiempo. ¡Recuerde usted mis palabras!

No aguardó a que amaneciera para volver a recorrer el camino que tan en vano habían seguido ya. Acompañado de sus comisarios y de Slim Latcher, que había vuelto de Recodo de Sutter, empezó a cabalgar hacia el Oeste otra vez.

Había calculado, con bastante exactitud, el punto sobre el que había estado volando aquel buitre solitario. Le recordó aquellos ruidos lejanos que le parecieran disparos. Dejó que los caballos de sus compañeros dieran la pauta, para la marcha. Iban a un galope corto que a veces se convertía en trote. Contuvo a Sonny, que

siempre parecía dispuesto a volar.

La mente del sheriff era un laberinto de pensamientos. Sus ojos parecían pedernal y llevaba los labios muy apretados. Aquellos asesinos, se dijo, no eran pistoleros corrientes. Los proscritos habían merodeado por el Oeste durante muchos años. Continuarían haciéndolo mientras nacieran hombres con el corazón de piedra y el cerebro retorcido y mientras el oro sirviera para comprar lujos y caprichos.

Pero aquellos hombres eran los más desalmados que Pete había conocido en su vida de representante de la Ley. Eran más atrevidos, más ponzoñosos, más despiadados, más llenos de recursos. Les interesaba muy poco luchar en igualdad de condiciones. Querían luchar con todas las probabilidades a su favor y hacían sus planes por anticipado para asegurarse de que fuera así.

El sheriff se aproximó a Slim Latcher.

—Creo que dijo usted que salió del rancho de Buckland después de cenar anoche, Slim —dijo—. ¿Marchó usted solo?

Slim afirmó con la cabeza.

—Sí. Nadie tenía que ir en la misma dirección que yo.

—Smiley Hanaford estaba en el rancho, ¿no?

—Sí; pero se quedó. Está enamorado de la hija de Nels Olsen, capataz de Buckland. A Smiley le gustan las rubias.

—¿Cenaron con ustedes los Buckland?

—Sí.

—Pero estaban en Coatchie muchas horas antes de que llegara usted.

—¿Eso no es de extrañar? Se fueron en el automóvil del hijo. ¡Y ese sesos de mosquito conduce a una velocidad suicida!

Pete guardó silencio unos instantes. Miraba, hacia el Oeste, donde había visto al buitre. El cielo empezaba a tornarse gris. Amaneció cuando cruzaban una hondonada cubierta de exuberante hierba. Unas cuantas anillas más allá, al Oeste, se veían ya tres buitres.

—Vamos aprisa, muchachos —propuso Pete.

Pusieron los caballos al galope. Cruzaron la hondonada, subieron una leve pendiente, bajaron a otra hondonada y atravesaron por entre unos árboles y subieron unas colinas.

Al subir al descubierto otra vez, un par de buitres se alzó.

—Parece como si esos pajarracos estuvieran pensando en el desayuno —dijo Pete Rice—. ¡Hombre! ¡Hay algo allí, entre esa maleza!

Se acercó. Sus hombres le siguieron.

Era el cadáver de un hombre lo que yacía en la maleza. Pete se apeó.

—¡Rayos! —aulló «Miserias»—. ¡Uno de ellos, por lo menos! Tal vez regañara con los otros. ¡Mirad! ¡Aun va enmascarado!

Una extraña expresión apareció en el semblante de Pete al contemplar el contorno de la figura yacente. Se inclinó y arrancó la máscara. Sus tres compañeros entonaron un coro de exclamaciones.

¡El muerto era Smiley Hanaford!

Durante un largo momento nadie habló. Pete estaba dando la vuelta al cadáver y examinando la herida que le había causado la muerte. Le habían dado un tiro delante de la oreja derecha. El proyectil había salido por la parte de atrás del cuello.

—¿Qué os parece, muchachos? —dijo Pete.

—¡Rayos! —era lo único que sabía contestar «Miserias»—. ¡Rayos!

—¿Qué ha de parecernos? —repuso Teeny Butler—. No me pidas que tenga mucha fe en la gente después de esto. ¡Juro que jamás tuve más confianza en nadie que en este hombre!

El rostro de Slim Latcher reflejaba perplejidad y asco al propio tiempo. Su voz sonó mascullando todo un rosario de imprecaciones.

—¡Y pensar que hice tres comidas a la misma mesa de este canalla ayer! —exclamó.

Los ojos de Pete Rice expresaban desilusión.

—El agujero de la bala es del calibre 45 —dijo—. ¿Es posible que le haya alcanzado algún disparo nuestro? Esa herida debió producir la muerte casi instantáneamente; pero los demás tal vez se lo llevaron con la esperanza de ocultar una pista. Han hecho ya cosas más raras que esa.

—¿Crees tú que puede haber algo que nos proporcione una pista en sus bolsillos? —inquirió «Miserias».

—Con toda seguridad que no, compadre. Pera regístrale, aunque no sea más que por pura fórmula.

Hicks «Miserias» registró todos los bolsillos del muerto. Encontró un paquete de tabaco, un librito de papel de fumar, una navaja,

algo de plata suelta y un fajo de billetes de Banco nuevos. Pero «Miserias» había observado un bulto pequeño en el bolsillo del reloj. Metió los dedos, sacó un pedazo de madera de sauce de unos cinco centímetros de longitud y casi de la misma anchura.

—¡Un silbato! —exclamó Pete—. ¡Sóplalo, compadre!

Hicks «Miserias» se llevó el silbato a los labios. Sopló fuerte.

Los caballos se asustaron al sonar un gemido lastimero y sobrenatural y repercutir entre las colinas vecinas.

CAPÍTULO XII

BILLETES DE CINCUENTA DÓLARES

Hasta el sereno Teeny Butler por poco pega un brinco al oír el extraño sonido.

—Me parece que este es el famoso trasgo, muchachos —dijo.

Pete movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Aun no comprendo por qué han usado esta treta de hacer sonar un silbato; pero apostaría a que andamos muy cerca ya de la solución de este asunto.

»Claro está que ya sabíamos desde un principio que no teníamos que habérmolas con trasgos. Luchamos con hombres de carne y hueso... ¡Hombres que caen cuando les taladra una bala del 45!

El sol matutino doraba las colinas y los valles, escena que hubiera resultado agradable de no haber sido por el cadáver que yacía en la llanura y los buitres que aun volaban ominosamente por encima.

—El juez tendría que examinar este cadáver —dijo Pete—; mas no hay necesidad de que se quede aquí nadie a guardarlo. Así les quitaremos el desayuno a esos buitres. Más vale que os lo llevéis a la población, muchachos.

—¿No vas a acompañarnos tú? —inquirió «Miserias».

—No. Tengo la intención de pasearme por ahí un rato.

—¿Dónde vas?

—Al rancho de Buckland, entre otros sitios.

Era última hora de la tarde cuando Pete volvió a Coatchie. Siguiendo las instrucciones de Pete, «Miserias» había tomado el tren para Empalme del Desierto, con el fin de intentar encontrar al misterioso «J. T.», amigo de Smith.

El pequeño barbero comisario había demostrado de nuevo su

singular habilidad en misiones de este género. Había vuelto en el tren del atardecer, acompañado de un mejicano llamado Juan Teniro.

—Aquí está nuestro misterioso amigo «J. T.» —anunció, al entrar Pete en el despacho—. No me costó mucho trabajo dar con él. Pues que la nota estaba escrita en español, concentré mis esfuerzos en la población mejicana. Teniro iba a venir a verte mañana, de todas formas... eso dice él, por lo menos.

El mejicano, joven bien parecido, asintió con un movimiento de cabeza.

—Es cierto, sheriff —dijo en español—. Había estado pensando venir a verle y darle a conocer todos los detalles para que pudiera usted rehabilitar la memoria de mi amigo Smith.

—Bien necesita, rehabilitación, se lo aseguro —repuso Pete, hablando en el mismo idioma—. Le suplico que me cuente la verdad de lo ocurrido del principio al fin.

—Puede usted tener la completa seguridad de que no le contaré más que la verdad pura y simple —dijo Juan—. Mi amigo Smith era un incomprendido.

Pete se sentó junto a la mesa y tabaleó sobre ella con los dedos.

—La Justicia comprendió muy bien sus actos en cierta ocasión, señor Teniro. Le metió en la cárcel por cuatrero.

—Muy lamentable fue eso, sheriff. Smith estaba muy apurado de dinero por entonces. Hubiera podido obtenerlo con sólo pedírmelo a mí. Pero era orgulloso, a su manera. Dejó de ser honrado por una noche. Le cogieron. Pagó su falta de honradez dando dos años de su vida al Estado. Mediante esta penitencia, purgó el pecado que había cometido contra la sociedad.

—Sí; ya estaba en paz con la justicia, hasta que se mezcló con esos salteadores de Bancos —asintió Pete—. Pero tenía relaciones con ellos, señor Teniro. De eso no cabe la menor duda.

—Creo poder explicar eso. Cuando Smith salió de la cárcel, estaba decidido a trabajar honradamente. De nuevo fue orgulloso. No vino a mí en busca de ayuda, aun cuando gozo de una posición desahogada y he considerado a Smith más bien desgraciado que malo. Se instaló en esa cabaña abandonada y, al mismo tiempo, se encontró con una serie de complicaciones que fueron causa de su muerte.

Teniro hablaba con tranquilidad y convincentemente. Era evidente su cultura y su crianza. Parecía honrado. Pete Rice sintió instintivamente que lo que el otro le estaba contando era cierto.

Teniro explicó que de alguna forma qué le era desconocida, los jefes de los bandidos habían abordado a su amigo Smith. Estaban reclutando gente para hacer una serie de incursiones y se habían enterado de que Smith era ex presidiario.

Pero Smith, según Teniro, se había negado a tomar parte en asunto alguno que pudiera volverle a llevar a la cárcel. Le habían dado tres días para que se decidiera. Fue entonces cuando se puso en comunicación con Teniro.

El mejicano lió un cigarrillo y lo encendió.

—Le escribí diciéndole que se pusiera en contacto con los representantes de la justicia. Pero Smith tenía miedo. El temor a la muerte le paralizaba. Creía que el aviso que le habían dado los bandidos era una sentencia de muerte. Se negó a seguir mi consejo y yo callé también, porque no quería que fuera asesinado mi amigo.

El mejicano exhaló una nube de humo. Explicó que Smith había estado temiendo recibir otra visita de los bandidos.

—Ya he oído contar que disparó contra usted y el comisario Leeming aquella noche —prosiguió—. Creo... mejor dicho, estoy moralmente convencido de que Smith creyó al principio que ustedes eran los bandidos que volvían, tal vez para matarle. Al disparar contra ustedes, lo más de que puede acusársele es de ser demasiado precipitado, y de dejarse dominar por la nerviosidad y el miedo.

Pete recordó lo hecho y dicho por Smith la noche del tiroteo.

—Es posible todo eso —reconoció—. Era evidente que estaba asustado aquella noche y parecía como si le preocupara algo que no se atrevía a decir. Había tenido yo la esperanza de que hablaría claro en cuanto le asistiese el doctor Harley y le trajese a la población.

—Dudo mucho que lo hubiera hecho, sheriff. AL pobre Smith lo tenían espantado los cabecillas ésos. Tal vez habrían amenazado torturarlo. Estos son detalles que, como es natural, omitió cuando me escribió la primera vez acerca del asunto.

Pete pareció experimentar interés.

—¡Ah! ¿Le escribió eso? ¿Tiene usted su carta, señor Teniro?

El mejicano sonrió.

—Sí, señor. Debe haber muestras de la escritura de Smith en alguna parte, por lo menos en la cárcel en que estuvo preso. Verá usted que esta carta está escrita de puño y letra de Smith.

Le dio la carta, que se componía de varias hojas de papel tamaño folio, escritas en español. Pete la leyó de cabo a rabo. Por fin movió, afirmativamente, la cabeza.

—Esto parece rehabilitar al pobre Smith. Me guardaré esta carta para comprobar la letra. Parece ser que los temores de Smith no estaban desprovistos de fundamento. No cabe duda que fue uno de los bandidos quien le dio la puñalada para sellarle los labios. Y, seguramente, el mismo bandido dejaría allí los billetes robados.

“Debió de estar aguardando escondido cerca de la cabaña la llegada del doctor Harley y soplaría uno de esos silbatos para sembrar nuevo terror entre cuantas personas supersticiosas lo oyeran. ¿Reside usted, permanentemente en Empalme del Desierto, señor Teniro?

—Sí; soy —propietario del Rancho Tilted T, que se encuentra a pocas millas de la población, y tengo despacho en el Empalme.

—En tal caso, sabré dónde encontrarle si le necesito. Gracias por su ayuda, señor Teniro. Me alegro por el buen nombre del desgraciado Smith. Un hombre no podía, quizá, negar bienes materiales a todos sus amigos; pero no tiene por qué olvidarse de ninguno de ellos cuando les lega un recuerdo limpio de sí mismo.

Estrechó la mano del ranchero mejicano y le vio salir a la calle.

—Ahí va un hombre magnífico, muchachos —les dijo a sus comisarios—, o un asesino muy hábil. Es difícil saber cual. A veces, la verdad y la culpabilidad hablan con el mismo acento. Pero me inclino a creer al pie de la letra todo su relato, sobre todo, puesto que esta carta lo corrobora. Vigilaremos a Teniro, pero será por pura fórmula. Me parece que el asunto de Smith queda ya liquidado.

Echó a andar, calle abajo, en dirección al Banco. La calle estaba llena de vaqueros, mineros, colonos y habitantes de la población. Los salones de bebidas estaban haciendo un buen negocio. Los misteriosos atracos cometidos por los bandidos estaban enriqueciendo aún a Coatchie al parecer.

Atraían a la gente de muchas millas a la redonda, que acudía a comentar los sucesos y a gastarse el dinero en los establecimientos

de Coatchie, especialmente, en los salones de bebidas. Coatchie aparecía tener la misma cualidad que Midas: convertíalo todo en oro, hasta la tragedia.

Pete vio a Bolster, el hotelero de Manantiales de Antílope, hablar con un ranchero y un joven que parecía de ciudad delante del Salón Gopher Hole.

Bolster saludó al comisario, con un movimiento de cabeza.

—¿Van progresando bien los asuntos, sheriff Rice? —inquirió.

—Así así. ¿Se siente usted bien estos días?

—¡Vaya que sí! Acabo de acercarme a ver al doctor Harley. He escrito a muchos de mis amigos del Este, diciéndoles que éste es el lugar ideal para vivir.

Señaló con un gesto al joven que le acompañaba.

—Le presento al señor Corbin, sheriff. El señor Corbin se aloja en mi hotel. Le han hecho una operación en la garganta. Ha venido aquí para restablecerse. Este es el mejor país del mundo.

Pete estrechó la mano del joven de ojos oscuros y observó la enorme cicatriz que la cruzaba la garganta.

—Me encuentro bien ya —afirmó Corbin—. No tardaré mucho en encontrarme mucho mejor, seguramente. Se me quitará todo... menos la cicatriz que ha dejado el bisturí.

Pete charló con ellos unos momentos y luego siguió calle abajo. Se detuvo en el consultorio del doctor Harley, permaneció allí unos instantes y luego siguió en dirección al Banco. Tomás Buckland estaba sentado a su mesa. Pero la silla que había ante la mesa de su hijo estaba vacía.

Buckland parecía arder en deseos de conocer detalles del descarrilamiento y asalto al tren correo y, como de costumbre, se mostró locuaz.

—¡Ojalá hubiera estado con usted! —dijo—. Si hubiese sabido que iba usted a luchar con esos canallas, le hubiera acompañado. Me pasé la noche en la población.

—¿Trabajó toda la noche?

El viejo sonrió.

—No, ese hijo mío tiene procedimientos para convencerme. Empiezo muy duro con él y acabo ablandándome. Se me escapó a eso de las once. Me encontré con que había desaparecido su automóvil cuando salí del Banco. Supongo que se iría de juerga a

alguna parte... tal vez al Empalme.

EL semblante del ranchero se tornó más serio.

—Bueno, ya se le está acabando todo eso. Se ha gastado todo el dinero que le regalé cuando salió de la Universidad. Vivirá de su sueldo ahora y aprenderá a conocer el valor de un dólar. Ya se irá acostumbrando. El muchacho no es malo en el fondo y sus intenciones son buenas.

—Sí, y si el corazón de un hombre está en su sitio —dijo Pete—, su cabeza no puede andar muy fuera de lugar. Bueno, hasta más tarde, señor Buckland.

Había caído el crepúsculo cuando salió Pete del Banco. El primer hombre con quien se encontró fue Snag Parrish.

—¿Siguió usted el rastro de Grady, Snag? —le preguntó.

—Ya lo creo, sheriff, Grady está de vuelta aquí otra vez. Opino que es una persona honrada.

Sonrió, enseñando sus desiguales dientes.

—¿Sabe dónde había ido? Se levantó de noche para dirigirse a Steerville y asistir al entierro de su primo.

Explicó que Daniel Gravin, que había sido asesinado el martes anterior por los bandidos había sido conducido al cementerio desde la pequeña iglesia de Steerville, el jueves por la mañana. Snag había seguido el rastro de Grady hasta Steerville, y hasta había entrado tras él en la iglesia. Sentado en uno de los bancos de atrás, había vigilado al hombre sin que éste se diera cuenta.

La devoción y el dolor de que dio muestras Grady durante el entierro de su primo habían convencido a Parrish de que el irlandés era todo lo que parecía ser.

—Bueno, pues eso ya queda liquidado-dijo Pete Rice —. Parecemos estar progresando en eso de descubrir quiénes no son culpables por lo menos. Parece ser que Smith no era tan malo como le creíamos y ahora descubrimos que Grady es buena persona también.

—Pero lo que oí de Smiley Hanaford me dejó parado de verdad —dijo Parrish—. ¡Pensar que un muchacho como Smiley Hanaford...!

—Un momento, compadre —le interrumpió Pete—. ¿Sabe usted que yo no creo que Hanaford estuviera más complicado en este

asunto que nosotros?

—¿Cómo es eso?

—Hice una visita al rancho de Buckland esta mañana. Hablé con Hilda Olsen, hija del capataz de Tomás Buckland. Parece ser que Hilda y Smiley tenían relaciones.

El sheriff se volvió y miró calle abajo hacia el Sur. Había oído el ruido de una bocina de automóvil.

—Hilda Olsen me dice que Smiley no se marchó hasta mucho después de medianoche; es más, se quedó hasta mucho después de haberse acostado ella. Estuvo fumando y charlando con Olsen. Supongo que el pobre muchacho quería hacerse simpático al viejo antes de pedirle la mano de su hija.

—Y el atraco al tren fue antes de las once, ¿no? —inquirió Snag.

—Sí, unos minutos antes. Lo que significa que es absolutamente imposible que Smiley tomara parte en él.

Pete había seguido mirando calle abajo. Un automóvil potente dobló el recodo de la calle. Se detuvo bruscamente delante del hotel de Coatchie. Standish Buckland se apeó y entró en el bar.

Pete vio brillar el odio en los ojos de Snag Parrish.. Parrish odiaría hasta el nombre de los Buckland mientras viviese. Creía haber sido víctima de una mala jugada de Tomás. La sangre india que corría por sus venas no le permitía perdonar.

—Ahí está ese maldito maniquí de Standish —observó—. Ha entrado en el bar a tomarse unos cuantos combinados de esos, con toda seguridad. Se emborracha bastantes veces. Y aun se pavonea como si fuera el amo de esta población. Habla mucho. Si se pone demasiado tonto conmigo algún día cuando esté bebido... ¡le romperé las narices!

—Más vale que olvide usted eso, compadre —le aconsejó el sheriff—. Si Buckland hijo quiere dárse las de demasiado listo, el Destino le parará en seco el día menos pensado. Nunca falla.

El sheriff dio una vuelta por la población. Se asomó a varios sitios. Cualquiera que conociese bien a Pete Rice hubiera adivinado, por el singular brillo de sus ojos, que en su activo cerebro estaban fermentando ideas, y que albergaba en su mente secretos de los que no pensaba hacer partícipe a nadie, de momento.

Cuando volvió a pasar por delante del hotel de Coatchie, el automóvil aun estaba parado a la puerta. Pete entró en el bar.

Buckland hijo estaba apurando un combinado —no el primero al parecer, porque tenía el rostro encendido y no parecía muy seguro sobre los pies. Saludó a Pete Rice con un movimiento de cabeza y echó un billete sobre el mostrador.

Pete vio que el dependiente le daba varios billetes y plata de vuelta. El joven recogió el dinero y salió a la calle. Unos segundos más tarde Pete oyó el ruido del escape del automóvil.

El dependiente le dirigió una sonrisa.

—Es buena persona, buen bebedor y buen juerguista ese Buckland —dijo—. Él fue quien me consiguió esta colocación. Me encontré sirviendo el mostrador en el establecimiento de Parker en Tucson. Dijo que necesitaba un buen mezclador de combinados en esta población. Se las apañó para arreglarlo. Dos días más tarde el propietario de este hotel me escribió ofreciéndome empleo con mejor sueldo del que estaba ganando.

—Parecía un billete bastante grande ese que le dio —observó Flete—. ¿Qué era? ¿De veinte dólares?

—¡Qué veinte dólares ni ocho cuartos! ¡De cincuenta! Y parecía tener muchos más iguales. Es muy bonito ser hijo de un hombre rico, ¿verdad?

—Sí.

Pete estaba reflexionando. Tomás Buckland había dicho que su hijo había terminado ya casi todo el dinero que él le había regalado: ¿Cómo era, pues, que cambiaba billetes de cincuenta dólares en el mostrador de un bar?

—¿Tiene inconveniente en dejarme ver ese billete? —preguntó.

Por toda contestación, el dependiente tocó una de las teclas de la máquina registradora. Se abrió el cajón. Sacó un billete y lo depositó sobre el mostrador. Un brillo duro había aparecido en los ojos de Pete. Su mente era archivo de muchos detalles. Su memoria siempre había sido excelente. Y vio que el número del billete correspondía a los encontrados en la cabaña de Smith, ¡el dinero robado al Banco de Buckland!

Devolvió el billete, hizo un comentario sin importancia y salió del bar. Pero su paso se hizo más largo al llegar al bordillo. Corrió hacia el despacho del comisario.

Teeny y «Miserias» estaban arrellanados en sendos asientos.

—¡Vamos muchachos! —gritó—. ¡Vamos á cabalgar un rato!

Cosa de media hora después, el brillo de los ojos del sheriff se había hecho más duro aun. Sabía que Buckland hijo les dejaría atrás; pero ello no había impedido que le siguiera, guiándose por las huellas de los neumáticos.

Al principio, había creído que se dirigiría al rancho de su padre. La intención del sheriff era presentarse allí y exigirle al muchacho que explicara de donde había sacado billetes de la misma serie que los robados al Banco.

Éstos constituían, hasta entonces, el indicio más importante, salvo uno que Pete no pensaba mencionar todavía. Relacionaban a Standish Buckland con la cuadrilla de salteadores. Por lo menos tendría que explicar de dónde los había sacado.

Pero el brillo de los ojos de Pete se hizo más duro cuando, a un cuarto de camino del rancho de Buckland, las huellas de los neumáticos demostraron que el joven se había apartado del camino corriente para meterse por uno secundario que corría hacia el Nordeste, en dirección al Recodo de Sutter.

Pete encauzó a Sonny por dicho camino. Los caballos de los comisarios seguían de cerca al alazán.

—No se dirigía al rancho, pues eso, por lo menos, es seguro —dijo Pete, picando espuelas—. Si va a reunirse con alguno de la cuadrilla, tal vez nos sea posible efectuar alguna detención esta noche.

Los tres hombres cabalgaban revólver en mano ya. Estaban preparados para hacer frente a lo que se presentase. Pero lo que se presentó fue de un carácter muy distinto a lo que se habían esperado.

Unas dos millas camino secundario adentro, en un trecho solitario que serpenteaba por entre un bosque, hallaron el potente coche estrellado contra un árbol.

¡El joven tenía incrustadas tres balas en la cabeza!

CAPÍTULO XIII

PETE EFECTÚA UNA DETENCIÓN

Los tres representantes de la Ley sacaron el cadáver del coche. Pete Rice se dio cuenta inmediatamente de que le habían sido registrados los bolsillos al muchacho. Había algo de plata en ellos, pero había desaparecido la cartera.

—¿Crees que se trata de un robo? —inquirió «Miserias».

—No, no lo creo, «Miserias». Muchas de estas cosas se preparan para que parezcan simple atraco. Pero, con toda seguridad, encontraremos algún otro motivo en el fondo.

No se veía rastro alguno del asesino o de los asesinos. El camino tenía ya huellas de los numerosos, caballos que habían pasado por allí durante los últimos días. El intentar seguir la pista de los asesinos de Buckland hubiera sido ganas de perder el tiempo.

—Lo único que podemos hacer es llevar el cadáver a la población —dijo Pete—. Me parece que nos estamos acercando un poco más a la solución de este asunto, es decir, si mi teoría es exacta. Y Dios quiera que Snag Parrish esté en la población y no haya salido de ella desde que hablé yo con él.

No podía olvidar el odio que brillaba en la mirada de Snag cada vez que veía a un Buckland o que oía mencionar el nombre.

La emoción alcanzó su punto culminante en Coatchie cuando los tres hombres llegaron con el cadáver de Standish. La noticia de la nueva tragedia se propagó como un reguero de pólvora.

Tomás Buckland entró corriendo en el establecimiento de pompas fúnebres en el preciso momento en que salía Pete Rice. Estaba completamente quebrantado. Presentaba un aspecto lastimero. Sus facciones feroces parecían más dulces y dijérase que sus ojos agudos se habían quedado apagados, sin brillo.

Pete Rice no habló con él, salvo para contarle exactamente cómo

había encontrado el cadáver en el camino del Recodo de Sutter. El sheriff prefirió no decir una palabra de los billetes. Tomás parecía tener suficiente que soportar ya, sin que le hiciera la carga más pesada. El viejo luchador parecía un león feroz al que hubieran arrancado los dientes.

Salió en busca de Snag Parrish inmediatamente. Snag no había salido de Coatchie desde que hablara con Pete aquella noche.

Su rostro reflejaba una fuerte tensión nerviosa.

—Me parece que comprendo por qué me interroga usted, sheriff —dijo—. No le guardo rencor, su obligación es desconfiar de todo el mundo. Pero... ¡qué rayos! ¡Nunca caería yo tan bajo como para asesinar a nadie! Ahora que está el muchacho muerto, el viejo Buckland me inspira cierta compasión, a pesar de lo cochinementamente que se portó conmigo.

“Si alguna vez he deseado vengarme, bien vengado estoy ahora. ¿De qué le sirve a Tomás Buckland todo su dinero? No vivirá lo bastante para gastarlo. Esto le matará.

Pete guardó silencio un momento.

—Snag —dijo por fin—, usted ha estado por aquí mucho tiempo y ha estado vigilando a ese pobre muchacho. ¿Era muy jugador?

Parrish afirmó con la cabeza.

—Sí que lo era. Intentaba hacer jugar a la gente a un juego que él llamaba bridge. Pero cuando vio que la mayoría se empeñaba en jugar al póker, se puso él a jugarlo también. Es un jugador de cartas innato, perspicaz, igual que su padre.

—¿Jugaba mucho por aquí?

—Al principio, sí; pero últimamente parecía preferir jugare en Empalme del Desierto. Hay sitios más grandes y más elegantes allí. Acostumbraba jugar mucho en el Palacio del Desierto.

Pete movió afirmativamente la cabeza. Se acordaba del Palacio del Desierto en el Empalme. Era un edificio de tres pisos. En el primero, o sea la planta baja, había un salón de bebidas, así como un cuarto donde podía dormirse la mona.

En el otro piso había restaurante y salón de baile. En el último, salas de juego en las que podía jugarse poco o muchísimo dinero al póker rabioso, al póker corriente y al póker de cartas destapadas, al fan-tan, keno y muchos otros juegos.

—El Palacio del Desierto ¿eh? —murmuró Pete—. Allí se juega

por todo lo alto.

Y agregó:

—Y si yo fuera jugador, Snag, le apostaría ahora mismo que este asunto quedará liquidado antes de que hayan transcurrido cuarenta y ocho horas. Voy a hacer un viaje por la mañana al Empalme.

Dos días más tarde Pete volvió a sentarse a la mesa del despacho del comisario de Coatchie. Sus ojos fulguraban de vez en cuando. Era evidente que había hallado indicios de importancia en el Empalme; pero aun no había llegado el momento de revelarlos.

Dode Leeming había vuelto a incorporarse a su trabajo. Unos cuantos días de cama habían obrado maravillas en él. Se había quitado la venda de la cabeza. La leve herida de la ingle casi se le había curado del todo y el doctor Harley había asegurado que Dode no quedaría cojo.

Mientras hablaba con sus comisarios y con Dode Leeming, Pete Rice no hacía más que mirar hacia la calle. Aguardaba ver a cierta persona.

Vio a Tomás Buckland cruzar hacia el salón de la empresa de pompas fúnebres, donde estaba tendido su hijo. El entierro se celebraría al día siguiente por la tarde. Tomás no había vuelto a su rancho desde la muerte de su hijo y era creencia general que el viejo vendería el rancho y se retiraría a la población a pasar los últimos años de su amargada existencia.

Pete vio también pasar a Slim Lather, así como al doctor Harley que bajaba la calle en su cochecito. Observó que éste se detenía un momento a hablar con Bolster y el forastero amigo del dueño del Hotel de Manantiales de Antílope. También vio pasar a Tinero, el ranchero del Empalme. Éste saludó al sheriff con la mano.

Pero Pete siguió sentado a la mesa, hasta ver, al otro lado de la calle, a un hombre alto, entrecano, vestido llamativamente, que entró en el salón Gopher Hole.

—Perdonad un momento, muchachos —dijo el sheriff—. Vuelvo en seguida.

Se dirigió al Gopher Hole. El hombre que ya hemos descrito apuraba en aquel instante una copa de whisky ante el mostrador. Sonrió al ver entrar a Pete. Éste se colocó a su lado.

—¿Salió eso bien, Flash? —preguntó.

—No costó ningún trabajo meterse en una partida allí. Perdí unos cien dólares, pero me metí algunos de sus billetes, de vez en cuando, en el bolsillo del reloj. No sé si le proporcionarán alguna pista o no. Tome.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Los conservé aparte —dijo—. Écheles una mirada.

Pete Rice examinó los billetes, que eran nuevos.

—¡Estos son, en efecto! —dijo—. Bueno, el distrito se encargará de pagarle a usted los cien dólares que ha perdido. Valdrá la pena. Hasta más tarde, Flash.

El sheriff salió y se quedó parado delante del salón de bebidas. Correspondió al saludo del doctor Harley cuando éste acabó su conversación con Bolster y con el otro siguió su camino hacia la cuadra.

—Hola, doctor —dijo—. No le he visto a usted en todo el día.

—No, he estado la mar de ocupado. Fui a Steerville esta mañana. Hay mucho sarampión entre los chiquillos. Creo que tengo dominada ya la epidemia, sin embargo.

—Continúe la buena obra, doctor —dijo, Pete—. A la población no le irían mal unos cuantos hombres más como usted.

El médico siguió su camino. Pete continuó vigilando. Vio a un hombre caminar hacia él. Era Bolster, el propietario del hotel de Manantiales de Antílope.

Bolster se acercó y sonrió cordialmente.

—¿Hay algo nuevo, sheriff? —preguntó—. No me gusta estarle molestando a usted continuamente, pero el asunto despierta mi interés.

—Claro —asintió Pete—, eso es muy fácil de comprender.

Sacó su revólver.

—¡Más vale que no eche mano o ningún arma, si es que lleva alguna! —advirtió, con aspereza—. ¡Queda usted detenido, Jacobo King, como jefe de la cuadrilla que a ido asesinando y robando por este distrito!

El hombre de cabello cano palideció, su mirada se tornó dura. Pete no hizo el menor movimiento.

—Es precioso el trabajito que se ha hecho en los dientes y el pelo, King —prosiguió Pete—; pero aun es más bonito el que se ha hecho con la nariz. ¡Le ha cambiado de aspecto por completo!

CAPÍTULO XIV

DISPAROS DE GANGSTER

El hotelero se puso rígido. Pete le acercó el revólver a las costillas mientras le registraba los bolsillos. No halló arma alguna.

—Debe usted estar loco, sheriff —insistió el hotelero—. De sobra sabe que me llamo Bolster. Soy dueño del hotel de Manantiales de Antílope. Puedo demostrarlo. ¿Cómo es posible que quiera confundirme con ese hombre a quien llama usted King?

—¡Eche a andar hacia el despacho del comisario y se lo explicaré! —respondió Pete, con brusquedad—. ¡Si da el menor paso en falso por el camino, le taladro la espina dorsal de un tiro!

El hotelero se encogió de hombros y echó a andar hacia el despacho de Dode Leeming. Pete le siguió. Estaba preparado para cualquier movimiento que hiciera su prisionero. Pero éste nada hizo.

Jacobo King, gangster de Chicago, conocido entre sus congéneres bajo el nombre de Rey Jacobo y en el Suroeste como Bolster, resultó muy poco valiente bajo la amenaza de un revólver cargado.

En cuanto estuvieron en el despacho Pete cerró la puerta y echó la llave. Leeming y los comisarios le miraron intrigados:

—Ahora, muchachos —dijo Pete—, vais a oír cosas la mar de extrañas. Y este que traigo aquí, Jacobo King, va a ser quien lo hable casi todo.

El prisionero se sentó en una silla, mirando, fijamente a Pete Rice, y al cañón del revólver con culata de nácar con que Pete le estaba apuntando.

—Echaré yo a rodar la bola —les dijo Pete a los asombrados comisarios—. Os debo una explicación acerca del viaje que hice a Empalme del Desierto hace un par de días.

—Ya sabía yo que te traías algo gordo entre manos —dijo «Miserias».

—Bueno, pues me dio buen resultado. Yo sabía que Standish Buckland no tenía mucho dinero la noche que salió del Banco de su padre. Pero, volvió a la población bien provisto de fondos. ¿De dónde creéis que sacó ese dinero?

—Era muy jugador —dijo Leeming—. Un jugador de cartas muy perspicaz, como su padre. Tal vez lo ganara en el juego...

—Exacto, compadre. Yo había oído hablar de la habilidad del muchacho y sabía que había ido al Empalme. Conque estuve investigando por ahí estos últimos días.

Mascó goma unos instantes. El semblante del hotelero estaba pálido y demacrado.

Pete explicó que había interrogado al gerente del Palacio del Desierto, este conocía a Standish de vista. El joven había jugado allí antes. En aquella ocasión, según el gerente, había empezado a jugar al póker en una partida de posturas bajas y, al tener suerte y ganar, se había trasladado al salón del último piso donde no había postura máxima y se jugaba con dinero contante y sonante en lugar de fichas.

Pete había pedido una descripción de los hombres que habían jugado con Buckland. El gerente le había dicho que, uno de los jugadores tenía una cicatriz muy grande en la garganta.

—Me figuré inmediatamente que el hombre en cuestión debía ser el que está alojado en el Hotel de Manantiales de Antílope... el que Jacobo King ha presentado bajo el nombre de Corbin.

Dirigió su observación siguiente al prisionero.

—Cuando vi por primera vez a ese hombre que usted llama Corbin —dijo—, vi inmediatamente que tenía algo «raro», Dijo que la cicatriz aquella era obra del bisturí de un médico. Pera yo he andado entre armas lo suficiente para saber que esa cicatriz es obra de una bala.

Jacobo King nada dijo. Pete continuó:

—No podía estar seguro entonces de que, porque él mintiese, estuviese usted mintiendo también. Bien podía ser que hubiese estado alojado en su hotel y que hubiera intentando engañarle a usted al mismo tiempo que a nosotros.

King adivinó lo que venía.

—No conocía a ese hombre —dijo—, hasta que se presentó en mi hotel.

—No cuela, King, no cuela eso. Sea como fuere, el caso es que me proporcionó un indicio acerca de dónde había cogido Buckland el dinero robado del Banco. Aun entonces, sólo se trataba de una teoría. Conque, basándome en el adagio de que para pescar un criminal lo mejor es hacer uso de otro, mandé a un conocido mío a Manantiales de Antílope para que procurara meterse en alguna partida de póker que se estuviera jugando en el hotel de usted. Ha estado usted tanto en Coatchie espionando a los representantes de la Ley, King, que se ha descuidado de protegerse en Manantiales.

»El hombre en cuestión se puso a jugar al póker con algunos de los de la cuadrilla de usted. Cuando volvió con unos cuantos billetes de los robados, comprendí que la pista conducía en línea recta a Manantiales de Antílope. El hombre en cuestión era Flash Watson.

Flash era un ex jugador de ventaja y malhechor de menor cuantía que se había hecho lo bastante viejo para comprender sus errores y querer enmendarlos. Por consiguiente se había prestado a ayudar a Pete Rice.

Jacobo King soltó una sarta de maldiciones.

—Conque esos imbéciles se dejaron meter en una partida de póker, ¿eh? —rugió—. Ya podía haberme supuesto que lo echarían todo a perder en cuanto me alejara yo de allí. Bueno, supongo que es inútil intentar disimular ya. Hablaré.

—Más vale así —respondió Pete—. Le espera la muerte de todas formas. Está reclamado por asesinato en Chicago. Ha llegado usted al final de su carrera, King.

—En tal caso, esos perros sinvergüenzas que tan mal obedecen mis órdenes llegarán al final de la suya conmigo —dijo King, con aspereza.

El relato, contado por Jacobo King fue uno de los más sensacionales que había oído Pete Rice en toda su vida. Jacobo King, conocido bajo el nombre de Rey Jacobo, se había enterado de que pesaba sobre él la acusación de asesinato con todos sus agravantes en Chicago. Había ganado millones. Había creído poder huir con sus riquezas.

Durante semanas enteras había permanecido escondido en Chicago mientras los agentes federales, basándose en la noticia de

que había salido para el Canadá, registraban trenes, estaciones y aeropuertos para encontrarle.

En dicho período, Jacobo King había hecho buscar un experto en cirugía plástica para que le operara la enorme nariz. La operación había tenido un éxito magnífico, cambiándole por completo de aspecto. Luego se había extraído los estropeados dientes, poniéndose dentadura postiza.

Con el negro cabello cubierto de polvo y dos de sus características mas salientes cambiadas, estaba seguro de poder salir de Chicago sin que sospechase nadie quién era.

Sonrió con la fanfarronería del asesino profesional.

—Si hubiera podido ir solo-se jactó —, bien seguro hubiese estado. Han sido los imbéciles que me rodean los que me han reducido a este trance. Porque sabía cómo salir de Chicago sin que los agentes me reconocieran.

—Se refiere al aeroplano que tiene —dijo Pete.

King se le quedó mirando, boquiabierto.

—¿Estaba usted enterado de eso?

—Lo averigüé. No hice más que usar un poco de sentido común. Reflexioné un poco y razoné las cosas después del asalto al tren. Se me ocurrió la idea cuando vi volar un buitre por delante de la luna aquella noche.

El sheriff explicó que había calculado que la única forma en que podían huir los bandidos sin dejar rastro era por el aire. Y después de mandar a sus comisarios a la población con el cadáver de Smiley Hanaford, había examinado palmo a palmo todo el terreno en varias millas a la redonda, encontrando por fin las huellas de las ruedas de aterrizaje y de la cola de un avión.

—Bueno, pues supongo que será mejor que lo desembuche todo.

King contó a continuación que él y varios de los miembros de su cuadrilla habían partido de las afueras de Chicago en un aeroplano de propiedad suya. Después de poner en circulación el rumor de que se había marchado él al Canadá, se dirigieron, al Suroeste. King había decidido internarse en México. Pero una avería sufrida en la Pradera de Puma Grande, cerca de Manantiales de Antílope, le había hecho cambiar de plan.

Por entonces, no había creído que pudiera arreglarse el aparato. Quedaba colgado en el Suroeste. Él y algunos de sus hombres se

habían dirigido a pie a Manantiales de Antílope para ver si podían comprar piezas de repuesto. Habían creído que la población era mayor.

—Me di cuenta de la situación en cuanto entré allí, sin embargo —prosiguió King—. Era una población de palurdos. No había muchos habitantes. Estaba lejos de todas partes. No había ferrocarril, ni telégrafo, ni nada. Un buen escondite, pensé yo.

Se había alojado en el hotel y cuando se enteró de que el propietario estaba harto de esperar turistas y enfermos en busca de salud que rara vez llegaban, había comprado el hotel.

Llevaba dinero en abundancia y, en cuanto ofreció dos mil dólares al dueño, éste no se hizo repetir el ofrecimiento. Jacobo King, alias Rey Jacobo, se convirtió en Bolster, hotelero semi-invalídeo del balneario abandonado.

Pero seguía sintiendo la comezón del dinero. Se había hecho la mar de popular mediante el sencillo expediente de repartir un poco de dinero. Los habitantes de Manantiales de Antílope, nunca habían visto tanto dinero de golpe. El señor Bolster se hizo el hombre más popular de la población. No había más que un par de centenares de habitantes y Jacobo King sabía manejarlos.

Se estaba preparando para una nueva campaña de crímenes. Había sido arreglado el aeroplano, y podría utilizarse con provecho. Mediante el soborno, había sellado los labios de algunos hombres de cuidado que hubieran podido cometer la temeridad de hablar.

En cuanto a los demás habitantes, les había dominado por el terror. Había amenazado que, si algún hombre hablaba de él, pagaría las consecuencias. Moriría su esposa, o sus hijos, o alguna persona que le fuera querida como se atreviese a despegar los labios.

Su amenaza había bastado para cohibir hasta a los más valientes. Y muchos de ellos habían hallado provechoso callar, porque se les reservaba una participación en todos los golpes. King se había gastado la mar de dinero en importar artesanos de la ciudad para que remodelaran la parte superior del hotel, para que sus hombres pudieran mantenerse bien a cubierto cuando fuera necesario. También había hecho cavar una fosa detrás del hotel.

Sus obreros habían perforado un acantilado, improvisando un hangar equipado con una puerta corrediza, estucada y disimulada,

con plantas trepadoras. Era un escondite ideal para el avión, que era de un modelo nuevo y tenía alas plegables.

—Pero... ¡si nunca oímos el motor de un avión...! —exclamó "Miserias".

Jacobo King sonrió. Se sentía orgulloso de su propio ingenio.

—¡Claro que no! Todo eso lo tenía previsto. No me faltaba influencia en Chicago, ni dinero. Contraté a un joven inventor —un ingeniero del Este que dijo podría desarrollar un motor silencioso, o casi silencioso.

Jacobo había comprendido las ventajas de semejante invento. El joven ingeniero logró eliminar el zumbido usual de un motor de aviación, pero no podía eliminar un sonido semejante a un gemido que emitía el motor —intermitentemente al expulsar los gases.

Ya era mucho lo conseguido, sin embargo, y, en recompensa, el Rey Jacobo se había apresurado a matarle, para que ninguna otra persona pudiera poseer un aeroplano tan singular ni conocer su existencia siquiera.

Una vez preparado el avión, Jacobo había preparado su campaña. Podía saquear todo el distrito en torno a Manantiales de Antílope. Había importado más pistoleros del Este y empezaba a reclutar varios pistoleros del Oeste para su cuadrilla.

Como, es natural, no podía llevar el aeroplano hasta el interior de las poblaciones en las que tenía la intención de saquear los Bancos. Aterrizaba en un punto determinado a pocas millas de la población. Sus pistoleros del Oeste tenían reunidos caballos suficientes en dicho lugar; caballos robados.

A veces había comprado a tratantes de caballerías y a cuatrerros los caballos más veloces que podían ofrecer, porque el dinero pagado por los animales no representaba más que una fracción sin importancia de lo que podían robar a los Bancos.

Jacobo y algunos de sus hombres se pasaban a los caballos en aquel lugar, dejando al resto de la cuadrilla de guardia en el aeroplano. Quedaba de acuerdo sobre el punto en que había de esperarle el avión. Luego, en compañía de sus hombres, caía sobre la población, sembraba el pánico y cometía el robo.

No había querido hacer uso de ametralladoras ni de automóviles veloces. Usando caballos, revólveres del 45 y rifles de gran potencia, habían hecho parecer sus asaltos de gente del Oeste. No se

habían descubierto.

Pete afirmó con la cabeza. Había deducido de antemano el método empleado.

—Pero reconozco que me intrigaba cómo podían ustedes trasladarse al aeroplano sin dejar huellas —dijo.

King volvió a sonreír.

—Ya me figuraba yo que eso le desconcertaría. Siempre procurábamos detener a los que nos persiguieran a fuerza de disparos de rifle. Y vaya si se detenían. Así conseguíamos un poco de delantera. Y nos las arreglábamos de forma que espoleando los caballos y haciendo que el aeroplano volara sobre nosotros a la menor velocidad posible, pudiéramos pasar de la silla a la escala de cuerda que colgaba del avión.

»Lo ensayamos mucho antes de cometer el primer asalto. Lo perfeccionamos. Y, una vez a bordo del aparato, nos elevábamos más y huíamos. Lo hacíamos de noche siempre, como es natural, y volábamos sin luces.

King explicó, con jactancia, más detalles del plan, que no hubiera ofrecido el menor peligro, de no haber sido por «esos imbéciles que me rodean». Había comprendido que los habitantes del distrito oirían el extraño ruido que daba el escape del motor. No era ruido que se le ocurriera a nadie asociar con un aeroplano; pero para asegurarse aún más, el ingenioso Jacobo había recurrido a varias estratagemas para impedir que, ni por un momento, pudieran sospechar los hombres del Oeste la verdad.

Se había enterado de que había dinamita almacenada en la Mina Panamint. Trazó un plan para apoderarse de ella y, al propio tiempo, alejar toda posibilidad de que se sospechase la existencia de un aeroplano. Sus hombres habían bajado á la mina y matado a Daniel Gravin.

Mientras se hallaban dentro, hicieron sonar el silbato que Jacobo había hecho de un trozo de sauce. Era evidente que un aeroplano no podía meterse en una mina. De forma que cualquiera que hubiese sospechado la existencia de un avión, hubiera quedado despistado con aquello. Había dejado a Grady con vida para que pudiera hablar del gemido de trasgo que oyera en la mina.

—Y fue usted quien mató a Smith de una puñalada —acusó Pete. King se reconoció culpable.

—Así fue. Sabía demasiado. Yo estaba muy cerca de su cabaña la noche en que usted y Leeming se acercaron. Había cazado una serpiente de cascabel. Cuando Smith se quedara dormido, iba a tener un buen compañero: la serpiente. Parecía un accidente. Era mucho mejor que pegarle un tiro.

Pero permaneció escondido durante el tiroteo y, cuando Pete y Leeming se marcharon, decidió matar a Smith para asegurarse. Luego arrancó una tabla del suelo, metió los billetes y, por último, introdujo la serpiente de cascabel. Sabía que Pete se fijaría en la tabla. Y creyó que la serpiente acabaría con Pete.

—Y no cabe la menor duda de que mató usted a Smiley Hanaford —dijo Pete—, y que le metió el silbato en el bolsillo y le puso la máscara.

—Acertó a pasar y vio el aeroplano. No podíamos permitir que se supiese ese secreto. Conque le matamos y le pusimos esas cosas.

»La idea era bastante buena, ¿no le parece? Empezaba yo a ponerme nervioso ya. Pensé que si podía hacer creer que Smiley Hanaford era el culpable de todo, la investigación se pararía. Estaba ya preparado para marcharme a Méjico. Empezaba, a ponerse la cosa mal y...

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Tres disparos rápidos rompieron la ventana detrás de Pete. Tres balas silbaron junto a la cabeza del sheriff y se incrustaron en la pared del despacho. Pete había dado la vuelta, agazapándose. Los comisarios se pusieron en pie de un brinco. Jacobo King se abalanzó sobre el sheriff.

Otro par de proyectiles entró por la ventana.

—¡Duro con ellos, Antonio! —aulló King—. ¡Cárgatelos a todos!

CAPÍTULO XV

«FUEGO, PLOMO... ¡Y CUERDA!»

El enorme puño de «Pistol» Pete Rice hendió el aire. Dio contra la mandíbula de Jacobo King y dejó al gangster sin conocimiento. Teeny, «Miserias» y Leeming estaban disparando por la ventana. Salían fogonazos de detrás de unos barriles de agua, alineados a lo largo de la calle Mayor para ser usados en caso de incendio.

Pete Rice abrió la puerta y salió corriendo a la calle.

—¡Alto el fuego, muchachos! —gritó—. ¡Está bien guarecido! ¡Intentaré engancharle desde el otro lado!

Se agachó y salió al arroyo. Un par de proyectiles silbó por encima de su cabeza. Luego al otro lado de los barriles, se tiró al suelo. Otra bala levantó el polvo a su lado. Los dos revólveres suyos empezaron a disparar.

El hombre escondido detrás de los barriles, —el de la cicatriz en la garganta que decía llamarse Corbin, cayó al suelo. Las dos pistolas que llevaba, se le escaparon de las manos. El sheriff le había perforado los hombros.

Los comisarios salieron a la calle. Se estaba reuniendo una muchedumbre excitada. Se acercó el doctor Harley.

—Más vale que asista a ese hombre, doctor —dijo Pete—. Tiene cara de necesitarlo. Queremos conservarle vivo para mandarle a la horca.

Regresó al despacho, haciendo seña a los comisarios de que le siguieran. Cerró la puerta con llave. Jacobo King aun no había vuelto en sí. Pero lo reanimaron y volvieron a sentarle.

Jacobo se pasó la mano por la mandíbula, que se le estaba hinchando ya. Había desaparecido la esperanza de su mirada. Sabía que estaba perdido irremisiblemente.

—Esperaba que Antonio intentara algo así —dijo—. Era el único

hombre en quien podía confiar ciegamente en caso de apuro. Era mi mejor pistolero.

Se fue tranquilizando poco a poco. Tenía la fría serenidad del asesino profesional. En contestación a las preguntas de Pete Rice, dio nuevos detalles, varios de los cuales había deducido ya el sheriff. Dijo que su relato acerca de que hubiera oído un gemido en La Ciénaga era pura fantasía. Lo había dicho para seguir despistando. Había dejado que fueran hallados los cadáveres de los bandidos siempre que éstos fueran hombres del Oeste; pero había hecho desaparecer los de todos aquellos que tenían aspecto de pistoleros de Chicago.

Había sabido por Antonio, alias Corbin, que alguno de los pistoleros se habían ido a Empalme del Desierto a jugar. El Rey Jacobo no había estado en el hotel por entonces, sino que se hallaba espiando por Coatchie. Pero Antonio siguió a los pistoleros al Empalme y se puso nervioso cuando averiguó que habían puesto en circulación algunos de los billetes del Banco.

Sabía que Standish Buckland había ganado alguno de aquellos billetes; pero no pudo pillar al joven por los alrededores del Empalme. Conque cuando Standish volvió a la población con la intención de marchar al rancho al parecer, Jacobo y Antonio le habían esperado. Sabían que era necesario retirar aquellos billetes delatores y sellarle los labios a Buckland hijo para siempre.

Le habían dado el alto, obligándole a desviarse de la carretera que conducía al rancho. Luego le mataron, le quitaron los billetes y regresaron a la población. Creían haberlo hecho sin dejar rastro alguno que les comprometiera.

Pete Rice se puso en pie.

—Bueno; me parece que puede quedarse usted refrescándose en el calabozo, King —dijo—. Iremos á Manantiales de Antílope a echar el guante a sus pistoleros. Así tendrá usted compañía en la cárcel.

—¡Los muy imbéciles! —aulló King—. ¡Ellos han sido los que me han metido en este apuro, con su maldita afición al juego!

Señaló con un dedo a Pete.

—Pero... ¡aun no ha acabado usted con este asunto, amigo! Pruebe a cogerlos si se atreve. ¡Pruébelo! Tienen pistolas ametralladoras y bombas. Usted y sus luchadores del Oeste tienen

tantas probabilidades de salir bien como una bola de nieve en el infierno. —Lo probaremos, por lo menos—respondió Pete—. Vamos a marchar ahora mismo. Y, aun cuando no volviéramos nunca, no veo que le vaya a beneficiar a usted en nada. ¡Tiene metido el cuello en el nudo corredizo ya!

Unos veinte minutos más tarde, Pete Rice, “Miserias”, Teeny Butler y Dode Leeming se incorporaron al pequeño grupo de hombres armados que se había reunido delante del salón Looping Arrow. Tomás Buckland se hallaba entre ellos. Llevaba dos revólveres del 45, con muescas en la culata, sujetos con correas y unos zahones viejos. Le centelleaban los ojos. Volvía a ser el hombre del Oeste que tirara como el primero en tiempos antiguos. Iba decidido a vengar la muerte de su único hijo.

El semblante de Dode Leeming era sombrío también. Se disponía a saldar una deuda: el asesinato de su compañero tejano, Nick Webb. Slim Latcher y Snag Parrish montaban a caballo con rifles de repetición delante de ellos, en la calle. Por una vez Snag estaba dispuesto a luchar en el mismo bando que un Buckland.

Una docena de vaqueros del Looping Arrow y de otros ranchos habían suplicado que se les permitiera ir. Pete escogió unos cuantos nada más. Había cerca de veinte hombres escogidos en aquel grupo. Harían falta hombres escogidos, luchadores innatos y de recursos, porque Pete sabía que les esperaba una lucha dura.

—Esta vez tendremos que echar mano de toda nuestra habilidad, muchachos dijo —. King tenía otro pistolero en la población, uno que vino aquí en automóvil desde Manantiales. El coche ha desaparecido y el pistolero también. Se halla camino de Manantiales para poner sobre aviso a ese grupo de serpientes de cascabel. Tienen ametralladoras y nos recibirán a tiro limpio. A nosotros nos toca demostrarles que somos capaces de hacer frente a todo. Bueno. ¡En marcha!

La larga fila de jinetes picó espuelas. Se separaron en grupos cerca de Manantiales de Antílope. El plan de Pete Rice era cercar por completo el lugar. Los hombres fueron ocupando, sombríos, sus respectivos puestos. Luego empezaron a estrechar el cerco de acuerdo con las instrucciones.

Se comunicaron unos a otros el lugar en que se hallaban

mediante silbidos, al formar el enorme anillo alrededor del hotel. Estaban tirados en el suelo, arrastrándose más y más cerca. Si los pistoleros se mostraban lentos en atacar, Pete Rice había decidido cargar contra el hotel.

Pero de pronto rasgó la noche una llamarada escarlata. El tabletear de una ametralladora rompió el silencio. Uno de los hombres de Pete exhaló un grito áspero de dolor. Pero los demás lanzaban alaridos triunfales. Se resguardaron tras todo lo que pudieron encontrar. Los proyectiles de los revólveres y de los rifles de repetición entraron por las ventanas del hotel en que se veían los fogonazos. Había empezado la batalla.

Durante cinco minutos completos pareció estacionarse la lucha. La ametralladora funcionaba sin cesar. Una bomba de gases lacrimógenos salió de una ventana del primer piso, describió una parábola y estalló, obligando a varios vaqueros a retroceder con los ojos escocidos. Volvió a sonar la ametralladora. Buckland y uno de sus vaqueros cayeron, Tomás había quedado cortado casi en dos.

Pero Pete Rice y los suyos habían descargado una lluvia de plomo a la ventana del último piso, y la ametralladora calló. Cuando volvió a sonar, los vaqueros habían logrado guarecerse ya.

Pete aulló a sus hombres que no asomaran al verse los fogonazos en la ventana. Se hallaba frente a una situación bastante difícil. No quería permitir que sus hombres cargaran contra aquel instrumento de muerte. Sin embargo, era preciso hacer salir a aquellos pistoleros del hotel de una forma, o de otra.

—¡Mantenedles ahí, muchachos! —gritó—. ¡No les dejéis escapar! Estaré de vuelta en seguida!

Se puso en pie y corrió hacia un sauce que crecía a la orilla del pequeño riachuelo. Estuvo de vuelta antes de que hubieran transcurrido cinco minutos y se guareció entre unos matorrales delante del hotel. Había cortado varias varas de sauce. Se sacó unos cordeles del bolsillo y puso a construir algo en la oscuridad.

Sus ágiles dedos trabajaron con rapidez. A los pocos instantes tuvo hecho un arco tosco y tres flechas. Iba a probar una estratagema india antigua contra los métodos modernos de una cuadrilla de gangsters. Sujetó a las flechas su delgado pañuelo y trozos de papel. Lo había empapado todo en el petróleo de una linterna que llevaba uno de sus hombres.

Rascó una cerilla y le prendió fuego. Luego, colocó la flecha en el arco y disparó. La flecha encendida describió un arco en el aire. Dio contra el tejado del viejo hotel. Un momento, después se alzaba una lengua de fuego de los listones, secos como la yesca, que servían de techumbre. Otra flecha encendida cayó sobre el extremo opuesto del edificio.

El tejado empezó a arder. La leve brisa que soplaba de Puma Grande dio incremento a la llama. Unos momentos más y la techumbre se convirtió en una masa de fuego. Se oyeron gritos de alarma en el interior del hotel. El pánico cundió momentáneamente entre los pistoleros. La ametralladora vomitó plomo un largo momento. Los hombres del sheriff no hicieron el menor movimiento. No se oyó ruido alguno. Cesó el tableteo de la ametralladora.

Pete siguió vigilando las ventanas del hotel. Las habitaciones estaban a oscuras. No parecía haber movimiento alguno en ellas. ¿Preparaban los pistoleros una trampa? ¿Aguardaban la primera carga a pecho descubierto para segar a los atacantes como espigas de trigo?

Se arrastró hacia donde se hallaban Teeny y «Miserias».

—Algo preparan —susurró—. King no lo dijo; pero tal vez exista un túnel que comunique con el acantilado en que tienen el aeroplano. Es difícil comprender la mente de un gangster. Aguardaremos un poco; pero si oís el ruido de aeroplano...

Un gemido terrible rompió el silencio. Pete se puso en pie de un brinco. Echó a correr hacia la parte de atrás del hotel. Oía ya los revólveres de sus hombres allá atrás, por entre el gemido del motor. La ametralladora volvía a tabletear también.

Llegaron a la parte posterior del edificio. Al resplandor del incendio vieron un aeroplano deslizarse por el suelo, saliendo de una cavidad del acantilado. Existía un túnel entre el hotel y el hangar secreto, después de todo.

El avión avanzaba veloz. Los fogonazos de la ametralladora brillaban en la oscuridad. Los que salían de los diversos refugios demostraban que los hombres del sheriff no se acobardaban. Pete llevaba su rifle de repetición. Se tiró al suelo y se puso a disparar. Las balas abrían surcos en la tierra todo a su alrededor. Y el aeroplano se estaba escapando, empezaba a despegar del suelo.

—¡Vosotros, los que lleváis rifles! —aulló Pete—. ¡Disparad contra el avión! ¡Duro! ¡Es la única probabilidad que nos queda de detenerlo!

Volvió a apuntar.

En aquel momento sintió un fuerte impacto en el pecho que le hizo dar media vuelta y caer de costado. Volvió a levantarse casi inmediatamente. Había sido alcanzado por una bala; pero no tenía tiempo para preocuparse de la herida. Le molestaba poco de momento. Tiempo tendría para ocuparse de ella cuando hubiera quedado liquidado aquel asunto.

Se echó el rifle a la cara y siguió lanzando proyectiles contra el aparato que empezaba a maniobrar para ganar altura. Sus balas hacían poco daño al parecer. Aguardó unos segundos cuando el avión se niveló y volvió a ascender. Estaba apuntando contra la hélice en movimiento.

Luego empezó a descargar bala tras bala contra su blanco. Los hombres del sheriff lanzaron un alarido de triunfo. El avión empezaba a inclinar la proa. Logró recobrar el equilibrio durante un par de segundos. A continuación, empezó a caer como un halcón herido.

Los hombres del sheriff lanzaron un:

—¡Les hemos dado! ¡Están cayendo dentro del mismo fuego!

Así era. El avión cayó hacia el horno ardiente en que se había convertido el hotel. Se oyó un golpe terrible. Los gangsters encerrados en aquel infierno lanzaron gritos de angustia. El motor empezó a funcionar otra vez durante un par de segundos. El extraño gemido volvió a oírse por encima de los chillidos y del chisporroteo de las llamas.

De pronto estalló el depósito de gasolina. El ruido casi ensordecía a los hombres del sheriff, que retrocedieron corriendo al alzarse un surtidor de fuego.

Pete corrió hacia las llamas; pero el terrible calor le obligó a retroceder. Se colocó los brazos delante de los ojos y luego se retiró lentamente.

—¡No podemos sacarlos, muchachos! —gritó. Se alejó aún más de las llamas y bajó la voz—. Bueno, estos canallas nacieron para morir abrasados. Pero Rey Jacobo y su pistolero principal acabarán en la horca.

Los hombres del sheriff vieron arder el edificio hasta consumirse todo. Algunos habitantes de la población se habían acercado también. Se oyeron gritos y palabra excitadas e histéricas. Los habitantes de Coatchie rodearon a «Pistol» Pete Rice y a sus comisarios.

—Vamos a dar una verdadera fiesta en su honor cuando regresemos a Coatchie —dijo uno—. Todo queda liquidado ya. Coatchie se hará más grande y más próspero que nunca. Alquilaremos la Casa de la Villa y...

Pero Pete Rice alzó la mano.

—No —dijo—; nos marchamos a casa, a la Quebrada del Buitre, ahora que este asunto ha quedado liquidado. Volveremos cuando llegue el momento de declarar contra Rey Jacobo y su lugarteniente.

Sonrió.

—Cuando el Rey Jacobo dé audiencia en Palacio, quiero decir... pero en el Palacio de Justicia.

No bien hubo pronunciado estas palabras, se borró la sonrisa de sus labios, una palidez intensa cubrió su semblante, se le doblaron las rodillas y rodó por el suelo.

CAPÍTULO XVI

LA DECISIÓN DEL SHERIFF

“Miserias” exhaló un grito de angustia y se arrodilló al lado de su amigo y jefe. Observó con espanto que Pete tenía la camisa empapada en sangre. En la excitación del momento nadie se había dado cuenta de que el sheriff estaba herido y hasta el propio Pete parecía haberlo olvidado.

Teeny Butler se dejó caer al otro lado de su jefe y ayudó a «Miserias» a cortar la camisa y examinar la herida. Esta presentaba un aspecto bastante feo. El proyectil se le había alojado en el pecho y parecía un verdadero milagro que no le hubiese perforado un pulmón. No había orificio de salida.

—¿Está muerto? —preguntó Leeming con ansiedad.

Butler movió negativamente la cabeza, rasgándose la camisa, improvisó una venda con la que sujetó un pañuelo, a modo de almohadilla, sobre la herida.

—No está muerto, pero la herida es muy grave y es preciso extraerle el proyectil lo más aprisa posible.

«Miserias» hizo un esfuerzo por dominar su voz. Tenía un nudo en la garganta que amenazaba ahogarle. Intentó hablar, pero no pudo. En silencio, ayudó a su compañero a levantar a Pete Rice y colocarle sobre su caballo.

—Vamos á Coatchie —dijo Butler.

La procesión se puso en marcha. Aquella tragedia parecía haber ahogado por completo la alegría de los vaqueros que habían intervenido en el asalto. Un hombre picó espuelas y se adelantó a los demás para avisar al doctor Harley, de forma que cuando llegaron al despacho del sheriff, el médico les estaba aguardando.

Hizo un rápido examen del herido, abrió el maletín en que llevaba los instrumentos; extrajo el proyectil, lavó y vendó la herida

y luego se encaró con los comisarios. Pero antes de que hubiera podido decir una palabra, Pete abrió los ojos, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Estás herido —contestó Butler—. Perdiste el conocimiento y te hemos traído aquí.

Pete levantó una mano y se la llevó al pecho.

—¡Ah! ¿Esto? —exclamó—. No tiene importancia. Me ha debilitado un poco la pérdida de sangre, pero la herida en sí no es nada. ¿Verdad, doctor?

Harley movió afirmativamente la cabeza.

—Por el contrario; sheriff, esa herida es grave. Debe usted hablar lo menos posible. Necesita reposo absoluto una temporada.

Luego, volviéndose a Butler y a «Miserias», añadió:

—Es preciso trasladarle inmediatamente al hotel y meterle en cama. Les aconsejo que busquen una enfermera si es posible. Necesita cuidados.

—¿Trasladarme al hotel? —exclamó Pete Rice.

E hizo un esfuerzo por levantarse; pero volvió a dejarse caer con una mueca de dolor. Empezaba a brillarle la fiebre en los ojos.

—Si es preciso trasladarme a alguna parte —dijo, tras una corta pausa, durante la cual hizo esfuerzos por dominar, el dolor—, quiero que se me traslade a Quebrada del Buitre.

—¡Está usted loco! —aseguró el médico.

—¿Por qué? ¿No dice que necesito una enfermera? ¿Qué mejor enfermera que mi madre?

—Que la avisen y que venga ella. Usted no está en condiciones de moverse.

Aun hubiera discutido el sheriff, pero el esfuerzo le había debilitado tanto, que volvió a perder el conocimiento.

Poco después de su traslado al hotel se declaró la fiebre.

Como el médico se oponía terminantemente a que se le moviera de donde estaba, «Miserias», después de discutir el asunto con Butler, regresó a Quebrada del Buitre en busca de la anciana madre de su jefe.

Pete pasó mucho tiempo entre la vida y la muerte, pero los cuidados médicos de su madre, que no se separó ni un instante de

su cabecera, acabaron por vencer y, a las tres semanas justas, el doctor Harley le declaró fuera de peligro si no surgían complicaciones. Durante todo aquel tiempo «Miserias» y Butler habían permanecido en Coatchie dentro del cuarto de Pete cuando se lo permitía el médico, y acampados delante de su puerta cuando se les prohibía la entrada.

Cierto día en que los dos comisarios entraron de puntillas y se sentaron en un rincón para no molestar al convaleciente, Pete Rice abrió los ojos y los llamó a su lado.

—Muchachos —dijo—; tengo que hablaros.

Guardó silencio unos instantes.

—Era preciso que me ocurriera lo que me ha ocurrido —prosiguió por fin—, para que me diera cuenta de una cosa: de lo mucho que durante mi vida he hecho sufrir a mi madre. Mucho la he querido siempre, como sabéis; pero no me he parado nunca a reflexionar lo bastante para darme cuenta de que, aunque ella no haya querido jamás confesarlo, cada vez que emprendía yo una aventura quedaba ella con el alma en un hilo, sufriendo una angustia continua, sin saber si iba a volverme a ver o no. Viéndola, durante estas últimas semanas, observándola cuando ella me creía demasiado consumido por la fiebre para poder apreciar lo que a mi alrededor ocurría, he comprendido, por fin, cuán horribles eran sus sufrimientos...

Dirigió una mirada llena de ternura a su madre, que, en aquellos instantes dormía en un diván del cuarto después de haberse pasado la noche en vela.

—Pero... —empezó a decir Butler.

—Déjame que acabe —le ordenó el sheriff—. Durante el tiempo que he permanecido en cama, he reflexionado mucho y he tomado una determinación: hacer lo más felices posible los últimos años de la existencia de mi madre. ¡Bien merecido se lo tiene la pobrecilla!

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirieron Butler y «Miserias» a coro.

—Que me retiro. Que dejo desde este momento de ser sheriff de Quebrada del Buitre.

Durante unos instantes el asombro hizo enmudecer a los dos comisarios.

—¿Que... que te retiras? —balbuceó Butler por fin.

—Eso he dicho.

—Pero... ¡eso no es posible! —exclamó “Miserias”. —¿Quién va a ocupar tu lugar en Quebrada del Buitre?

—Tú o Teeny podrías hacerlo divinamente.

—¿Yo? Si tú te retiras, y aun no lo creo, yo me vuelvo a mi barbería. ¿Qué quieres que hiciera yo sin ti? Pero... tú no puedes dejarlo, Pete. No podrías vivir sin esas emociones. Y, cuando oyeras hablar de un crimen, saldrías a buscar al criminal a pesar tuyo.

—Te equivocas, «Miserias». Mi decisión es irrevocable. Mientras viva mi madre, pase lo que pase, me dedicaré exclusivamente a ella.

Durante los días que siguieron, los dos comisarios pusieron en juego todos sus recursos, apelaron a todos los argumentos para disuadir a Pete Rice de sus propósitos. Pero todo fue inútil. Y, cuando ya estuvo el sheriff restablecido lo suficiente para emprender el camino de regreso a Quebrada del Buitre, su primer cuidado fue presentar la dimisión de su cargo y proponer a Teeny Butler como sustituto.

Hicks «Miserias» volvió a su barbería de la que salía de vez en cuando, a ayudar a Teeny, aun cuando sin el entusiasmo de antaño. Los únicos momentos dichosos de su existencia eran aquellos en que, cerrando el establecimiento, iba a hacerle una visita a Pete y a charlar de tiempos pasados.

Y la madre del ex sheriff, escuchando aquellas conversaciones, sonreía con ternura, pensando que su hijo ya había dejado de correr tan terribles peligros. Ya no tendría ella que pasarse las noches en vela, angustiada, llena de ansiedad, temiendo por la vida del hijo amado.

Y miraba a continuación el estuche de cristal que tenía sobre la cómoda y dentro del cual reposaba un silbato de palo, el mismo que sirviera en varias ocasiones para emitir el gemido de trago que tanto terror había sembrado en Coatchie.

Porque, si terrible había sido para la comarca, no por eso dejaba de tener un grato recuerdo para ella.

El Trago del Desierto, al querer hacer una nueva víctima, le había entregado a su hijo para que no volviera a dejarla sola en su vida.

¿Sería este el final de las aventuras de Pete Rice?

(¡Lo que tendría que haber hecho ya, es casarse y dejarse de tanta

tontería!)

Nota del editor)

FIN